

LA HORA SILENTE

Hilda Zudán

74 BIBLIOTECA
BÁSICA
CANARIA

LA HORA SILENTE

Hilda Zudán

74 BIBLIOTECA
BÁSICA
CANARIA

Presidente del Gobierno de Canarias

Fernando Clavijo Batlle

Consejería de Universidades, Ciencia e Innovación y Cultura

Migdalia María Machín Tavío

Viceconsejero de Cultura y Patrimonio Cultural

Horacio Umpiérrez Sánchez

Dirección General de Cultura y Patrimonio Cultural

Miguel Ángel Clavijo Redondo

Dirección General de Innovación Cultural e Industrias Creativas

Cristóbal de la Rosa Croissier

La hora silente

© de la edición: Viceconsejería
de Cultura y Patrimonio
Cultural del Gobierno de
Canarias, 2025

© Hilda Zudán, 1921-1924

© de la edición literaria
y estudio preliminar:
Fran Garcerá, 2022-2025

© de la cronología: Victoriano
Santana Sanjurjo, 2025

Edición al cuidado de:
Victoriano Santana Sanjurjo

1.ª edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-7947-892-6

Depósito legal: GC 459-2025

Impresión:
Cuarzo Libros

BIBLIOTECA BÁSICA CANARIA

Dirección

Victoriano Santana Sanjurjo

Consejo asesor

José Miguel Perera Santana

Paula Fernández Hernández

Katya Vázquez Schröder

Víctor Álamo de la Rosa

Equipo técnico

Instituto Canario de

Desarrollo Cultural

Diseño y maquetación

Sergio Hernández Peña

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos de esta obra.

LA HORA SILENTE

Hilda Zudán

Edición literaria y
estudio preliminar

Fran Garcera



Gobierno
de Canarias

Índice

Estudio preliminar	11
Bibliografía	23
Cronología.....	25
Criterios de edición.....	63

La hora silente

1. El dolor	67
2. Vislumbre	69
3. La risa.....	72
4. ¡Atardecer!.....	73
5. Maldad	75
6. ¡Orfandad!.....	77
7. La voz del ángel.....	79
8. Semana Santa	81
9. Perfectibilidad.....	83
10. <i>Mariela</i>	85
11. ¡Lejos...!.....	87
12. Ausencia	89
13. ¡Noche oscura!.....	91
14. Palidez.....	93
15. Maledicencia	95
16. ¡Déjame sonreír...!	97
17. Estrella del Mar.....	99
18. Calles románticas	101

19. Encanto.....	103
20. Ángelus.....	105
21. Paz y silencio.....	107
22. De todo hay.....	109
23. La tumba blanca	111
24. Horas de reposo.....	113
25. ¡Escuchad, escuchad!.....	114
26. Mi enferma.....	116
27. El silencio apacible de mis muertos.....	118
28. Quietud.....	121
29. En el lecho de la anciana	124
30. La envidia	126
31. ¡Silencio!.....	128
32. Morir es vivir	130
33. Horas de otoño	132
34. Voces de misterio	134
35. Noche de estrellas.....	136
36. Las campanas.....	138
37. En honor del poeta Tomás Morales.....	140
38. De Isabel la Católica.....	144
39. El Cristo de la Vega	148
40. ¡Sin madre!.....	150
41. La imagen del dolor	153
42. Paisajes.....	155
43. Agüimes. Mis recuerdos gratos	157
44. Días grises	162
45. La pereza.....	164
46. El hombre prehistórico.....	166
47. Carta abierta	169
48. ¡Detén tu marcha, peregrino!	172
49. Defendamos el hogar	174
50. Los ancianos.....	178

51. <i>Remember</i>	180
52. El disociador	183
53. Primer pueblo histórico: el iberocelta	186
54. ¡Es el viejo titán...!	193
55. A los pajarillos... ..	195
56. Los campos mustios de mi tierra	197
57. ¿Qué sueñas?.....	200
58. La playa en la tarde.....	202
59. Interiores. Anverso.....	204
60. Mi choza inhospitalaria.....	206
61. La venganza.....	208
62. Telde. Mi pueblo amado	210
63. La voz de mi bandera.....	212
64. Ante todo lo amado	214
65. Trémolos.....	216
66. Tu retrato ante él.....	219
67. Dedicatoria.....	221
68. El hogar.....	225
69. El viejo de las gafas.....	230
70. La tumba.....	233
71. El fracaso	235
72. Realidades. Flores serias.....	237
73. La tormenta.....	239
74. ¡Oh, dolor...!	241
75. Rápida	242
76. La senda.....	243
77. El búho.....	246
78. ¡Vuelve!	248
79. ¿Llegaste...?.....	250
80. El poeta y el suicida.....	252
81. Desconocido caracol.....	254
82. Mío... ..	256

Estudio preliminar

¿Se desaparecen las escritoras?

Hilda Zudán y *La hora silente*

Fran Garcerá

Tras un largo tiempo de infructuosa búsqueda en archivos públicos y privados, debemos admitir que hoy por hoy nos ha sido imposible dar con nuevos datos que arrojen luz sobre el misterio que entraña el devenir de Hilda Zudán. El primer inconveniente fue el uso del seudónimo por parte de la escritora, cuyo verdadero nombre fue María del Jesús Suárez López (Telde, 1900-¿?),¹ aunque en ocasiones se refieran también a ella como Mireya. Ante los múltiples caminos sin salida que encontrábamos y que no ocasionaban más que nuevos interrogantes, nos sorprendió de repente la siguiente pregunta: ¿se desaparecen las escritoras? Y, en ese caso, ¿es posible que Hilda Zudán decidiese

1 Queremos señalar que la primera versión de este estudio preliminar corresponde al año 2022. Por motivos que no vienen al caso, su aparición en 2025 nos obligó a rehacerla por la aparición de nuevos datos biográficos sobre la escritora. Nos referimos al trabajo de Victoriano Santana Sanjurjo de 2025, el cual aparece referido en el presente estudio y en la bibliografía del mismo. De este tomamos el nombre completo de la autora, María del Jesús Suárez López, y su año de nacimiento en 1900 (hasta ahora, se desconocía su segundo nombre y se atribuía su nacimiento al año 1901).

borrar sus huellas? ¿Que eligiese un nuevo nombre con el que recomenzar su vida en América —si es que llegó al otro lado del Atlántico— para que no pudiera alcanzársela, como se ha pensado hasta hoy? Entonces, ¿decidió desaparecer? Y esta pregunta nos devuelve de nuevo y sin remedio a la primera cuestión: ¿se desaparecen las escritoras?

Resulta inevitable pensar que el primer nombre de autor conservado para nuestra historia cultural y literaria global es el de una escritora, Enheduanna, una suma sacerdotisa y princesa acadia cuyos cantos a Nanna conservados datan de 350 años después de la aparición de la escritura en torno al tercer milenio antes de nuestra era. Y podemos hablar tan solo de los cantos conservados porque, además del paso del tiempo, su nombre al parecer fue borrado por los sacerdotes que nunca recibieron con buenos ojos su labor y su poder político (Janés, 2015:19). Afortunadamente, no pudieron destruir todo su rastro.

Las manifestaciones literarias escritas por mujeres no dejaron de sucederse en todas las épocas: la poeta Safo; las heteras Targelia, Diotima o Aspasia; la filósofa Hipatia; nuestras poetas arábigo-andaluzas de Al-Ándalus, como Hassana al-Tamimiya, Al-Gassaniyya, la princesa Wallada, su discípula Muhya bint al-Tayyani o Al-Qurtubiyya, Mut'a (poeta esclava), Butayna, Ibna ibn al-Sakkān, etc. Durante el reinado de los Reyes Católicos en el siglo XV, podemos encontrar a una de las primeras poetas en nuestra lengua, Florencia Pinar; posteriormente, a Luisa Sigea (1530-1560), Isabel de Vega, Juana de Arteaga, Luisa de Carvajal y Mendoza (1566-1614), Luciana de Narváez (¿1597?-1621) o Ma-

ría de Zayas y Sotomayor (1590-d. 1660), entre otras. Y en esta época surgieron dos de los nombres más significativos de nuestra cultura: Teresa de Cepeda y Ahumada, conocida como Santa Teresa de Jesús (1515-1582), y Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana, que pasó a la historia bajo su nombre eclesiástico de Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695).

Los nombres siguen sucediéndose en una lista que es imposible de confeccionar en las pocas páginas que este estudio introductorio nos permite: María Gertrudis Hore (1742-1801), María Rosa Gálvez (1768-1806), Francisca Javiera Frasquita Ruiz de Larrea y Aherán (1775-1838), Cecilia Böhl de Faber y Ruiz de Larrea (1796-1877), Concepción Arenal (1820-1893), la hispano-cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), Carolina Coronado (1821-1911), Rosalía de Castro (1837-1885), Concepción Gimeno de Flaquer (1850-1919), Rosario de Acuña (1851-1923), Emilia Pardo Bazán (1851-1921) o Concepción de Estevarena (1854-1876), entre muchas otras. De este modo, podemos constatar el hecho de que la naturalización de la creencia durante siglos según la cual la escritura era tan solo un asunto reservado a los hombres es una invención cultural basada en el olvido sistemático e intencionado de la labor autoral de la mujer (Garcerá, 2019:27). O dicho de otra manera: las escritoras, generalmente, *no desaparecen sino que las hacen desaparecer*.

El caso de Hilda Zudán inicialmente plantea una serie de interrogantes. Hoy por hoy, uno de los estudios que aportaba más datos sobre la vida de Hilda Zudán es el llevado a cabo por Antonio María González Padrón, cronista oficial de Telde, en su *Antología*

literaria de Hilda Zudán publicada en 1999. Aunque ya advierte el título del mismo, «Biografía incompleta», que la historia de la escritora va a diluirse poco a poco. La autora nació en Telde en 1900, en el seno de una familia proveniente de ese mismo municipio grancanario y de la localidad de Agüimes, lo que explicará que refiera a esta última ciudad en algunos de sus textos. Sus padres, Sebastián Suárez Sánchez y María del Pino López Hernández, proporcionaron a Mireya y a sus hermanas una educación académica atípica para la gran mayoría de mujeres de aquella época, que se desarrolló entre Telde y Las Palmas de Gran Canaria. González Padrón advierte que el padre inició a sus hijas en la lectura tanto de libros como de publicaciones seriadas.

Entre 1919 y 1920, Mireya y María del Pino, las dos hijas menores del matrimonio, contaron con el apoyo de su familia para iniciar sus estudios universitarios en Filosofía y Letras y en Farmacia, respectivamente, en Granada. Esto no deja de ser un hecho sorprendente, aunque nuestra autora estaba viviendo los años de grandes avances sociales y culturales que supuso el periodo conocido como la Edad de Plata en nuestro país; puesto que dos mujeres jóvenes abandonasen su isla natal, cruzaran parte de un océano y solas se instalasen en una ciudad extraña no era nada habitual para la ideología predominante de la época. A esto, posteriormente, hubo que añadir su traslado a Madrid, como recoge González Padrón tras entrevistarse con su hermana María del Pino, como podemos leer a continuación:

Sabemos por su hermana que los períodos académicos duraban de finales de septiembre a principios de julio, y que lo costoso de los viajes no les permitía regresar a la isla sino en el estío (julio-agosto); por lo tanto, había mucho tiempo libre para dedicarse a otros menesteres, y a ello se puso de forma decidida Mireya, primero en Granada y después en Madrid. La asistencia a tertulias más privadas que públicas, la visita a museos y academias, la observación permanente del arte contemporáneo en las ya frecuentes exposiciones y el intercambio intelectual en colegios mayores, tal como la hoy tan renombrada Residencia de Estudiantes, le permiten encontrarse con personajes tan interesantes como el propio Federico García Lorca. Fue tal vez en Madrid donde la teldense conoció el gusto por la bohemia y se adaptó a vivir su libertad individual más allá de los límites que la sociedad de la época había impuesto a la mujer (1999b:15).

Precisamente, en aquella nueva ciudad, el mayor centro cultural de aquel momento, fue el lugar escogido por nuestra escritora para publicar su libro *La novela picaresca y el pícaro en la literatura española* en 1926. Para llevar esto a cabo, contó con el apoyo económico de su padre y de la Comunidad de Regantes de la Vega Mayor de Telde. De esto podemos deducir que la escritora no solo era legitimada por su propia labor investigadora, sino también por su familia y por la sociedad; esto es, por su espacio privado y por la esfera pública de su entorno. Uno de los aspectos más llamativos es

que esta obra la firmó con el nombre de Mireya Suárez. ¿Cuándo apareció, entonces, Hilda Zudán?

Para responder a esta pregunta debemos volver a 1921, pues el 26 de enero de ese año apareció en *El Defensor de Canarias* un texto titulado «Dolor», dedicado a una amiga y firmado por Hilda Zudán. Así, Mireya Suárez inició su andadura en el campo cultural como escritora bajo ese seudónimo y en un medio de prensa de carácter más tradicional; no en vano, el periódico se reconocía como «Diario católico de información». Sus colaboraciones se extenderán hasta el 9 de agosto de 1923 y abarcarán, además de textos literarios, otros de opinión que reflejaron su ideología de carácter progresista, aunque con marcadas reminiscencias tradicionales en algunos casos, sus lecturas, sus admiraciones y algunos de sus recuerdos o experiencias biográficas. Algunos de sus textos no pasaron desapercibidos e, incluso, los lectores se sintieron interpelados por estos. Prueba de ello es que, tras la publicación de un texto titulado «El hombre prehistórico» el 22 de marzo de 1922, una lectora llamada María Luisa Fiol, viuda de Suárez, envió una carta abierta dirigida al director de *El Defensor de Canarias*, fechada en Las Palmas el 23 de marzo de ese año, que se publicó en el mismo periódico dos días más tarde y en la que puede leerse lo siguiente:

Muy señor mío y de mi mayor consideración: suscriptora y lectora asidua de *El Defensor de Canarias* desde su fundación, he leído con gran sorpresa los dos artículos que en los números 706 y 708 de dicho periódico, y con el título de

«El hombre prehistórico», publica Hilda Zudán. La sorpresa no ha sido precisamente por el mérito del trabajo, sino por las teorías que da por ciertas y «comprobadas» acerca del origen de las especies humanas, pues según dicha señora ha habido «tres» nada menos; verdad es que de eso hace mucho tiempo: ¡cien mil años!

Yo, señor director, estoy muy lejos de poseer la condición de «Hilda Zudán»: soy mujer de pocas letras, y a las sagradas me atengo.

Dice Moisés en el Génesis: «Y dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y que tenga dominio sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo, y sobre los animales y sobre toda la Tierra”. Y creó Dios al hombre a imagen: a imagen de Dios lo creó», etc., etc. Así por tres veces lo afirma Moisés, como para dar tres solemnes mentís a los descubrimientos que, andando los siglos, habrían de hacer los sabios que cita «Hilda Zudán» y otros por el estilo. Porque, señor director, yo no puedo creer que la imagen de Dios fueran los machangos tan pintorescamente descritos en el artículo al que me vengo refiriendo. Por lo tanto, a mi corto entender, esos sabios mienten o están equivocados: que Moisés dice la verdad y no lo puedo dudar, pues lo abona el mismo Cristo, nuestro Señor, con aquellas palabras: «Si creéis en Moisés, deberéis creer en mí, porque yo soy aquel de quien Moisés escribió: “¡Qué mejor testimonio!”».

Mucho más podría decir, señor director, pues como mujer, soy locuaz; pero no quiero abusar

de su paciencia. Solo le ruego que, si estoy equivocada, me lo diga; y, de todos modos, me dispense y perdone esta pequeña protesta, no nacida del deseo de molestar a nadie, sino del amor a la verdad.

Hilda Zudán, al día siguiente, escribió una contundente respuesta que no deja lugar a dudas de su posición ideológica, pero también de su pensamiento crítico, aunque esta no se publicó hasta el 29 de marzo de 1922.

En ese mismo periódico también podemos encontrar textos dedicados a Zudán, como son el firmado por René (seudónimo de su amigo Lorenzo Betancor Cabrera) el 4 de junio de 1921 o el de Estanislao del 7 de julio de ese mismo año. Cabe destacar de nuevo el trabajo de investigación de González Padrón, que en la *Antología literaria de Hilda Zudán* (1999) reunió cincuenta textos de la autora nunca recopilados con anterioridad: cuarenta y nueve pertenecen a *El Defensor de Canarias* y en el restante no se especifica su lugar de publicación.

Nuestro actual trabajo de investigación nos ha permitido sumar a estos treinta textos más, de los cuales, veinticinco pertenecen a *El Defensor de Canarias*; uno, a *La Integridad. Diario Católico* (de Tuy); otro, a *La Esfera*; otro, a *La Unión Ilustrada*; y dos, a *Granada Gráfica*. Esto demuestra que la proyección de Zudán fue mayor de la imaginada hasta ahora. A estos textos hay que sumar los dos poemas aparecidos en la antología *96 poetas de las Islas Canarias (siglo XX)*, que llevó a cabo José Quintana y publicó en 1970. Entonces, la

presente edición es la mayor recopilación de composiciones de Hilda Zudán, con un total de ochenta y dos textos literarios de la escritora teldense.

Tras su estancia peninsular, la autora regresó a su ciudad natal, se integró en su vida cultural y aportó nuevos aires producto de sus vivencias a la sociedad de Telde. Aunque, tras la publicación de su libro en 1926, no hemos logrado hallar ningún otro texto de su autoría. Puede que la guerra civil y la victoria del bando franquista fuera un duro golpe para ella, aunque esto es tan solo una conjetura, puesto que el rastro de la autora en la vida pública se pierde mucho antes de este aciago episodio de nuestra historia. De hecho, muchas personas llegaron a desprenderse de su estudio sobre la novela picaresca por si este se encontraba en el índice de libros prohibidos, como indica González Padrón, quien señala además lo siguiente:

Terminada la Guerra Civil el 1 de abril de 1939, sintió nuestra escritora que no quedaba otra salida que marchar definitivamente de la isla en busca de la tan ansiada libertad. Para unos, sola; y para otros, acompañada por un supuesto nuevo amor. Hay quien la ha querido ver en el sur de Francia y hasta en Argelia. Pero lo que sí podemos afirmar es de su estancia en el puerto de Barcelona en torno a 1945-46 y su embarque en un buque de bandera italiana que la llevara a Montevideo y Buenos Aires, después de una brevísima estancia en el Puerto de La Luz en Las Palmas de Gran Canaria. Una situación anómala en lo que concernía a su documentación le

hizo imposible volver a poner los pies en su tan querida Gran Canaria, a la que dedicara su única obra publicada en forma de libro, pero contó con el consuelo de ver de nuevo y por última vez a sus sobrinas y a su hermana, depositaria de tantos secretos zudanianos. A partir de ese momento, ni una carta, ni una llamada telefónica, ni siquiera la noticia más vaga sobre la poetisa teldense. El enigma de la mujer marcada por el destino se cernía sobre una biografía inacabada de forma tan implacable como cruel (1999b:21).²

Esta era, hasta ahora, la historia atribuida para Hilda Zudán. Sin embargo, debemos detenernos en el estudio de Victoriano Santana Sanjurjo recientemente aparecido, en el que la historia de nuestra autora da un nuevo giro. Además de aportar nueva información de los años de formación y juventud de María Jesús Suárez López y sus hermanas, Santana Sanjurjo, gracias al expediente académico de la escritora conservado en la Universidad de Granada, demuestra la estancia de la teldense en España entre 1941 y 1953. Incluso, en febrero de 1968, cuando la autora contaría 67 años, alguien «que no se identifica firma un impreso de solicitud de certificación “de las calificaciones obtenidas durante la carrera” de María Jesús Suárez López —“natural de Telde, provincia de Canarias”—» (2025:57). Sigue sin conocerse la fecha y el lugar de falle-

2 Ángeles Mateo señala que en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires se conserva un ejemplar de su libro, lo que podría indicar su paso por aquella ciudad (2001:12).

cimiento de la escritora, aunque, como afirma Santana Sanjurjo, los nombres de Hilda Zudán y Mireya Suárez podemos considerar que «murieron» en 1924 y 1930, respectivamente; esto es, cuando se publicó el último texto bajo el seudónimo de Hilda Zudán y cuando apareció en la prensa por última vez el nombre de Mireya Suárez. Quien sobrevivió fue María Jesús Suárez López. A continuación de este estudio preliminar, se encuentra una cronología elaborada por Victoriano Santana, la cual da cuenta de algunos de estos detalles que preferimos no repetir en estas breves líneas.

Hilda Zudán. Mireya Suárez. María Jesús Suárez López. Llegados a este punto, volvemos de nuevo a la pregunta formulada al comienzo: ¿se desaparecen las escritoras?; y, en este sentido, ¿se desapareció Hilda Zudán? Con nuestra autora parece que solo futuras investigaciones serán capaces de dar respuesta por medio del descubrimiento de nuevos datos sobre la teldense. Si la decisión de María Jesús Suárez López fue abandonar la esfera pública, efectivamente, podemos afirmar que, aunque las escritoras no se desaparecen de la historia, sino que las hacen desaparecer, en el caso de Hilda Zudán fue, *a priori*, su propia decisión la de desaparecerse. Sin embargo, quedan por esclarecerse los motivos que le llevaron a sumirse en el silencio o, incluso, que han permitido que este se extienda hasta la actualidad. La palabra «silente», precisamente, aparece con asiduidad en sus textos. Nuestras escritoras pasaron como presencias silenciosas a lo largo de nuestra historia y así permanecieron para el futuro, hasta la recuperación de sus figuras y sus obras desde

mediados de nuestra pasada centuria. Ese ha sido el caso de Hilda Zudán. Sin embargo, en uno de sus textos se refiere a que la hora silente es la que le hace soñar. Y desde esa hora silente finalizamos nuestras palabras, en el sueño de Hilda Zudán, con la esperanza de que el futuro devuelva a ella y a nosotros el resto de su obra y, por encima de todo, el relato verdadero de una vida empujada a la sombra.

Bibliografía

- Arencibia, Yolanda C. (1995). «Voces concordantes en el modernismo canario», en Carmen Ruiz Barrio-nuevo y César Real Ramos (eds.). *La modernidad literaria en España e Hispanoamérica*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 21-38.
- Bernaldo de Quirós, José Antonio (2006). «La poesía breve de Eulogio Florentino Sanz (1822-1881)», *Es-péculo. Revista de estudios literarios*, 34: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero34/flosanz.html>
- Contreras García, Irma (1970). «En torno a Juan de Dios Peza», *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, julio-diciembre de 1970, pp. 85-106.
- Garcerá, Fran (2019). *La Edad de Plata dedicada: mapas del paratexto y de las redes culturales en la obra poética de las escritoras españolas (1901-1936)*. Tesis doctoral de la Universitat de València.
- González Padrón, Antonio María (1999a). «Palabras previas», en Hilda Zudán. *Antología literaria de Hilda Zudán*. Selección de Antonio María González Padrón. Telde: Ayuntamiento de Telde, pp. 11-12.
- (1999b). «Biografía incompleta», en Hilda Zudán. *Antología literaria de Hilda Zudán*. Selección de

- Antonio María González Padrón. Telde: Ayuntamiento de Telde, pp. 13-18.
- Janés, Clara (2015). *Guardar la casa y cerrar la boca. En torno a la mujer y la literatura*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Jiménez Martel, Germán (2007). «La muerte del poeta Tomás Morales como elemento de inspiración literaria», *Moralia. Revista de estudios modernistas*, 6, pp. 74-87.
- Mateo del Pino, Ángeles (2001). *A través del espejo: la crónica literaria en Hilda Zudán*. Telde: Ayuntamiento de Telde.
- (2002). «Escritura y universo existencial: una aproximación a la prosa de Hilda Zudán», en *Letras a Telde, 1351-2001*, pp. 241-266.
- Quintana, José (1970). *96 poetas de las Islas Canarias (siglo XX)*. Prólogo de José María de Cossío. Bilbao: Comunicación Literaria de Autores.
- Santana Sanjurjo, Victoriano (2025). *Hilda, Mireya... María (y otros ____ teldesianos)*. Madrid: Mercurio Editorial.
- Zudán, Hilda (1999). *Antología literaria de Hilda Zudán*. Selección de Antonio María González Padrón. Telde: Ayuntamiento de Telde.

Cronología

Algo es todo cuando nada hay...³

Victoriano Santana Sanjurjo

TRAMO I: 1900-1920. MARÍA...

1900. Octubre, 17 [0 años]. Nace en Telde. Su nombre completo: María del Jesús Suárez López. Es «hija legítima de don Sebastián Suárez Sánchez [1871-1930], natural de la Villa de Agüimes, provincia de Canarias, y de doña María del Pino López Her-

3 Esta cronología es una síntesis de la que se reproduce en «Hilda, Mireya... María, algo es todo cuando nada hay», un opúsculo que forma parte de *Hilda, Mireya... María (y otros ____ teldesianos)*, obra recogida en la bibliografía de este volumen. Su extensión en este tomo, mayor de la que determinan los criterios fijados al respecto para la Biblioteca Básica Canaria, obedece a las especiales circunstancias biográficas y literarias que confluyen en la misteriosa autora que nos ocupa tras los últimos hallazgos que, sobre ella, muestra el citado título, que vio la luz recientemente en Mercurio Editorial. Como en el pie de cada texto se consignará su fecha de publicación y el medio, se va a omitir esta información en la relación temporal que se expondrá en las próximas planas, desatendiendo también con ello otro de los parámetros de la colección. Confiamos en que el interés de lo que se va a comunicar sirva para disculpar su longitud y sus exclusiones. Los datos cronológicos se mostrarán siguiendo esta disposición: Año. Mes, día [edad de la escritora].

nández [1867-1923], natural de esta ciudad [Telde];⁴ que es nieta por línea paterna de don José Suárez Sánchez y de doña María del Jesús Sánchez Rodríguez, naturales de dicha Villa de Agüimes; y por la materna de don Julián López Peña y de doña María Lucía Hernández [Perdomo], naturales de esta ciudad [Telde]». ⁵ Tenía una hermana mayor, Josefa, que había nacido el 30 de mayo de 1897.⁶

4 El acta de matrimonio, que se conserva en el archivo parroquial de San Juan de Telde (tomo 14, folio 138), señala que se casaron el 7 de diciembre de 1899.

5 Así se recoge en el certificado que Agustín Olózaga Martín, juez municipal de Telde, y Ventura de la Vega, secretario encargado del registro civil de la ciudad grancanaria, firmaron «a petición de la interesada» el 21 de marzo de 1923. Este documento fue refrendado por Antonio Tresguerras Romero, notario teldense, el 17 de abril de 1923. Este documento forma parte del expediente académico de nuestra autora registrado en el Archivo Universitario de Granada (AUG) [Principal 05533024 caja, 01/01/1922 - 01/01/1923 y Principal 02013016 caja, 01/01/1922 - 01/01/1925]. En el Archivo General de la Administración (AGA) [IDD (05)001.003, caja 31/05076, leg. 13365, exp. 48], hay un certificado que contiene la misma información y las mismas firmas, pero está fechado y refrendado el 27 de abril de 1923.

Complemento la información de este certificado con el acta de bautismo que se conserva en el archivo parroquial de San Juan de Telde (libro 51, folio 129, n.º 459), donde leemos que fue cristianada el 22 de octubre, que su abuelo materno ya había fallecido y que sus padrinos fueron José Hernández Santana (posiblemente, un tío materno de María del Pino, la madre de nuestra autora) y Ana Suárez Sánchez, su tía paterna, hermana de Sebastián y futura suegra de Cesáreo Suárez Sánchez, su propio hermano.

6 Falleció en Santa Cruz de Tenerife el 16 de abril de 1973.

1904. Octubre, 27 [4 años]. Nace en Telde la menor de las tres hijas que tuvo la familia Suárez López, María del Pino.⁷

1907. Noviembre, 18 [7 años]. El periódico *La Opinión* recoge el nombramiento de jueces municipales. Uno de ellos, para Telde, es Sebastián Suárez Sánchez, padre de nuestra autora, quien ejercía de secretario de la Heredad de la Vega Mayor.

1912. Marzo, 18 [11 años]. Sebastián Suárez Sánchez, como concejal del ayuntamiento teldense, es designado vocal de la junta local de primera enseñanza de la ciudad, que preside Juan Castro Álvarez como alcalde-presidente.

1913. Noviembre, 10 [13 años]. El periódico *La Provincia* señala que Sebastián Suárez Sánchez, del grupo de «los llamados “liberales”», ha sido elegido concejal en las elecciones municipales celebradas la víspera. Correligionario suyo en lides políticas fue el poeta teldense Montiano Placeres Torón.

1914. Octubre, 7 [13 años]. El periódico *Diario de Las Palmas* da cuenta de las brillantes calificaciones de la hermana mayor de nuestra autora, Josefa Suárez López [17 años], obtenidas durante su primer año en la Escuela Normal de Maestras de La Laguna. Cuenta, además, que procedía del Colegio de La Santísima Trinidad —un «colegio de señoritas»—,

⁷ Falleció en Telde el 15 de enero de 1972.

un centro creado en 1886 donde se impartían enseñanzas elementales y de Bachillerato, y también de Magisterio, como sección delegada lagunera. Estaba ubicado en la zona de Triana de Las Palmas de Gran Canaria. José Azofra del Campo, magistral de la Catedral y uno de los directores que tuvo el periódico *El Defensor de Canarias*,⁸ formaba parte del claustro de profesores, dirigido por Teresa de Vega Quintana.⁹

1916. Septiembre, 25 [15 años]. AUG. María del Jesús Suárez López aprobó el examen de ingreso en la Escuela Normal de Maestras de Canarias.

1917. Marzo, 10 [16 años]. AUG. María del Jesús Suárez López obtuvo el bachillerato en el Instituto de Las Palmas.

1918. Marzo, 23 [17 años]. El periódico *La Provincia* publica un artículo que firma una tal M. Suárez López, relacionado con la Escuela Normal de Maestras de Las Palmas, y que va dirigido al presidente del Cabildo Insular. Dice así:

8 El periódico apareció el 19 de julio de 1919, con el subtítulo de *Diario católico de información*; no en vano, se imprimía en el palacio episcopal. Su primer redactor jefe fue Manuel Socorro Pérez.

9 Es razonable suponer que nuestra autora, como su hermana mayor, también estudiara en este colegio y que recibiera del que pudo ser un profesor suyo, el mentado José Azofra del Campo, el apoyo suficiente para publicar en el periódico donde focalizó prácticamente toda su producción escritora.

Una madre de familia, dirigiéndose al Sr. Delegado Regio de Enseñanza, pedíale en justicia, después de exponerle la apremiante necesidad del caso, que se pusiera en práctica las diligencias precisas para la inmediata creación de una Escuela Normal de Maestras en Las Palmas como medio de llegar a obtener los grandes beneficios que este centro repartiría a Gran Canaria; mas ocurre que, al tercer día y enterada *La Provincia* de la buena acogida que tuvo su idea publicada en este diario, tanto por parte de dicha autoridad como por el claustro de profesores de la Normal de Maestros, lo manifestó así con la natural satisfacción, y confiada en que no tardaría en ver convertida en hecho la promesa formulada por quien podía realizarla, esperábamos con ansias su realización y hete aquí, vejada, burlada y avergonzada esa madre y con ella todas las demás de la isla en su buen deseo de obtener que la mujer en Gran Canaria llegase a poseer una cultura análoga a la de otras poblaciones, cuyos directores y protectores de la enseñanza se han interesado en su progreso y desarrollo.

La que suscribe, reconociendo —como la madre de familia— la importancia de la enseñanza en la mujer y la casi imposibilidad de alcanzarla en el medioambiente en que nos tienen los que, por sus cargos, están llamados a darnos lo que nos pertenece, pregunta: ¿Qué obstáculos han encontrado el claustro de profesores de la Normal y el Sr. Delegado Regio para no haber solicitado de la dirección general del ramo la

debida autorización a fin de llegar a obtener que se verifiquen en Las Palmas los exámenes de cursos de las alumnas estudiantes en los colegios debidamente autorizados para la enseñanza de Magisterio?¹⁰ ¿Cuál es el interés de las referidas autoridades para que las hijas de Gran Canaria no lleguen a adquirir los conocimientos que proporciona este establecimiento con miras a la obtención del título de Maestra Nacional?

Sabido es que, ya sea por los inconvenientes del viaje, ya lo sea por la precaria situación de las familias para afrontar los crecidos gastos que siempre proporciona un viaje con quince días de estancia en una fonda, o ya lo sea por otras causas que omitimos enumerar por no molestar, lo cierto es que las aspirantes al Magisterio que ya han sufrido exámenes en La Laguna han renunciado a volver, marchándose unas para sus respectivas casas, otras han resuelto ingresar en el instituto y las menos continúan estudiando el Magisterio; pero todas confiando en que ha de llegar el día ansiado para ellas, que será precisamente cuando los obligados a velar por tan importante ramo sacudan la inercia que les domina, pero resultando, mientras ese día llega, que después de verificadas las oposiciones que están anunciadas se volverá luego a constituir el tribunal para guardar la forma reglamentaria y no para juzgar nuevas oposiciones, porque

10 Por ejemplo, el de La Santísima Trinidad, donde se formaron las hijas de la familia Suárez López.

no habrá maestras en esta isla que presentarse y entonces será llegado el momento de señalar responsabilidades.

Y persuadidas como estamos de que esta triste afirmación no tardaremos en palmarla en el terreno de la realidad con la consiguiente indignación de todo buen canario, ¿no podría el Sr. Presidente del Cabildo evitar este acontecimiento proponiendo al concejo sufragar los pequeños gastos que ocasionarían los derechos de una profesora de Labores,¹¹ ya que el resto de los que forman parte del tribunal lo harán probablemente sin más interés que el de dar facilidades a la mujer canaria para la realización de sus fines, interés fuera creada la Normal de Maestras?

Vemos pues, Sr. Presidente, que está en sus manos el porvenir no solo de la mujer de las islas orientales, sino a la vez el de que Gran Canaria llegue un día a ser grande por su cultura, puesto que radicando en la mujer como rigurosamente debiera radicar en ella una esmerada educación e instrucción, de más está decir que, siendo estas maestras de las escuelas de sus respectivas islas, en lugar de las advenedizas, la enseñanza tanto oficial como libre estaría debidamente atendida y produciría los resultados que todas apetecemos, porque aun cuando otra ley no hubiera que las obligara, existiría la del patriotismo y el amor a sus compatriotas; y no hay manera asequible de conseguir que el sexo femenino sea un verda-

11 Materia que se impartía en la Normal de Maestras.

dero propagandista de la enseñanza tanto en la escuela como en el hogar mientras no se le libre de las cadenas que le aprisionan, proporcionándole medios que la conduzca a su independencia, las cuales no hallará fuera de la Escuela Normal de Maestras en Las Palmas o mediante la formación de un tribunal provisional que las juzguen en los exámenes anuales, puesto que de esa manera hallarían grandes facilidades, como se probaría en que el acceso de aspirantes a ese centro no bajaría de cincuenta, en vez de las cinco o menos que han venido dedicándose al estudio del Magisterio.

Y no se diga que lo interesado es de difícil consecución, puesto que más difícil era obtener autorización para los exámenes de oposición y el Sr. Delegado Regio, en su viaje que hizo a Madrid, la obtuvo, no sin entender nosotras que así como las oposiciones son actos posteriores a los exámenes de prueba de curso, también el que estos se verificasen en Las Palmas debió haberse gestionado en primer término, puesto que, como dijimos antes, por haberse sufrido este error, se irá a ver el tribunal sin una opositora en las sucesivas oposiciones.

Confianto, no sin fundamento, en su patriotismo, a la vez que en el honroso cargo que ocupa, esperamos resignadamente que hará cuanto dependa de S. S. para que tantas madres como hijas y habitantes en general vean cuanto antes convertido en hecho lo que anhelamos y en justicia nos pertenece, celebrando tener la satis-

facción de que para los exámenes próximos esté el tribunal legalmente constituido y juzgando en ellos a las examinandas, evitando así tener que recordárselo en sucesivos artículos.

1919. Junio, 7 [18 años]. En el periódico *La Provincia* se publica una relación de calificaciones de la Escuela Normal en el régimen de enseñanza libre.¹²

-
- 12 «Al margen de que no resultó fácil ser estudiante universitaria en Canarias, tal como hemos incidido anteriormente, en las trayectorias vitales de las aspirantes hubo otras dificultades debido a las peculiaridades del territorio insular. Buena parte se preparaban en colegios privados para concurrir los días señalados a los exámenes en las instalaciones universitarias, para no estar alejadas del domicilio familiar. La tradición de la *enseñanza no oficial o enseñanza libre* es preciso considerarla en relación al coste de la insularidad y a la realidad orográfica del archipiélago. Para la enseñanza secundaria solamente había un Instituto General y Técnico en La Laguna hasta la creación del Instituto General y Técnico en Las Palmas de Gran Canaria, por Real Decreto de 8 de febrero de 1916. De modo que la iniciativa privada cubría muchas de las deficiencias educativas, aunque no fuera asequible para toda la población. En las islas, es preciso destacar la importancia de las Academias y Colegios de Señoritas localizados en las áreas más pobladas de las islas; ubicados en núcleos urbanos y semiurbanos, atendían la preparación de las jóvenes de las clases acomodadas. Estos colegios realizaron una importante contribución formativa para la obtención del título de bachiller, pues la mayoría concurría a través de los exámenes en régimen de enseñanza libre o colegiada. Una vez superado el bachillerato y expedido el título, se les permitía optar a los estudios universitarios». Vid. Teresa González Pérez, «Transitando la universidad. Primeras universitarias en Canarias», *Arenal*, 29. Enero-junio, 2022, pp. 185-216.

Para el caso que nos convoca, dos notas interesan: los dos sobresalientes en Francés que, en primer y segundo curso, obtiene una tal María de Jesús Suárez y López. ¿Nuestra autora? En la edición del citado periódico del día 10 de junio, se recogen varios sobresalientes más: Historia de la Edad Moderna, Física, Historia Natural y Geografía Universal. En Elementos de Literatura y Ampliación de la Geografía de España, obtuvo sendos notables; y un aprobado en Gramática, de segundo curso.

TRAMO II: 1921-1924. HILDA...

Este es el periodo «publicador» de nuestra autora. Toda la producción conocida hasta ahora de ella —dejando a un lado el único libro que sacó, un ensayo sobre la novela picaresca en 1926— se circunscribe a esta etapa y, en más del 90 %, a un solo medio: el periódico católico *El Defensor de Canarias*. Como se indica en la primera nota a pie de página de esta cronología, no se va a reproducir a continuación la relación de textos que aparecieron ni sus fechas. De esta información y de otros detalles análogos se recoge en el opúsculo «Hilda, Mireya... María, algo es todo cuando nada hay», señalado en la referida acotación.

1921. Junio, 4 [20 años]. Lorenzo Betancort Cabrera (René) escribe en *El Defensor de Canarias* el texto «Hoja de álbum», que dedica a Hilda Zudán. Tras una extensa revisión en prensa y en poemarios, no he hallado ninguna referencia a nuestra autora simi-

lar a esta. ¿Cómo es posible? Nadie le dedica nada. Ni los integrantes de la denominada Escuela Lírica de Telde, con la que se le ha querido ver relacionada sin que haya motivo alguno para ello. Fernando González ofreció piezas a Montiano Placeres, Saulo y Julián Torón; Luis Báez Mayor, a Montiano; Patricio Pérez Moreno, a Luis y Montiano; Julián, a Fernando y Saulo; Montiano, a Patricio, Fernando, Saulo y Luis; Saulo, a Montiano, Fernando y Julián. Sin embargo, nadie —y no ha sido poco lo consultado— tiene presente a la paisana. ¿Es significativo este detalle? Quizás. ¿Alguien que publica asiduamente en un periódico (1921-1924), que afirma tener una licenciatura en Filosofía y Letras obtenida en 1925 o 1926, que ha sacado un libro sobre un asunto circunscrito a la historia de la literatura —en el que no ha dudado en expresar su amor por Gran Canaria y por Telde— y que ha podido vivir un momento tan esplendoroso en lo cultural como fue la Segunda República (1931-1936), realmente no tenía un sitio en los afectos o intereses creativos, intelectuales y artísticos dentro del estrecho espacio geográfico de Telde? María del Jesús Suárez López (o Mireya Suárez o, ya puestos, Hilda Zudán) era, en principio, una mujer culta y de Telde; sus hermanas tuvieron estudios y su padre era un hombre preparado. ¿No había un lugar para nuestra autora? ¿Ni siquiera en el seno de las dos sociedades de la ciudad durante esos años (Instrucción y Recreo La Unión y el Centro Obrero, luego llamado La Fraternidad, donde tuvo mucho peso su tío, el célebre docente Cesáreo Suárez Sánchez)

hubo una plaza para ella (si no permanente —la masculinidad imperaba—, al menos eventual, puntual, circunstancial, muy de tanto en tanto)? ¿Tampoco en las veladas benéficas que organizaba la Agrupación Artística de Telde en el Teatro-Circo Electra, que contaban con la participación de escritores locales como Fernando González, Miguel Noble o Montiano Placeres Torón, que era concejal «de los liberales» del ayuntamiento como su padre? ¿Acaso no le habló Sebastián a su vecino y correligionario de las inclinaciones literarias de su hija Mireya? ¿No podía hacer un hueco el sobrino de los hermanos Julián y Saulo Torón a esta joven poeta en alguno de los encuentros intelectuales, poéticos y artísticos que celebraba en su casa y que han pasado a la historia como el Grupo Aparte?

1921. Diciembre, 22 [21 años]. Se celebra en la Sociedad «La Unión» de Telde una velada necrológica en memoria de Tomás Morales, quien falleció el 15 de agosto. En el acto participaron: Hilda Zudán, que compuso para la ocasión el texto «En honor del poeta Tomás Morales», que el día 24 se publicó en *El Defensor de Canarias*; Miguel Noble Umpiérrez,¹³ Montiano Placeres Torón y Fernando González Rodríguez.

1922. Marzo, 31 [21 años]. AUG. El rector de la Universidad de Sevilla, a cuyo distrito pertenece el

13 Desconocido, secundario, circunstancial... poeta local a quien dedicó Fernando González el poema «La noche última del año», de su *Manantiales en la ruta* (1923).

Instituto General y Técnico de Las Palmas, expide el título de bachillerato a María del Jesús Suárez y López.

1922. Abril, 5 [21 años]. AUG. Baltasar Champsaur, en calidad de director del Instituto General y Técnico de Las Palmas, firma el visto bueno a la certificación oficial de estudios de María del Jesús Suárez López que hace el secretario del centro, José Azofra del Campo, y que se remite al rector de la Universidad Literaria de Granada. En el documento se hace constar que el instituto pertenece al Distrito Universitario de Sevilla y que se verificó el examen de ingreso con la calificación de aprobado en la Escuela Normal de Maestras de Canarias el 25 de septiembre de 1916. También se indica que a la alumna se le expidió el título de bachillerato el 31 de marzo de 1922. El plan de estudios para obtener el grado de bachiller que siguió quien nos ocupa es el de 1903.¹⁴

14 *Asignaturas conmutadas por la orden de 29 de diciembre de 1919:* Lengua castellana, Geografía general y de Europa, Noción y ejercicios de Aritmética y Geometría, Caligrafía, Religión (primer, segundo y tercer curso), Geografía especial de España, Gimnasia (primer y segundo curso) y Dibujo (primer y segundo curso). *Asignaturas conmutadas por la orden de 8 de abril de 1920:* Aritmética, Lengua francesa (primer y segundo curso) y Geometría. *Asignaturas del curso 1919/1920:* Lengua latina (primer y segundo curso), sobresaliente; Preceptiva literaria y composición, notable; Psicología y Lógica, matrícula de honor; Elementos de Historia General de la Literatura, notable; y Fisiología e Higiene, aprobado. *Asignaturas del curso 1920/1921:* Historia de España, matrícula de honor; Historia Universal, matrícula de honor;

1923. Enero, 25 [22 años]. Fallece la madre de nuestra autora, María del Pino López Hernández, a la edad de 56 años. Según consta en su acta de defunción (archivo parroquial de San Juan de Telde, libro 21, folio 53v, apunte n.º 213), falleció de diabetes e hizo testamento el 14 de junio de 1922, lo que hace presuponer que su estado de salud no era bueno desde hacía tiempo. El periódico *La Provincia*, en la sección «De Telde», tres días más tarde, informa de su sepelio.

1923. Abril, 5 [22 años]. AUG. Baltasar Champsaur, en calidad de director del Instituto General y Técnico de Las Palmas, remite al rector de la Universidad Literaria de Granada la certificación oficial de estudios de María del Jesús Suárez López.

1923. Abril, 8 [22 años]. AUG. María del Jesús Suárez López, pensando en la convocatoria del mes de junio del curso 1922/1923 de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, dentro del régimen de enseñanza no oficial, formaliza la matrícula en las siguientes asignaturas: Lengua y Literatura españolas, Lógica fundamental, Historia de España, Teoría de la Literatura y de las Artes e Historia Universal. En el impreso oficial, anota su

Álgebra y Trigonometría, aprobado; Física, sobresaliente; Ética y rudimentos de Derecho, notable; Historia Natural, sobresaliente (convocatoria extraordinaria); Agricultura y técnica agrícola e industrial, sobresaliente (convocatoria extraordinaria); y Química general, sobresaliente (convocatoria extraordinaria).

fecha de nacimiento (17 de octubre de 1900) y su cédula personal (clase 11.ª, núm. 27.592, expedida en Las Palmas el 5 de abril de 1923); y señala que su residencia habitual está situada en el número 10 de la calle Peregrina de Las Palmas, y su domicilio accidental en la calle Pérez Galdós número 13 [en Telde]. El documento incluye la firma de dos testigos: José Cabrera (domiciliado en la calle de Las Cabreñas, n.º 2) y Deogracias Álvarez (en la calle Cubas, n.º 4).

1923. Abril, 9 [22 años]. AUG. Baltasar Champsaur, en calidad de director de la Escuela Normal de Maestros de Canarias en Las Palmas,¹⁵ remite a la directora de la Escuela Normal de Maestras de Granada las certificaciones oficiales de estudios de las hermanas María del Jesús y María del Pino Suárez y López. En el caso de la primera, la que nos convoca en esta cronología, se consigna que tiene 21 años, que es bachiller y que cursó en la Escuela Normal de Maestros de Las Palmas, en el curso 1919/1920, las siguientes asignaturas: Costura (suspense), Pedagogía 1.ª y 2.º curso (notable), Historia de la Pedagogía (aprobado), Economía doméstica (aprobado) y Música 1.ª y 2.º curso (sobresaliente). María del Jesús Suárez y López redacta una carta a

15 Accedió a la dirección de la Escuela Normal de Maestros de Las Palmas en marzo de 1923, tras el cese de Francisco Jiménez. Este centro educativo pertenecía al Distrito Universitario de Sevilla.

mano dirigida a la «Señora Directora de la Escuela Normal de Maestras de Granada». Dice así:

Doña María del Jesús Suárez y López, natural de la ciudad de Telde, con residencia accidental en la misma, de veintidós años de edad, provista de cédula personal de 11.^a clase núm. 27.592, expedida en Las Palmas el 5 del corriente mes de abril, a V. S. respetuosamente expone:

Que siendo bachiller y teniendo hecho privadamente los estudios relativos al primero, segundo y tercer curso de Labores y Prácticas de Enseñanza y aprobadas las restantes asignaturas exigidas por el plan de estudio para las que aspiran a obtener el grado de Maestra de Primera Enseñanza, según consta de la certificación de la hoja de estudio que esta Escuela Normal enviará de oficio a V. S., y deseando dar validez académica a los mismos,

SUPLICA a V. S. que, habiendo por presentado esta instancia y previo pago de los derechos correspondientes, se digne admitirla en la próxima convocatoria de junio venidero al expresado examen de que queda hecho mérito.

Gracia que espera obtener de la bondad de V. S., cuya vida guarde Dios muchos años.

A handwritten signature in cursive script, reading "María del Jesús Suárez y López". The signature is written in dark ink and features elaborate flourishes, particularly at the beginning and end of the name.

1923. Abril, 30 [22 años]. AUG. La secretaria de la Escuela Normal de Maestras de Granada matricula a María Jesús Suárez y López, para el curso 1922/1923, en las siguientes asignaturas: Labores (1.º, 2.º y 3.º) y Prácticas (3.º y 4.º).

1923. Agosto, 1 [22 años]. AUG. María del Jesús Suárez López, pensando en la convocatoria del mes de septiembre del curso 1922/1923 de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, dentro del régimen de enseñanza no oficial, formaliza la matrícula en las siguientes asignaturas: Lengua y Literatura latinas, Literatura española (curso de investigación)¹⁶ y Paleografía. En el impreso oficial, anota su fecha de nacimiento (17 de octubre de 1900) y su cédula personal (clase 11.^a, núm. 27.592, expedida en Las Palmas el 5 de abril de 1923); y señala que su residencia habitual está situada en Telde, en la calle Pérez Galdós n.º 13, y su domicilio accidental en la calle Cobas, n.º 1.¹⁷

16 Resulta razonable suponer que, en el desarrollo de esta materia, dadas sus características, surgiera su interés por estudiar la novela picaresca, el tema sobre el que trató el único libro que publicó y que vio la luz en 1926.

17 Se lee con nitidez «Cobas», aunque pudiera referirse a la calle Cubas, donde vivía Deogracias Álvarez, uno de los testigos que firmó en su anterior petición de matrícula.

TRAMO III: 1925-1930. MIREYA...

1925. Abril, 17 [24 años]. AUG. Se expide la certificación académica oficial de María del Jesús Suárez y López de los dos cursos en los que ha estado vinculada con la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada. El destinatario del documento es el rector de la Universidad de Madrid.

1926. Marzo-abril [25 años]. Publica en la Imprenta Latina, situada en el número 19 de la calle Rodríguez San Pedro de Madrid, *La novela picaresca y el pícaro en la literatura española*. Dedicla la obra a su «querida tierra», Gran Canaria, a la que ofrece «el primer fruto de mi trabajo y esfuerzo». El prólogo, firmado en febrero de 1926, dice así:

Desde hace algún tiempo me propuse reunir notas que sirvieran para llegar a formar un libro gestado por mis anhelos y alimentado por el esfuerzo.

La tarea era ardua y penosa; sobre todo, tratándose de un trabajo de investigación con un poco de estudio psicológico.

Uniendo apuntes,¹⁸ notas y poniendo todos mis anhelos y entusiasmos, comencé a darle for-

18 Posiblemente, los que pudo obtener durante el desarrollo de la asignatura Literatura Española (curso de investigación), la única materia del curso 22/23 en la que obtuvo un sobresaliente. Obsérvese en el prólogo que en ningún momento declara que ha obtenido una licenciatura en Filosofía y Letras ni que ha terminado sus estudios universitarios.

ma, y hoy ofrezco este pequeño fruto de mi trabajo a mis padres y paisanos. Pensando en ellos lo he escrito.

No me hallaba decidida a publicarlo: de una parte, mi juventud y, de otra, el temor de aventurarme coartaban mis deseos.

Un día, aconsejada por un buen profesor y amigo, pienso más intensamente en la posible publicación del trabajo y escribo a mi tierra. ¡Cuánta vicisitud para publicarse!

Debido al apoyo económico de la Comunidad de Regantes de la Vega Mayor de Telde¹⁹ y a unos buenos amigos, ¡tan pocos!, va a ver la luz. A ellos, a los que han laborado por la publicación, mi gratitud.

Con justicia o sin ella, quiero que vaya dedicada la obra a mi tierra, a mi pueblo; y unido a esta vaya mi cariñoso reconocimiento a los pocos paisanos que han satisfecho mis deseos.

A Gran Canaria, vista desde la distancia, más bella, siempre más querida; Telde, mi pueblo de tantos recuerdos en mi vida. A mis paisanos, los pocos que han ayudado con la dura labor de mi libro; a mi padre, el más grande cariño que la vida me ha dejado; a mi madre muerta... Pensando en todos, he tenido el valor para escribirlo. A ellos lo dedico.

1926. Mayo, 20 [25 años]. *Diario de Las Palmas*: «Con atenta dedicatoria de su autora, doña María de J.

19 Su padre estaba vinculado con esta asociación, de la que había sido su secretario.

Suárez y López, licenciada en Filosofía y Letras,²⁰ que reside en Madrid, hemos recibido un ejemplar de su obra *La novela picaresca y el pícaro en la literatura española*. La obra trae en la portada el retrato de la autora, que es una mujer muy joven, y firma sus trabajos con el pseudo de Mireya Suárez. Agradecemos su fineza y prometemos ocuparnos de esta obra».

1926. Junio, 11 [25 años]. En el *Diario de Las Palmas*, sin firma, se publica una reseña del libro de Mireya Suárez titulada «El libro de una escritora canaria»:

Ha caído en nuestras manos un libro recientemente publicado en Madrid. Se titula *La novela picaresca y el pícaro en la literatura española*, y lo ha escrito una joven paisana nuestra que firma Mireya Suárez.

En la portada, nos sonríe el bello rostro de la autora como una invitación a la lectura. Abrimos el volumen y empezamos a leer.

Lo primero que nos sorprende es el asunto abordado por la escritora canaria, propio de sesudos eruditos, investigadores y críticos. La

20 Primera mención explícita de su licenciatura en Filosofía y Letras. El documento del 17 de diciembre de 1941 que se anota en esta cronología sirve para testimoniar que nuestra autora, en 1926, aunque hubiera aprobado todas las asignaturas de la carrera, que cursó en dos años escolares (1922/1923 y 1923/1924), no era licenciada en Filosofía y Letras porque no tenía el título y, en consecuencia, no podía obtener los beneficios que conllevaba el reconocimiento académico.

literatura picaresca española, que ofrece un vasto y pintoresco panorama, tentó la curiosidad espiritual de Mireya Suárez y de su empeño puede decirse que ha logrado salir airosa.

Mireya Suárez revela plenamente en su estudio que conoce la novela picaresca y además que ha leído a los historiadores y críticos españoles y extranjeros que han analizado este género literario, tan castizo, tan español, tan popular, que ha producido obras maestras que son gala y orgullo de las letras patrias. Pone también de realce su claro sentido crítico.

El ensayo de Mireya Suárez es sintético y despierta vivo interés [...].

«La picaresca surgió —escribe— en una época en la cual la intolerancia religiosa de una parte, el despotismo político de otra y las lacras de una vida social deficiente en lo que respecta a los deberes y derechos dieron margen a la dilatada extensión de la picardía, vivida primero y luego narrada» [...].

«El género picaresco representa —dice Mireya Suárez— la vida de una España media, amplia, con horizontes dilatados, con dominio de sí en circunstancias difíciles, con hábito de independencia que es la característica del vivir, si se puede, holgando con aires de buen señor, deslumbrando a unos, engañando a otros, a los incautos, y tratando de vivir lo más honrosamente posible, sin trabajar, a costa de los otros».

Hemos querido dar en estas notas marginales una ligera idea del libro de Mireya Suárez,

a quien felicitamos por el éxito obtenido con la publicación de *w*.

Esperamos otras producciones de la novel escritora que, en plena juventud, penetra gentilmente en el campo literario.

1926. Septiembre [25 años]. En el n.º 333 de la revista *Nuestro Tiempo*, Quintiliano Saldaña firma un artículo titulado «El pícaro en la literatura y en la vida española», y nombra el libro de nuestra autora en estos términos: «Reciente es el ensayo, muy estimable, de Mireya Suárez [...]. Si los juicios fuesen acuñados por la propia mano, y no las tan conocidas opiniones clásicas; si se expurgase de repeticiones, ya de palabras, ya de conceptos, y se precisase la documentación; si alentase designios sociológicos y políticos; este ensayo, revelador de cuidadas aficiones, merecería más que un aliento para continuar».

1927. Noviembre, 7 [27 años]. El *Diario de Las Palmas* informa que «en Madrid acaba de obtener el título de Licenciada en Farmacia la estudiosa Srta. Pino Suárez López, paisana nuestra, la cual va a establecerse en la ciudad de Telde, donde reside su familia».²¹

21 «Al año de su constitución, se colegió la primera mujer farmacéutica de Las Palmas, María del Pino Suárez López, quien solicitó permiso para dispensar medicamentos en Telde». La cita se ha obtenido en la breve historia del Colegio Oficial de Farmacéuticos de Las Palmas que se recoge en su web.

1929. Octubre, 4 [28 años]. En el *Diario de Las Palmas*, a propósito de una comisión celebrada en el Cabildo Insular de Gran Canaria la víspera, leemos: «Se pone sobre la mesa el expediente sobre la concesión de becas para estudios superiores, dándose cuenta en el informe de la Comisión de Cultura de haberse presentado 20 solicitudes de otros tantos aspirantes. [...] La Comisión de Cultura manifiesta sentir no poder hacer lo propio, por los relevantes méritos que concurren en los mismos, con las solicitudes de la señorita María del Jesús Suárez y López, Filosofía y Letras...».

1930. Marzo, 11 [29 años]. En el periódico *El Debate* se lee la siguiente noticia: «En breve marchará pensionada a Alemania la señorita Mireya Suárez, que se propone continuar su carrera literaria y hacer su tesis doctoral en aquella Universidad». ¿Es nuestra Mireya? ¿Es la misma Mireya que recitó en la Sociedad «Linares Rivas», según recoge el periódico *El Liberal*, de Madrid, en su edición del 23 de febrero de 1930, «varias poesías de autores españoles, siendo largamente ovacionada»? ¿Alguna de las dos tiene algo que ver con la que nos ocupa en estas páginas?

1930. Agosto, 14 [29 años]. Fallece Sebastián Suárez Sánchez, padre de nuestra autora, a la edad de cincuenta y nueve años.

1930. Agosto, 22 [29 años]. El periódico *La Provincia*, a través de su corresponsalía en Telde, informa de

la muerte del padre de nuestra autora: «Ha fallecido el respetable señor don Sebastián Suárez Sánchez, persona que gozaba de general consideración entre todas las clases sociales de esta ciudad. Con tan triste motivo expresamos nuestro pésame a su hermano don Cesáreo y a su hija, la licenciada doña María del Pino, farmacéutica de esta ciudad, pésame que hacemos extensivo a los demás familiares del finado». Ese mismo día, en el *Diario de Las Palmas*, se publica una esquela donde se indica que el difunto «falleció el 14 del actual» y se da cuenta de sus familiares: «Su padre, D. José Suárez Sánchez; sus hermanos, doña Ana, D.^a Teresa,²² D. Lucas,

-
- 22 «Su vida en Telde fue alternándose cada vez más con estancias en Agüimes, en donde, según parece, encontraba la paz y el sosiego que, por diferentes vicisitudes, les eran negados en Telde. En la villa sureña, escribió los más sentidos versos y pasó largas temporadas inmersa en profundas depresiones. La incomprensión, el desprecio y hasta el olvido de quienes fueron sus camaradas hicieron mella en su alma sensible». Esto anota González Padrón en la «biografía incompleta» de su recopilatorio sobre Hilda Zudán (Ayuntamiento de Telde, 1999).

La casa familiar estaba ubicada en la actual número 8 de la calle Progreso del casco histórico agüimense, junto al Hotel Rural «Casa de los Camellos». ¿Puede este entorno, para el caso que nos ocupa, ofrecer más luz acerca de la historia de nuestra desaparecida? Por ejemplo: su tía paterna Teresa Suárez Sánchez y su marido Narciso Bordón López tuvieron ocho hijos: Josefa, Narciso, Teresa, Lucas, Rosario, Consuelo, Sebastián y Cesáreo. ¿Algún descendiente de la familia Bordón Suárez sabe algo o algo guarda de la Mireya que nos convoca? Los primos Narciso y Lucas, en dos periodos distintos (1953-1959 y 1966-1969, respectivamente), ejercieron de alcaldes de Agüimes. ¿Es este un dato relevante para

D. Isidoro y D. Cesáreo; sus hijas, doña Josefa, doña María y doña Pino Suárez López; hijos políticos,

tirar de un hilo que nos conduzca a algo de luz entre tanta oscuridad? ¿Se conserva algo, dentro de la tradición oral de esas calles, sobre esa hija del juez Sebastián, aunque hayan transcurrido noventa y cinco años de la muerte y entierro del progenitor, acontecimientos familiares en los que debió estar ella presente y en los que pudo ser receptora de la solidaridad popular? ¿Cuántos «algos» dispersos!

Una prueba de la apuntada religiosidad de la familia de nuestra autora la tenemos en los cien días de indulgencia que decretó el obispo por la muerte de la mentada tía Teresa (señalados en la esquila que publicó *El Eco de Canarias* el 29 de diciembre de 1965) o que uno de los últimos actos de Narciso como alcalde fuera promover y lograr por unanimidad la declaración de Nuestra Señora del Rosario como Alcaldesa Mayor Perpetua del municipio agüimense. ¿Este catolicismo de la familia importa para el relato de la vida de María-Mireya-Hilda? ¿Sus días quedaron condicionados por esta circunstancia? Es posible. Su literatura, de algún modo, sí. Sus textos están impregnados de un fervor religioso —excesivo en ocasiones, aunque casi todos vieran la luz en un periódico católico— que, unido a su tendencia hacia lo prosaico, mueve a concluir que el *leitmotiv* de su escritura vendría a estar conformado por una suerte de «autobiografismo» lírico de naturaleza funérea y funesta que, a grandes rasgos, como me apuntó José Miguel Perera Santana, estaba en sintonía con actitudes estilísticas e ideológicas a las que fundamentalmente ejercía en la misma época, en el periódico católico *Gaceta de Tenerife*, el joven escritor Sebastián Padrón Acosta, al que cita en alguna ocasión la grancanaria. Estas similitudes se detectan especialmente a través de una prosa de corte lírico modernista, con frecuencia pomposamente retórica, donde son recurrentes además los escritos moralizantes y críticos —con perspectiva religiosa y conservadora— lanzados a una sociedad moderna que se percibe llena de manchas y defectos.

don Manuel Cabrera de San Ginés²³ y don Isidro Santana Blanco [*sic*]²⁴».

1931. Abril, 14 [30 años]. Se proclama la Segunda República.

1936. Julio, 17 [35 años]. Golpe de Estado contra la Segunda República. La obligación legal y moral de defender el régimen democrático nacional del ataque de los sublevados y la voluntad de estos de no renunciar a su fechoría, amparados para ello en el sostén militar de la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, provocará la Guerra Civil española.

1939. Abril, 1 [38 años]. Finaliza la Guerra Civil española.

TRAMO IV. MARÍA...

Posiblemente, Hilda Zudán *murió* en 1924..., sepultada entre las voces «agua», «alma», «amor», «azul», «calles», «campos», «cielo», «corazón», «días», «dolor», «dulce», «espíritu», «hogar», «hora», «luz», «mar», «niño», «noche», «ojos», «pasado», «pueblo», «siempre», «silencio», «sol», «soledad», «sombra», «sueño», «tarde», «tiempo», «tierra», «triste», «vida», «voz»...

23 Con quien se casó Josefa Suárez López el 24 de agosto de 1922 en Telde.

24 Su nombre era Isidro Santana Morán. Se casó con la hermana menor de nuestra autora el 31 de diciembre de 1929, en la iglesia parroquial de San Ginés de Arrecife (Lanzarote).

omnipresentes, permanentes, clavadas como estandartes de una escritura^[1] que exalta de un modo constante la muerte y los entornos físicos y anímicos de naturaleza lúgubre;^[2] que se sujeta a un fervor religioso que roza en no pocas ocasiones el fanatismo;^[3] que lanza guiños al hogar y la maternidad que no pueden dejarnos indiferentes, a tenor de la existencia tan «en segundo plano» que me parece que ha tenido, y que empujan a sospechar que son como botellas arrojadas al mar por una náufraga;^[4] que, en según qué piezas, muestra una vocación académica, divulgativa, que no deja de ser eso, mera voluntad, simple deseo, aceptable pretensión que no transmite brillantez alguna en sus resultados;^[5] que acude, en sus alabanzas, a una suerte de ostentación expresiva tal que a menudo pone en riesgo la sinceridad de sus palabras o, cuando menos, el propósito gratificante que encierra su mensaje (como ocurre en su texto de homenaje a Tomás Morales) y que, en sus enfados, traslada una desmedida virulencia que hace recordar a la letra de la conocida canción «Rata de dos patas» de Paquita la del Barrio (como en «El disociador»).

En cualquier caso, de Hilda Zudán, de quien pudiera ser o haber sido como escritora, no se volvió a saber nada más. Su patrimonio literario lo constituye en este momento, gracias a Fran Garcerá, ochenta y dos escritos compuestos entre 1921 y 1924; más del 90 % vieron la luz en un periódico católico de relativa importancia. Eso es todo. Como si fuera un islote literario, Hilda *nació y murió* en esas ochenta y dos piezas señaladas que nunca proclamaron que su autora se llamara en la vida real Mireya o María del Jesús. «¿Y si Hilda es

una persona y María del Jesús/Mireya otra?», he llegado a preguntarme, estirando la incertidumbre de un misterio que se retuerce conforme nos adentramos en él y se constata que, tras el breve periplo publicador, que transcurrió con más pena que gloria, nadie se preocupó por saber de la escritora hasta finales de los sesenta, cuando, muy de tanto en tanto, aparecía adosada en listados de autores cuyas trayectorias poéticas sí estaban contrastadas: tenían publicaciones, había testimonios claros de su participación en diferentes iniciativas, etc.

Supongo que, como sucede en la tradición de los «amores de oídas», a base de ir la incluyendo en repertorios onomásticos de poetas, surgió el convencimiento colectivo de su relevancia, aunque su obra no estuviera disponible y no fuera posible valorar sus virtudes líricas. Lo que sigue hasta alcanzar el actual reconocimiento, una vez proclamada su condición de «escritora de Telde» desde la década de los noventa, se sintetiza en tres instantes que son significativos: en marzo de 1994, porque sí, un colegio de Jinámar recibió la denominación de «Hilda Zudán»; en 1999, Antonio M.^a González Padrón ofreció en un libro el único material localizado hasta entonces de nuestra protagonista y favoreció con ello su conocimiento —por fin había algo negro sobre blanco que permitía emitir un juicio relacionado con su calidad poética—; y Ángeles Mateo del Pino trató en 2001 de iluminarnos acerca de quien nos convoca abordando su producción en su indispensable *A través del espejo. La crónica literaria en Hilda Zudán*.

Sí, posiblemente, Hilda Zudán *murió* en 1924; y Mireya Suárez, en 1930, en los entresijos de una es-
quela paterna que la nombra con el aséptico «María»,
aunque entre los suyos se fundamentara ese «Mire-
ya» con el que quiso presentarse al mundo filológico
en un único libro sin más trascendencia que las po-
cas atenciones en prensa que recibió. Quizás las dos
desaparecieron entonces; pero pudo seguir adelante
María del Jesús Suárez López. Pudo. Lo que sigue a
continuación procede del expediente académico de
nuestra autora, que se conserva en el Archivo Univer-
sitario de Granada (AUG) y en el Archivo General de
la Administración (AGA). Por mucho desconcierto
que pueda ocasionar la información ofrecida a tenor
de lo admitido hasta ahora, es real. Cuanto se repro-
duce a continuación se ha conservado en las carpetas
granadinas y madrileñas durante todos estos años.

1941. Diciembre, 9 [41 años]. AGA. Desde La Laguna
(Tenerife), María del Jesús Suárez López escribe
al decano de la Facultad de Filosofía y Letras de
la Universidad de Granada exponiéndole que es
«Licenciada en Filosofía y Letras (Sección de Le-
tras), mayor de edad, natural de Telde, provincia
de Las Palmas», que tiene «realizados los estudios
de Filosofía y Letras en esa Universidad, en la Sec-
ción correspondiente a Letras» y que hizo el abono
preceptivo para la obtención del título el mismo día
9 «por giro postal núm. 1.178». Solicita en su carta
que, «una vez recibido el importe del expresado
título y documentos necesarios (partida de naci-
miento legalizada), se digne dar las órdenes que

proceda para que sea formalizado mi expediente y solicitar de la Superioridad el título de referencia».

1941. Diciembre, 17 [41 años]. AUG/AGA. María del Jesús Suárez López —«natural de Telde, provincia de Canarias, que nació el 17 de octubre de 1900»— abonó los derechos del Grado de Licenciado, según consta en el expediente académico de la Universidad granadina, donde se hace constar la relación de asignaturas cursadas y sus convocatorias. Veamos qué tuvo que cursar para ser licenciada en Filosofía y Letras, por la sección de Letras:²⁵

CURSO 1922/1923. *Convocatoria de junio (exámenes ordinarios)*: Lengua y Literatura españolas^{EC1} (aprobado), Lógica fundamental^{EC1} (notable), Historia de España^{EC1} (aprobado), Teoría de la Literatura y de las Artes^{EC2} (el examen se hizo en septiembre y obtuvo un aprobado) e Historia Universal^{EC2} (aprobado). *Convocatoria de septiembre (exámenes extraordinarios)*: Lengua y Literatura latina^{EC2} (aprobado), Paleografía

25 La licenciatura se componía de dieciséis asignaturas distribuidas en dos etapas: la primera se denominaba «Estudios comunes» (EC); la segunda, «Licenciatura en Letras» (LL). Cada una tenía dos grupos. El primer grupo (1) de EE constaba de tres asignaturas; el segundo (2), de tres. El primer grupo de LL tenía cinco asignaturas; el segundo, otras cinco. Había dos convocatorias: la de exámenes ordinarios, que se celebraba en junio; y la de extraordinarios, que se realizaba en septiembre.

(aprobado)^{LL1} y Literatura española, curso de investigación^{LL1} (sobresaliente).

CURSO 1923/1924. *Convocatoria de junio (exámenes ordinarios)*: Lengua griega^{LL1} (notable), Lengua árabe^{LL1} (notable), Lengua latina, curso ampliación^{LL1} (notable), Lengua hebrea^{LL2} (notable), Historia de la lengua castellana^{LL2} (sobresaliente y premio) y Bibliología^{LL2} (sobresaliente y premio). *Convocatoria de septiembre (exámenes extraordinarios)*: Lengua y literatura griegas^{LL2} (aprobado) y Lengua y literatura latinas, curso de ampliación^{LL2} (aprobado).

En el expediente granadino de María del Jesús Suárez López se lee que el 17 de abril de 1925 «trasladó a Madrid», así, sin más. ¿Quién? ¿Qué? ¿El expediente se trasladó? ¿María fue la que se trasladó? Más abajo, en la misma hoja, se indica lo que se señala en esta entrada cronológica: que el 17 de diciembre de 1941 «abonó los derechos del Grado de Licenciado». En su certificación académica granadina, consta que todas las materias las superó en la institución andaluza; luego, Madrid, en lo que respecta a su formación universitaria, muy poco o nada tiene que decir. Quien sí se debió licenciar en la capital de España fue su hermana María del Pino. ¿Por qué se produjo el equívoco (por denominarlo de una manera suave) de la licenciatura madrileña de nuestra autora? ¿Qué pasó en la vida de María del Jesús Suárez López, conocida en su familia con el nombre de Mireya, aficionada a la literatura (al

menos entre 1921 y 1924, cuando se hizo llamar Hilda Zudán —¿son la misma persona?—), para que, con 41 años, tuviera que reclamar el título de una carrera acabada con veinticuatro, documento que, lo adelanto ya, no recibiría hasta diez años después, en 1951? Conforme se ahonda más en el misterio Hilda Zudán, las preguntas se multiplican y la demanda de respuestas se vuelve acuciante. Se mire por donde se mire, todo resulta extraño, tan desconcertante...

1942. Septiembre, 30 [41 años]. AUG. El rector de la Universidad de Granada escribe al jefe de la Sección Administrativa de Santa Cruz de Tenerife: «Ruego a V. S. interese a doña María Jesús Suárez López, que vive en esa [sic], Colegio del Sagrado Corazón (Ferrer 4), que a la mayor brevedad entregue a V. S. un certificado de Auxilio Social en que se haga constar que dicha señora está exenta de prestar el citado servicio, requisito indispensable para poder dar curso al expediente del pago del título de licenciada en Filosofía y Letras, pues en caso de no entregar dicho certificado será anulado el indicado pago, dándose cuenta a la Superioridad. Dicho certificado deberá venir reintegrado con una póliza de tres pesetas. Asimismo, le intereso a V. S. la mayor brevedad posible en diligenciar este asunto».

1944. Mayo, 1 [43 años]. AUG. Según informa el decano del Colegio Oficial de Doctores y Licenciados

en Filosofía y Letras y en Ciencias de La Laguna²⁶ al rector de la Universidad de Granada, María Jesús Suárez López estaba inscrita en ese colegio profesional y pidió traslado al correspondiente de la capital de España.

1948. Octubre, 28 [48 años]. AUG. El rector de la Universidad de Granada remite al alcalde-presidente del Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz un «oficio dirigido a doña María Jesús Suárez López, que residen en esa capital, en la calle de Ferrer, n.º 4, Colegio del Sagrado Corazón, para su entrega a la interesada». En el documento, además de reproducir el texto que trasladó con fecha de ese día a los decanos de los Colegios de Licenciados y Doctores, le indica a su destinataria que «en tanto no presente el certificado de tener cumplido el servicio social o estar exenta del mismo, expedido por la Jefatura Nacional del Servicio Social, quedará sin trámite su expediente de título y sin validez el resguardo que obra en su poder, que solo lo conservará a los efectos de haber abonado la cantidad que en él mismo se consigna, adjuntándole instancia que deberá llenar y firmar y devolver a esta Universidad en unión del certificado aludido, dándole un plazo máximo de tres meses para que cumpla estos requisitos y, de no verificarlo, se procederá en consecuencia».

26 Institución que formaba parte del Servicio Español del Profesorado de Enseñanza Media (S. E. P. E. M.).

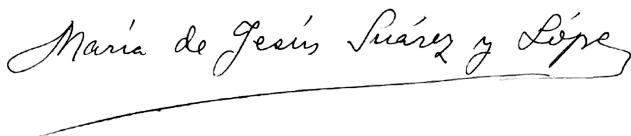
1948. Noviembre, 23 [48 años]. AUG. El decano del Colegio Oficial de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de La Laguna escribe al rector de la Universidad de Granada lo siguiente: «En contestación a su atento escrito número 2.965, referente a doña María Jesús Suárez López, tengo el honor de informar a V. E. M. que dicha señora fue colegiada en este Colegio Oficial con carácter provisional, y que con fecha 1-5-1.944 solicitó a petición propia su traslado al Colegio Provincial de Madrid, transcribiéndole la comunicación de traslado, que dice: «En relación con la colegiada de este S.E.P.E.M. doña María Jesús Suárez López, y en vista de la petición por parte de la interesada de traslado al de su digna presidencia, tengo el honor de exponer a V.I. que dicha señora se encontraba colegiada de una manera provisional hasta tanto presentara su Título de Licenciada, sin que hasta el día de la fecha haya cumplimentado dichos requisitos. Asimismo, pongo en su conocimiento que en esta Secretaría obra un recibo de haber hecho el depósito para la obtención de su Título, expedido por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada con fecha 18 de diciembre de 1941. Obra también un certificado del Excmo. Sr. Gobernador Civil, Presidente de la Comisión Depuradora del Profesorado, letra O, en donde hace constar que tiene reclamados los antecedentes a la Comisión de Barcelona, sin que exista en la de Tenerife cosa alguna que limitase la labor profesional de enseñanza de dicha licenciada, advirtiéndole a este Colegio Oficial que la referida señora Suárez

López debía seguir admitida provisionalmente y hábil para el desempeño de la enseñanza».

1951. Julio, 20 [50 años]. AGA. El Departamento Central del Servicio Social de la Delegación Nacional de la Sección Femenina de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. certifica que María Jesús Suárez López «no está obligada, por razón de su edad y conforme al art. 1.º del Decreto de 7 de octubre de 1937, a la prestación del “Servicio Social”».

1951. Octubre, 14 [50]. AGA. María del Jesús Suárez y López solicita la expedición de su título a la Subsecretaría correspondiente del Ministerio de Educación Nacional. Al margen de lo que significa este impreso y de que lo haya cumplimentado y firmado a mano, lo más llamativo del documento es que estaba domiciliada en Ager, en la calle Pedró, n.º 1.²⁷

1951. Noviembre, 21 [51 años]. AGA. La subsecretaría del Ministerio de Educación Nacional responsable de los títulos académicos, tras el examen del expediente académico remitido por la Universidad de Granada, en el que consta que «reúne los estudios

A handwritten signature in dark ink, reading 'María del Jesús Suárez y López'. The signature is written in a cursive style and is underlined with a single horizontal stroke.

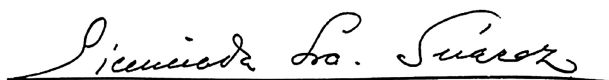
²⁷ Ager es un municipio de la provincia de Lérida.

necesarios» y que «ha hecho los correspondientes ejercicios y pagado lo que determina la legislación», firma su conformidad para que a María Jesús Suárez López se le expida el Título de Licenciado en Filosofía y Letras, Sección de Letras, «que faculta a la interesada para ejercer la profesión y disfrutar los derechos que a este grado le otorgan las disposiciones vigentes».

1953. Enero, 30 [52 años]. AUG. Luis María Oliveras Cáliz, abogado con despacho en la calle Aragón, número 349, principal, en Barcelona, envía una carta mecanografiada al secretario de la Universidad de Granada en la que podemos leer: «Habiéndome visitado muchas veces doña María de Jesús Suárez López, licenciada en Filosofía y Letras, en el año de 1923 [*sic*], y pagados los derechos del título en el año de 1941, registrados estos derechos al folio 67 vuelto [*sic*] del libro correspondiente. Resulta que, según me indicaba dicha señora, que ha remitido varias cartas para que el mismo se hiciera llegar a la Universidad de Barcelona, como que transcurren los años y dicho título no se le remite, es por lo que me ruega traslade a Vd. esta súplica, lo cual hago gustoso, y no dudo de su amabilidad; que verá Vd. con cariño que le sea remitido dicho título ya pagado en el caso de constar y obrar en esta Universidad...».

1953. Marzo, 27 [52 años]. AUG. Carta mecanografiada de María de Jesús Suárez López dirigida al rector de la Universidad de Granada. Dice así: «María

de Jesús Suárez López, mayor de edad, de estado soltera, de profesión licenciada en filosofía y letras, domiciliada en la calle de Mediodía, núm. 15, piso principal, de Barcelona,²⁸ a V.M. con los debidos respetos, EXPONE: Que en mérito de haber satisfecho desde hace mucho tiempo los derechos del importe del Título de Licenciada en Filosofía y Letras, cuya certificación se le expidió ya por la Facultad de Filosofía, es por lo que, si el mismo está expedido por el Ministerio de Educación Nacional, se me remita por conducto reglamentario a la Universidad de Barcelona, en la inteligencia de que la exponente acudirá a dicho centro a recoger el mismo [...].».

A handwritten signature in dark ink, reading "Licenciada Lra. Suárez". The signature is written in a cursive, flowing style. Below the signature is a horizontal line.

1953. Marzo, 30 [52 años]. AUG. El expediente del Grado de Licenciado de la Facultad de Filología

28 No estuvo empadronada en la ciudad de Barcelona ni consta nada de nuestra autora en la referida urbe, según me confirman los encargados del Arxiu i Gestió Documental del ayuntamiento, tras consultar los registros padronales entre 1930 y 1955. ¿Se trata de otra calle Mediodía situada en otro municipio de la provincia de Barcelona y no de la situada en el Raval, que se fue demoliendo poco a poco a principios de los cincuenta para dar paso a la avenida Drassanes? «En esta época, el gobierno franquista creó esa avenida para controlar y calmar la zona, colocando los edificios del ejército que encontramos allí» (Véase: «4. Calle del Mediodía» en *La Barcelona de Jean Genet*. Fuente: <https://jeangenetbcn.wordpress.com/>. Recuperado: 8 de agosto de 2025).

del curso 1941/1942, a favor de doña María Jesús Suárez López, se remite a la Universidad de Barcelona. A lápiz aparece anotado lo siguiente: «Colegio del Sagrado Corazón, Ferrer 4, Santa Cruz de Tenerife».

1968. Febrero, 27 [67 años]. AUG. Alguien que no se identifica firma un impreso de solicitud de certificación «de las calificaciones obtenidas durante la carrera» de María Jesús Suárez López —«natural de Telde, provincia de Canarias»—.

2025. Julio. Un funcionario de un registro civil de Cataluña confirma telefónicamente que no hay nada «sobre la mujer que busca». Ratificó su afirmación apuntando que en el periodo comprendido entre 1953 (el año de partida que se le había facilitado, cuando nuestra protagonista tenía 52 años) y 2025 (el año de destino que, por comodidad, puso él, aunque era consciente de la dificultad de que siguiera viva con 124 años a cuestas), según lo que había podido ver, no aparecía nadie que hubiera fallecido en nuestro país y que se llamara María del Jesús Suárez López. «Eso quiere decir que no murió en España».

Criterios de edición

La presente recopilación reúne ochenta y dos textos de Hilda Zudán provenientes de diversas publicaciones periódicas y títulos de carácter antológico, ordenados en el libro por orden cronológico. En cada uno de los textos se ha indicado en nota a pie su lugar de publicación primero y si este se ha recogido posteriormente en otro volumen. Para *El Defensor de Canarias*, dada la frecuencia con la que publicaba en este medio, se ha simplificado su denominación como *Defensor*; lo mismo ocurre con la *Antología literaria de Hilda Zudán* que publicó Antonio María González Padrón en 1999, para la que emplearemos la voz *Antología*. Asimismo, se ha modernizado la ortografía y la acentuación, como también se ha corregido la sintaxis con el fin de mejorar su comprensión.

LA HORA SILENTE

1. El dolor²⁹

A una amiga

¿Qué es el dolor? Me has hecho esa pregunta varias veces. ¡Jamás la he contestado! Pues, aunque lo he sentido, no he tenido palabras con que expresarlo.

Podría decirte: «El dolor es subjetivo e introvertido», pero no es esa la definición que tú prefieres. ¿Quieres que lo exponga en un lenguaje familiar, te presente sus fases y luego te impresiones al presentirlo?

Según mi modo de apreciar las cosas te lo expondré: yo presiento el dolor y ese presentimiento causa en mí una intensa emoción, cual si lo estuviese sintiendo; quiero decir que, al presentir una dolorosa contrariedad, mi alma se emociona a la sola idea de la afección que el dolor ha de producir en mi espíritu cuando se realice. Así comprendo el dolor, así lo experimento.

El dolor es santo. Dios ha permitido que impresione nuestra espiritualidad y lo deja obrar para que Él sea el manantial cristalino donde hemos de lavar nuestras culpas.

El dolor no admite lágrimas rebeldes, sino transparentes y cristalinas lágrimas de resignación.

Si alguna vez vieses tu alma nublada por las sombras del dolor, no desesperes, no olvides su origen y acéptalo como remedio para los males de tu alma. Él, sin darte

29 *El Defensor de Canarias (Defensor)*, 26 de enero de 1921, pág. 1.

cuenta, cicatrizará las heridas que el mundo, en sus locos devaneos, haya podido abrir en tu novel corazón.

Grita desde lo último de tu alma: «¡Te amo, te acepto y venero, oh, dolor!».

2. Vislumbre³⁰

A Carmelo Cabral

¿Por qué dudas del amor? ¿Por qué no quieres que yo te ame? ¿Es que en tu corazón de poeta has tenido la amargura de la desesperación?

No te entristezcas... Cuando el sol llega a su ocaso y la naturaleza duerme el sueño de la grandeza; cuando el cielo se oscurece y nuestras almas presagian la lobreguez de la noche, ¿no has visto el viso de un ser ideal que sea todo sacrificio y abnegación? ¿No lo has contemplado con afecto? ¿No has gustado de sus miradas tan puras como el cielo, tan intensas como una caricia materna? Y aun viendo que era ilusión, ¿te has entristecido al verla ir con las últimas sombras crepusculares? ¿Verdad que luego de haberse ido has sentido la nostalgia de aquel embeleso, de aquel delirio...?

Sí, sí lo has sentido... Tú has amado con ese afecto tan dulce como una caricia, tan tierno como un suspiro...

No es el amor el que ha herido tu corazón para inocular su venenoso almíbar, no; ¡es que no te ha llegado a comprender el objeto de tu amor! Y por eso sufres, y por eso crees en el tirano que ha hecho morir tu poético corazón... Pero tú amas como ama la brisa a las flores, como ama el astro rey las cristalinas aguas de un

30 *Defensor*, 10 de febrero de 1921, pág. 1.

surtidor... Tú amas y sufres, pues así como persigues tu sueño ideal, tienes que sufrir hasta que lo consigas.

Yo amo, me basta amar; y hallo en el amor el alivio para mis penas, el lenitivo de sus dolores y el escudo que me ampara en la adversa suerte.

Tú, soñador, buscas un alma que llegue a comprender el dulce anhelo de tu corazón...

Y cuando la encuentres, verás qué tierno, qué bello, qué santo es el amor... Entonces no dudarás y, en alas de la brisa, me enviarás los mensajes de tu dicha.

Y feliz amarás.

Yo siento el amor, pero soy impotente para definirlo. Es algo tan misterioso para definirlo. Es algo tan misterioso, tan íntimo, que se pierde a toda *extraspección*.

Ya que soy impotente para complacerte definiéndolo, te invito a que lo preguntes a las aves, a las flores, a las estrellas y al mar... Pregúntalo a la brisa cuando, en las horas de tu tristeza, acaricia tu frente de ensueños. Pregúntalo, en fin, a la luna cuando ríela sobre las aguas del lago. Ellos, en mudo lenguaje, te lo dirán y harán que te lo definas tú mismo, en tu psiquis, al sentir su dulce y divino influjo.

¡Qué bello es el amor! ¡Pero aún más bello, mucho más bello, es amar!

Cuando los astros que pueblan este espacio infinito comiencen su titileo, cuando la luz crepuscular haya desaparecido y solo a distancia veas las tétricas sombras de las enhiestas montañas, cuando todo duerma en torno tuyo en el ambiente soporífero de la noche, ¡acuérdate de mí! Mi alma irá hasta ti, gozará al decirte que ama, que no es un sueño el amor... Y los mil puntos luminosos serán los mudos testigos de nuestros

coloquios espirituales; y entonces comprenderás que es cierto que amo como ama el sol a las flores y como tú amas el vislumbre de aquella la dulce ilusión de tu sueño de poeta...

3. La risa³¹

A Lolita Schamann

Tú ríes y ríes siempre... ¿En tu corazón de ingénita no has sentido nunca la sombra de la tristeza? Es tu risa tan suave, tan acariciadora, que parece la brisa cuando juguetona mueve las hojas de los árboles... Es tan poética que mil veces, al sentirte reír, mi alma se ha impresionado y se ha reído contigo...

¿Por qué ríes? ¿Es que tú no sabes de dolor?

Y qué bella eres cuando ríes: así como el llanto embellece, a ti te da un no sé qué de bella idealidad. Tú ríes y ríes siempre y alegras a los que, junto a ti, están con esa tu risa de ángel.

Eres un sueño. Tus rubios cabellos se deslizan por tus espaldas y en tus azules ojos, que recuerdan el cielo, se adivinan los castos sueños de tu alma...

Que no sepas de lágrimas ni tristezas; que veas brillar siempre en tu cielo la estrella de la dicha y que rías sin cansarte para que alegres, con esa tu risa, a los que te rodean.

Y es tu risa un sueño tan dulce, tan tierno, que mil veces he deseado no concluyas de reír, sino que rías, rías, rías siempre para siempre soñar...

31 *Defensor*, 16 de febrero de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología literaria de Hilda Zudán (Antología)*, pág. 27.

4. ¡Atardecer!³²

Para Pepita Schamann

La tarde está muriendo. Por occidente, Febo extiende las últimas hebras de sus dorados cabellos... La noche se aproxima y extenderá su negro manto por la naturaleza.

A la luz indecisa del crepúsculo vespertino, allá, en lontananza, veo las tintas azuladas del cielo tornarse violáceas al combinarse con los últimos rayos del sol.

Allá, a lo lejos, el mar, el insondable abismo con sus verdes azuladas aguas, semeja un tranquilo lago. Dos barcos surcan sus aguas dejando una estela de plata a su paso.

En el horizonte, el mar parece unido al cielo, semejando una cinta de celeste esperanza.

En unos cercados próximos oigo la voz varonil de un mocetón que canta:

En mi pobre choza
cariñito
ya no tengo a nadie;
yo vivo solito
cariñito
pues murió mi madre.

32 *Defensor*, 23 de febrero de 1921, págs. 1-2.

Y la tarde se oscurece, la noche comienza su imperio. Oigo voces alegres. Son un grupo de obreras que dejan el trabajo llevando en sus rostros la alegría de sus almas.

Suena el ángelus. En el ambiente soñoliento de la tarde invernal, reina el silencio... Allá lejos, un hombre se descubre; la chiquillada que jugaba se dispersa, y yo siento frío, mucho frío, al presentir la soledad de la noche.

Mi alma se eleva a los espacios y una oración afluye a mis labios por aquellos que sienten en sus espaldas la lúgubre mano de la parca..., por los ausentes y los pobres impíos...

5. Maldad³³

Reptil emponzoñado con el fiero puñal de la columna; sucio y asqueroso injerto de la civilización, que sembrando la desconfianza quebranta las más firmes amistades, los más sagrados vínculos; odioso y pérfido bellaco que siembra la discordia en los hogares más pacíficos; ángel maléfico que se goza de la venganza y con mal disimulada voz de compasión fingida va exponiendo a todos los defectos y los fallos de sus semejantes. Ruin gusano que aniquila las conciencias y lanza a todos la carcajada insolente de la savia que le corroe.

De su horrible boca, con dulces palabras, escupe la rabia que le envenena el pecho; se desespera al ver felices a los demás; sonríe más cuanto más sea la envidia que sienta por no ser igual a los otros o por la importancia de escalar el cielo de la felicidad.

Híbrido aborto de la naturaleza; inhumano injerto de la incultura; parásito que vive a expensas de los incautos y sacia su sed con la venganza, con el odio que por todos siente. Envidioso ser que, no pudiendo escalar el lugar do yace el águila, se arrastra soberbio hacia los lugares donde puede verter el coraje y la rabia que obran cáusticamente en su pecho de hielo. Gusano vil que, con sardónica sonrisa, se goza de la desdicha

33 *Defensor*, 4 de marzo de 1921, pág. 1.

ajena exclamando: «¿Qué me importa ver sufrir a los demás? ¿Qué me importa que todo se destruya, que todo muera? Yo saciaré mis ansias sanguinarias viendo caer gota a gota la sangre de mis víctimas, ella servirá para dar rosado triste a mis famélicas mejillas. La carne humeante de sus cuerpos calmará mi hambre. Gozaré viendo sufrir a mis sacrificados y pisotearé sus cuerpos exánimes. No me importa que todo se destruya, que todo muera... ¡Basta que viva yo!», y con diabólica carcajada muestra su salvaje alegría.

Eres la Maldad. Tu pútrido aliento te descubre. Jamás serás feliz. Siempre sentirás la nostalgia de la dicha.

6. ¡Orfandad!³⁴

A mis queridos padres

Era una fría tarde del mes de enero. El sol no entibaba las horas como en los días primaverales y en el cielo aparecían las primeras sombras de la noche. Una joven de quince a dieciséis años vi vagar por las calles en demanda de socorro. Eran sus ojos azul celeste y en su angelical semblante se revelaban los castos sentimientos de su tierno corazón; su rubia cabellera caía en desordenados bucles por sus mejillas y frente, dándole un aspecto virginal. Anduvo errante y sola por las sombrías calles sin encontrar un solo transeúnte que la socorriese. Sentíase desfallecer..., ya casi no andaba..., y cuando sus pies se negaron a seguir, se halló frente a un edificio en cuya puerta divisó un cartel. Ávida leyó a la luz indecisa del atardecer: «Asilo de huérfanos». Se asió al llamador y tocó. Al momento, se abrió la puerta y en el dintel apareció la bella silueta de una Hermana de la Caridad, la cual llegó a tiempo de recibir, en sus amantes y cariñosos brazos, el cuerpecito de la inocente joven. Solo se le oyó exclamar: «¡¡Piedad, piedad!!». Aquella jovencita estaba sola en el mundo, pero Dios le demostró que aún hay en la vida seres que ejercen la caridad sin ningún interés. Cuando era despedida de las casas, sin socorro,

34 *Defensor*, 9 de marzo de 1921, pág. 1.

debió sentir la candorosa huerfanita mucho frío en su corazón al ver la indiferencia humana.

Cuántas veces, en mis noches de insomnio, he pensado que tal vez si hubieseis muerto, yo, errante y vagabunda, demandando el socorro, me encontraría sufriendo los desaires de los humanos; y al pensar tan solo en esa soledad del alma, lloro y lloro mucho... por el porvenir.

7. La voz del ángel³⁵

C. G. D.

En sueños le vi. Su voz era un arrullo, una melódica canción cruzó mil veces el espacio y en una cinta que en su pecho llevaba pude leer esta inscripción: «Velo tu sueño».

Sus cabellos rubios como los de Apolo, su faz alba como la piel de armiño, sus azules ojos enamoraban mi alma y en conjunto era un canto, una poesía.

Le oí hablar... Sigiloso, a mi oído se acercó y, con voz suave, dulce y queda, musitó: «Duerme, duerme..., velo tu sueño».

Y dormí, seguí soñando; le vi elevarse y descender... Se acercó de nuevo a mi lecho y otra vez habló a mi oído: «Sueña tranquila, sueña; estoy aquí. En alas de tu sueño irás al cielo que yo he dejado para que duermas... ¡Velo tu sueño!».

Ya la aurora despuntaba por oriente envuelta en nubes de grana; ya la noche se iba, el día se acercaba y el ángel de mi sueño se elevó. Le vi subir, subir por los espacios infinitos y, al alejarse, se dejó oír su tierna voz: «Despierta, no duermas ya: el día ya llega, invita al trabajo. Levanta. Deja el lecho y reanuda tu interrumpida tarea...». Desperté, miré a todos lados, no vi nada..., solo el perfume de las flores de mi huerto llegó hasta mí. Por los cristales de la ventana entraban

35 *Defensor*, 16 de marzo de 1921, pág. 1.

los primeros rayos del naciente sol y en los árboles próximos los pajarillos, en alegres bandadas, trinaban y saludaban parleros la llegada del nuevo día.

Y el ángel, invisible, habló a mi oído: «Ve, trabaja, mira el futuro y serás feliz».

8. Semana Santa³⁶

No sé por qué, tal vez la evocación, la tristeza se adueña de nuestras almas en estos días... ¡Qué sublimes los pasajes de esta Sagrada Semana! ¡Qué santos los efluvios de la pasión!

Ya no sonríe el audaz arroyuelo que manso cruza la verde alfombra de los prados... Ya la brisa no arrulla sumisa endechas lejanas..., no; todo es tristeza y lobre-guez. Triste, el arroyuelo lento cruza el sendero que irremisiblemente le conduce al fin... La brisa no mueve las ramas de los árboles ni es la muda mensajera de otras veces. Solo musita queda, lenta, triste: «Contempla las horas de esta Santa Semana, no pienses en ti; escucha esa voz que grita en tu interior y que te invita a la contemplación... Deja el mundo, abstráete y que solo viva en ti el pensamiento de la conmemoración».

A nuestra mente acude el recuerdo de aquella otra semana ¡de tantos siglos atrás! El corazón se emociona y, sediento, sigue las huellas del Divino Amador.

Jesús llora..., sí; llora ante la dormida ciudad que, en su letargo, se obstina en comprender la dicha que llega... Él sabe que de aquel templo no quedará piedra sobre piedra...

36 *Defensor*, 23 de marzo de 1921, pág. 2.

Jesús no teme el sacrificio ni la muerte; va a ella por su propia voluntad, como dice el profeta Isaías;³⁷ se sacrifica por los hombres, por aquellos que mutilan su cuerpo, por aquellos que gozan en su agonía...

Y el Redentor fue vendido. El hombre, polvo y ceniza, se rinde ante el vil metal. Luego, injuriado y envilecido, soporta tanta blasfemia, tanto baldón, tanta ignominia con mansa humildad... ¡Qué bello pasaje! Ya lo dijo el profeta: «Ha sido confundido con los facinerosos»,³⁸ «Llevado fue a la muerte como una oveja al matadero»...

Y Jesús expiró, murió por todos. Amó al género humano y no le olvidó en el acto de la muerte: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen».

Y olvidado de sí, pidió al Padre por sus verdugos. Amó hasta morir.

37 Isaías 53:5-8.

38 Isaías 53:12.

9. Perfectibilidad³⁹

El hombre ama el progreso y, marchando hacia adelante, a lo infinito, llega a Dios.

A despecho del envilecimiento moral y de los instintos, es susceptible de perfeccionamiento: la naturaleza favorece las inclinaciones y los sentimientos nativos, aunque se dan casos que tuercen por completo una inclinación; mas el hombre no es refractario, salvo excepciones, al progreso y a las más puras perfecciones. Si se propone ser perfecto, lo es, pues no hay ningún factor que a ello se oponga: si ama el progreso, ama la perfección porque progresar es perfeccionar.

La voluntad es la que le hace «ser». Si se propone ser bueno, ser perfecto, si a dicho propósito acompaña la voluntad indiscutible, lo será.

La educación del instinto, la evolución universal, son los senderos llanos, fáciles y seguros para llegar a Dios y cumplir el destino progresivo y eviterno.

Perfección es amor y, como solo se ama lo bello, lo bueno, lo grande y sublime, así toda la perfección es manifestación de la moral bella.

El pensamiento y el sentimiento dignifican al hombre, si es bueno.

El instinto es el que inclina; la voluntad es la que obra.

³⁹ *Defensor*, 29 de marzo de 1921, pág. 1.

El que es malo, lo es por atavismo; otros lo son por amor al crimen, por innatos sentimientos, por estacionamiento, etc. Pero, por regla general, el criminal lo es por la antipatía al progreso, por odio y muchas veces por ignorar el bien.

Todo criminal es ignorante; carece de moral, de estética y de inteligencia clara. Está obsesionada su razón por la idea del crimen. Es una de esas inteligencias frágiles sin principios de equidad.

Aspiremos la suprema belleza, la más pura perfección, y en nuestras almas brillará la lumínica antorcha del qué y las reverberantes fulguraciones de la bella moral.

10. *Mariela*⁴⁰

Para Ángel Pérez

Mariela es una obra bellísima cuyo hálito aromático de moralidad enamora nuestras almas. Es una novela que debemos leer las jóvenes, pues en ella, bajo la advocación del protagonista, condensada está una sociedad femenil.

Mariela es un tipo atrayente, simpático, rodeado por la mística aureola de la pureza.

Mariela es para mí el capullo lanzado al piélago de la vida y que, en paz bonancible, se mece durante un tiempo, pero que llega un momento en que el devastador huracán se ensaña en ir desprendiendo cruel los pétalos de su sepalino cáliz.

Mariela es la joven moderna, cristiana, inmiscuida en el mundo, que ensaya diversos medios para alcanzar un ideal que no obtiene de pronto, desconfía..., mas su antigua profesora y noble amiga la lleva, con sus consejos, por el verdadero sendero.

Beatriz, la noble amiga, la que sufrió resignada el desvío de *Mariela*, la que tan de lleno se entregó a ejercer la caridad y a velar por la dicha de sus semejantes, es uno de los personajes que más me cautivaron... Y

40 *Defensor*, 14 de abril de 1921, pág. 1. Posiblemente se trate de la novela *Mariela*, del sacerdote, historiador y escritor Alberto Risco Grasa (1873-1937), publicada en Toledo en 1920 por Sebastián Rodríguez.

es porque siempre he admirado la caridad sin ningún interés, el desprecio de todo lo mundano para abrazarse a un ideal noble, santo..., único en su especie: amar y sufrir con el desvalido.

Mariela logra volver a la vida un cadáver y alcanzar, por fin, la dicha tan ansiada.

He leído *Mariela*. ¡Cuántas notas tiene para nuestras vidas! ¡Cuántas lecciones aprovechables! Es un libro que debemos leer todos; en especial, las jóvenes que comenzamos a vivir, pues en él hay enseñanzas de inestimable valor tanto para nuestro actual como para el porvenir.

11. ¡Lejos...!⁴¹

Y en ti solo el pensamiento...
no sé lo que siento,
ni lo que siento sentí jamás.⁴²

Es domingo, acabo de llegar de un paseo largo, muy largo. Después de cruzar dando vueltas y revueltas a una infinidad de carreteras tristes, casi sin arbolado; después de pasar por un túnel y contemplar las olas, que furiosas se estrellaban contra los acantilados, y una vez que pasamos un puente bastante grande, nos encontramos en mi pueblo natal.

Oh, no acierto a explicarme por qué, al acercarme, sentí que mi corazón latía con violencia, mi vista ansiaba abarcar de una vez los primeros campos que le enverdecen; y al cruzar sus primeras calles —no obstante lo tristes y solas— sentí un goce, un placentero bienestar. ¡Estaba en mi pueblo!

¡Cómo creí verme de pequeña saltar, correr y jugar en su alameda! ¡Cuántos recuerdos gratos tienen para mí cada lugar, cada calle, cada casa...!

Pasé por aquella, la «calle de mis amores». Mi alma gozaba. El auto corría y pronto volví a entristecerme. Siempre hacia el sur, seguimos cada vez más veloces y por fin llegamos al término de nuestro viaje.

Aquel pueblo de calles empinadas y antiguas tiene para mí muchos recuerdos. Allí nació mi abuela, aquel

41 *Defensor*, 3 de mayo de 1921, pág. 1.

42 Se trata del poema «Canción» de Eulogio Florentino Sanz, publicado en el *Almanaque de Las Novedades para 1861* (Bernaldo de Quirós, 2006).

pueblo vio nacer a mi padre y allí corrí y jugué en mi segunda infancia...⁴³ Aquella su bella alameda es un vergel, plantas y flores de miles de clases bordean lados y senderos...; y aquella su iglesia severa, imponente, esconde en su seno tesoros tan bellos como la Virgen del Rosario. Con aquellos sus ojos, parece que habla ese lenguaje misterioso e invita a la oración; parece que dicen: «Tened piedad», y luego añadir: «Tened confianza».

Y regreso; vuelvo a desandar lo andado, paso nuevamente por mi pueblecito, el lugar de mis delicias; pero no siento ya la nostalgia anterior, no. Regreso más bien ferviente. Confío en que volveré a mi casa muy amada.

Mi corazón alegre, gozoso, sigue las distintas siluetas de los barcos que cruzan el mar en todas partes. Creí ver la imagen aquella, bendita, de la Virgen de aquel pueblo.

Lejos... sí, estoy lejos; pero no obstante la distancia, pienso en aquellos ojos de dulce mirada, en aquella faz de risueña esperanza y siento algo tan tierno, tan amoroso, que no me puedo explicar y puedo decir, como el poeta:

y en ti solo el pensamiento
siento no sé lo que siento,
ni lo que siento sentí jamás.

43 Se refiere a Agüimes. Su pueblo natal es Telde. El túnel señalado al principio del texto es el de La Laja (1863-1972), que estaba situado en la carretera que conecta la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria con el sur de la isla; el puente indicado, el de los Siete Ojos, situado en el barranco Real, que está disponible para su uso desde 1866.

12. Ausencia⁴⁴

A Mercedes Real

Partió el amado lejos..., muy lejos; dejando triste y abatida a su fiel prometida en las orillas del proceloso mar, se fue a otros mundos en busca de fortuna.

Triste, mustia como las flores invernales, quedó la inocente niña junto a las platínicas ondas de aquel tranquilo mar... Vio deslizarse sobre sus aguas la embarcación que llevaba su dicha y, sentándose junto a una agreste roca, murmuró: «Vosotras, oh, avecillas, que os vais hacia aquel continente, decidle, si le encontráis en vuestro camino, que permanezca fiel a aquel juramento que pronunciaron nuestros labios aquella noche de plata».

«Brisa, oh, tú, que eres la amorosa mensajera de los enamorados, id y, si le veis, musitad quedo..., muy quedo a su oído, endechas de amor».

«Bajeles que trazáis esa estela de plata sobre las azulinas aguas de la inmensidad, marchad. ¡Si le encontráis alguna vez en vuestro camino, habladle de mi amor!».

Pero... marcharon las felices avecillas al otro continente, erizó bulliciosa y sutil la brisa por los espacios infinitos...

Los bajeles, felices y dichosos, llegaron a puertos distintos; mas no pudieron hablar al amado, no pudie-

⁴⁴ *Defensor*, 12 de mayo de 1921, pág. 1.

ron llevar los mensajes de la niña infeliz porque no lo hallaron en su camino.

Y así como las flores se doblan y languidecen cuando les falta la savia, así la fiel amante languideció bajo el peso de aquel dolor terrible. ¡Oh, ausencia!

13. ¡Noche oscura!⁴⁵

Era tarde. La noche oscura y triste llenaba a mi alma de magos ensueños. Mi espíritu vagaba y, sediento de amores, cruzaba los espacios. Un recuerdo sutil cruzó mi imaginación y fue el primer tormento después de días alegres y felices. Sufrí en aquel momento, comprendí la amarga realidad de esta vida fugaz y fatua, comprendí los cambios y desaires de la fútil fortuna. Ah, casi puedo decir que en ese momento odié el vivir...

Mi alma gozaba siempre. Si alguna vez sufrí, solo fue de momento; después olvidé, mas aquella noche sufrí horriblemente... Las estrellas me aparecieron oscuras y en la lejanía oí la sirena del barco que se alejaba y que, al silbar, parecía burlarse de la tristeza de mi espíritu... El mar bramaba furioso y el viento azotaba mi faz con ímpetu violento.

Dolor de la vida, ¿por qué existes? O al menos, ¿por qué apareciste sonriente, ufano y burlón cuando menos te esperaba? ¿Por qué te imaginé en los ilusos sueños de mi juventud afanosa más humanitario, más plácido, más sereno? Di, ¿por qué...?

Creí morir, sí; morir de dolor ante la inmensa mole de angustiosas nostalgias que me rodeaban. ¡Cómo sufrí...! Mi espíritu, agitado por tantas emociones de tinte sombrío —creí—, languidecía por momentos...;

45 *Defensor*, 19 de mayo de 1921, pág. 1.

mas mi voluntad, siempre tan firme en el deber, me sostuvo y cumplí fiel y exactamente lo que creí prudentemente, lo que debí hacer.

La noche avanzaba, el frío se hacía cada vez más intenso y las estrellas luminosas eran las únicas que alegraban con su escasa luz las fantásticas siluetas que, lúgubres y oscuras, vilas vagar errantes por los espacios inmensos... ¡Ah!, esa es la hora de la vaguedad, la hora de la incertidumbre que siempre he amado, la hora callada en que el misterio envuelve a la naturaleza, la hora de las profundas tristezas, de las tristes verdades..., la hora inquieta en que la voz lúgubre y tétrica del misterio nos habla al corazón y nos recuerda el lugar santo, sagrado, donde hemos de morar tarde o temprano. Sí, en esa hora en que el sueño del vivir se desvanece y el álgido dolor lacera nuestros pechos, en esa hora de las profundas realidades, siento la atracción magnética de aquel pasado de ensueños, de aquellas ilusiones frágiles... En tropel acuden a mi mente mil recuerdos, antiguos ideales, que solo sirven para aumentar la tristeza de mi alma. ¡Oh, pasado, si te pudiera olvidar!

Noche oscura, haz que mi alma solo ame la tristeza de tus horas; haz que mi espíritu solo halle solaz, esparcimiento y regocijo en tus divinos instantes de misterios... Sí, haz que solo te ame, oh, noche de rutilantes estrellas, pues amando la monotonía de tus horas, amaré el dolor tal cual como se debe amar al inseparable compañero de la edad experimentada.

14. Palidez⁴⁶

Para Antonia Real

¡Cuando el cielo esté opaco,
cuando admires
la tarde en el crepúsculo que muere,
cuando tengas violetas y suspires
por la tristeza que a tu lado impere,
acuérdate de mí...!⁴⁷

Sí, cuando el cielo esté triste, cuando la noche extienda su manto de luto por la faz riente de la tierra, cuando mires al mar y solo veas los densos nubarrones oscuros, presagiosos de la lóbreguez invernal; cuando todo lo que te rodea sea melancólico y tu tierna mirada contemple las caprichosas siluetas que vagan lejanas... ¡acuérdate de mí!

Las dos amamos lo ignorado, nos alegramos al ver las nubes que obscurecen el cielo con su negro y melancólico color...

En tu alma renace la alegría cuando las sombras inciertas e imprecisas del crepúsculo dan a la tarde ese tinte de melancólica tristeza...

Las violetas, pálidas en sus colores, son tus amigas; ellas son humildes, olorosas y tristes como tu alma mística y sentimental... Son bellas esas flores; emblema de tu alma, las amo...

46 *Defensor*, 27 de mayo de 1921, pág. 1.

47 Se trata de unos versos del poema «Palidez», de F. Jarrige, incluido en su libro *Del primer delirio. Verso*, publicado en Buenos Aires en 1898.

porque en la palidez de sus colores
veo la palidez de la que, angustiosa,
va llorando en la ausencia sus amores.⁴⁸

48 Ídem.

15. Maledicencia⁴⁹

Para M. N. U.

La maledicencia se propaga rápidamente
pues vive la envidia con más campo que
la caridad por el prójimo.

La ignorancia, la vulgaridad, la envidia. Ved ahí las tres inseparables compañeras de la maledicencia. Va de casa en casa, de sociedad en sociedad, de pueblo en pueblo, dejando tras de sí el vaho inmenso de su nauseabundo hálito. Las almas vulgares, las viperinas lenguas que sienten en su dermis el cáustico efecto de sus odios; los espíritus mezquinos que, en su envidia, encuentran armas venenosas que asestar contra aquellos que, llevando una vida de ejemplar honradez, de laboriosidad, son los que propagan «a sabiendas» esa moneda falsa, aun sabiendo su abyecto origen.

Son seres depravados, innobles, bestiales, indignos de tenerles en cuenta, dignos de ser hollados por nuestras plantas.

Las almas nobles, generosas y compasivas perdonan la calumnia y, cual palmera cimbreada, se clavan y balancean a impulso de sus ideales, de sus pocos comunes pensamientos, de los espontáneos impulsos de sus almas...

Exclamad siempre que oigáis que os calumnian, que os desprecian: «Perdonados seáis siempre y que esos dardos venenosos que lanzáis contra mí se con-

⁴⁹ *Defensor*, 2 de junio de 1921, pág. 1.

viertan en flores que cubran el sendero de vuestras existencias».

Sí, esa es la mayor, más grande y mejor venganza: «Dios, que ve las conciencias, juzgará imparcialmente mi conducta y verá que he obrado bien».

No os desalentéis porque os calumnian. Vuestras almas puras, vuestra conducta, serán las que se pongan a la vanguardia, las que os sirvan de escudo por el cual las venenosas flechas no han de atravesar.

Seguid con vuestras vidas nobles, honradas, laboriosas, y esas voces vulgares, esos espíritus de baja esfera intelectual, comprenderán al fin su impotencia, la impotencia de la envidia, del odio, del rencor.

No deis oídos a pequeñeces. Distinguíos de los espíritus incultos, de los corazones poseídos de la maledicencia.

16. ¡Déjame sonreír...!⁵⁰

A René⁵¹

Déjame... ¡Es tan hermoso
sufrirlo en actitud serena!
Déjame sonreír... ¡Es tan gracioso
el creerse en las luchas un coloso
y arrastrar en la paz una cadena!

Santos Chocano

Déjame sonreír... Es la sonrisa un bálsamo sagrado que dulcifica las penas producidas por el dolor. ¡Es la sonrisa el sello característico de las almas que, resignadas, llevan las adversidades, los desengaños, la decepción! Es tan bello sonreír, es tan hermoso sufrir resignada con la sonrisa en los labios los desvíos de la muerte... ¡Es tan gloriosa la sonrisa que bien puede ser un poema de amor o de dolor!

Déjame sonreír..., aunque a solas, oculta a profanas miradas, pueda llorar; mas, ante el vulgo, déjame sonreír, mintiendo calma y mostrando placer mientras el fuego me abrasa el corazón, me incendia el alma...

50 *Defensor*, 5 de julio de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 28-29.

51 Se trata de Lorenzo Betancort Cabrera, con quien Hilda Zudán compartió una estrecha amistad (González Padrón, 1999b:18). El 4 de junio de 1921, en *El Defensor de Canarias*, René publicó el texto «Hoja de álbum», dedicado «A Hilda Zudán».

Déjame sonreír..., pues mientras río, olvido un momento mis tristezas...

Déjame sonreír... No por eso dejaré de llorar y sufrir: siempre amaré el dolor porque dolor es ala, y el que tiene alas se remonta al cielo.

Déjame sonreír, que la sonrisa ensancha el pecho y, dando alientos a nuestras almas, las predispone a recibir el influjo santo y sagrado del dolor, ese bendito crisol que purifica los corazones. La sonrisa es una lucha. ¡Oh, qué santo es luchar!

¡Déjame sonreír!, que la sonrisa oculta nuestras penas... Es tan glorioso, tan bello, tan sublime arrastrar en la paz una cadena...

17. Estrella del Mar⁵²

A ti, Estrella del Mar; a ti, Purísima Virgen del Carmen; a ti, a la que invocaron los navegantes, a la que las encrespadas olas del anchuroso mar obedecen sumisas y fervientes aun en las mayores tormentas, en las más grandes tempestades... ¡A la que adora desde el marinero que iza la vela en días bonancibles hasta el marinero que guía su barco en días de pavorosas tormentas! A ti, celeste Estrella de los Mares, que compasiva y cariñosa guías nuestro bajel por el piélago inmenso de la vida y le libras mil veces del embate y furia del oleaje de los pecados... A ti, luz que alumbra nuestras almas, faro de salvación de nuestra existencia; a ti, brújula que orientas al caminante por la región desierta de la vida. A ti, oh, Virgen del Carmelo, remembranza del pasado, presagio del futuro, a ti, flor de flores, te adoro y venero.

Qué bella estás, oh, Virgen Santa, en ese santuario de mis amores; entre esa cascada de luces que nimban tu imagen; entre ese vergel que inunda tu altar.

Y contemplándote he pasado —consuelo de los afligidos— los momentos más dulces de mi existencia y he deseado, como el poeta, «tener alas, para volar hasta ti». Sí, hasta ti, amor de amores, rosa de rosas,

52 *Defensor*, 16 de julio de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 30-31.

¡cuántas veces he creído verte en tu excelsa morada,
Estrella del Mar, madre del alma! Cuántos instantes
he pasado feliz ante tu efigie siempre bella, cariñosa
y compasiva, oyendo femeniles voces, que a mí se me
antojan angelicales, que entonan y cantan tus glorias,
tus grandezas en esa tu «Salve» de dulces notas, de
armonías divinas.

Las sombras de la noche van haciéndose cada vez
más densas e invaden las naves del templo; las luces
se van apagando, la música calla... El templo se queda
desierto. Desde la penumbra, te saludo por última vez.
Todos se van llevando en sus corazones tu imagen
grabada con imborrables caracteres.

Al pasar, he visto cómo las tranquilas aguas dibujan
las oscuras horas de unos árboles próximos; he con-
templado unos momentos la tranquilidad de aquella
superficie e instintivamente acuden a mi mente los
hermosísimos versos del extático san Juan de la Cruz:

¡Oh, cristalina fuente!
¡Si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!⁵³

Y me pareció que la fuente reía y que tus ojos se reían
en el fondo de las aguas.

¡Estrella de Mar!

53 Estrofa doce del *Cántico espiritual*, de san Juan de la Cruz,
obra escrita entre 1577 y 1582, y publicada en 1622.

18. Calles románticas⁵⁴

¿Por qué siento animadversión hacia las calles animadas de esta ciudad, a esas calles llenas de luz, de alegría, de movimiento continuo? No sé, pero esas calles que se llenan de luz artificial, cuando la noche cubre con su negro velo el azulado espacio, me parecen más vulgares; es decir, menos bellas que esas otras que se llenan de sombras cuando el cielo se oscurece, que se tornan tristes, macilentas, lúgubres cuando el día se apaga... ¡Cuando la noche llega...! ¡Oh, calles de poesía, calles de vagas sombras, calles románticas! Esas calles que callan eternamente en las vaguedades de sus nocturnas horas; esas calles donde el espíritu parece que se ve «frente a frente sin la pesadumbre de la materia», esas calles que infunden pavor a los criminales... En esas calles donde el alma se ve libre del malestar, del artificio de la vida, ¡oh!, en esas calles románticas se puede vivir, se vive una vida apacible, serena, tranquila, sin que la igualdad de sus horas sea interrumpida por bullicio mundanal. Parecen como las compañeras inseparables, las amadas de la senda que conduce al camposanto.

Esas calles tristes, sombrías son, para mí, los parajes de encanto, los campos de ensueños... El libro

54 *Defensor*, 29 de julio de 1921, pág. 1.

de la vida en cuyas páginas, escritas con lágrimas del llanto, se leen las notas de nostalgia que tiene la vida.

En esas calles, parajes de ensueños, campos donde el espíritu se expansiona, en esas calles de mutismo, evocadoras de la tranquilidad del lugar donde reposan los restos de los que fueron..., en esas calles románticas, se aprende a despreciar la vida..., se aprende a amar la muerte!

¡Calles, calles de las sombras, calles oscuras!

¡¡Calles románticas de Vegueta!!

19. Encanto⁵⁵

Me encanta una mañana de sol; una tarde taciturna, sentimental; una noche de plata, cuando la luna envuelve a la tierra en el misterio de su argentada luz. Me encanta la alegría de un día de sol, cuando el rubicundo Febo extiende su áurea cabellera por los espacios celestes, lo mismo que las noches calladas y lóbregas de invierno en las cuales el cielo, sin luces, cubre como paño funerario la ida faz de la tierra.

Pues lo que más me encanta, lo que más alegra a un espíritu, son los niños, sus tiernas florecillas de primavera. Tal vez por afinidad, quizá por magnetismo, siempre que estoy con ellos me creo tan pequeña que puedo intervenir en sus juegos como una compañerita más. Tal vez, debido a esa simpatía, me alegra el estar a su lado; quizás también por eso ellos me sonríen...

Me gustan todos, desde el travieso, alegre y parlero hasta el taciturno, triste y soñador; desde el de rubios rizos hasta el de lacio cabello negro. Todos son niños, todos son inocentes florecillas que comienzan la senda de la vida; todos son bellos como su edad, edad de la niñez, de la luz, de la alegría, del cariño... ¡Infancia!, edad que todos tuvimos y de la cual conservamos dulces y gratos recuerdos queridos..., edad que añoramos, edad que envidiamos, ¡edad de ángel!

55 *Defensor*, 18 de agosto de 1921, pág. 1.

Por eso, cuando veo un coro de niños, me alegro; pero al mismo tiempo siento la nostalgia de la edad... Cuando los veo corretear y jugar por plazas y calles sin presentir tan solo siquiera el dolor futuro, el dolor de vivir, los he envidiado; he envidiado mil veces esa edad —¡oh, si la volviese a tener...!— para mirar la vida como se miran los jardines, como se miran las flores sin presentir el dolor de la vida, sin añorar el pasado: vivir, vivir como esos tiernos vástagos que juegan y corren..., que animan con sus juegos nuestras tristes tardes... Volver a esa edad... soñar con las rosas...

¡Qué encanto!

20. Ángelus⁵⁶

Es la hora de Dios. La tarde quieta, al sentir las primeras sombras, en sus «horas bellas»; es la hora en que la «olímpica pereza» convida al descanso; hora santa, cuando la tarde reza bajo su negro manto de nubes y sombras de tristeza y dolor...; hora del Señor, cuando el ángel del ensueño sonríe y aparece rasgando lentamente las nubes el lucero vespéral, que parpadea cual si llorase al despedir al día e imprime de un silencio santo la hora más bella de las horas. El viento murmura sereno un no sé qué...; tal vez, una tierna plegaria, y el espíritu ante la augusta belleza crepuscular siente ansias de acercarse a aquel Ser y desea también rezar como la tarde. ¡Cuán dulce y misteriosa es la mirífica tarde cuando el divino misterio vaga por los montes, cuando la luz huye de la oscura noche!

En la hora fantástica y de ensueño. En la hora vespéral, he sentido el dulce eco de una campana. ¡Suenan el ángelus!

La tarde es un secreto, un sueño, un hábito de amor, de amor puro, de amor celeste y fúlgido como esos astros que parpadean, como ese lucero que brilla refulgente tras las sutiles nubecillas que pueblan el es-

56 *Defensor*, 3 de septiembre de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, pág. 32.

pacio en esa hora del silencio, de la quietud, del goce íntimo, espiritual...

Hola del ángelus. Es el momento en que la luz se junta con las sombras, hora bella, sublime «en que el sol rueda por la espesa alfombra / como un sultán caído de su asiento».⁵⁷

Esa es la hora santa del ángelus, cuando todo duerme, cuando todo calla, hora de luz espiritual.

57 Versos del poema «Ángelus», de José Santos Chocano, publicado en su poemario *Azahares* (1896).

21. Paz y silencio⁵⁸

Cuando en la noche silenciosa, quieta, en que las lloronas ramas del sauce umbrío se acercan a la tierra besando, tal vez, la tumba de ellos, la tumba de los que fueron; cuando bajo el estrellado cielo se eleva majestuoso el ciprés, el inseparable amigo de «aquellos»; cuando todo duerme, cuando todo calla, en la soledad sepulcral de la noche, mi alma vaga mustia, doliente entre las sombras de los árboles del camposanto.

Y en la soledad de las horas nocturnas, en la hora de ánimas, quizá un sepulcro se vio acompañado por la sombra vaga, incierta, de un recuerdo...

El cielo del camposanto atrae mi espíritu. La monotonía de sus horas eternas encanta mi alma. ¡Todo allí es santo; todo, eterno...!

Algún rosal crece en aquella tierra bendita. Por aquella tierra, hollada mil veces con nuestras plantas, cubiertos están los cuerpos de aquellos nuestros seres queridos, aquellos que se fueron..., ¡y de los que alguna vez nos hemos quizá olvidado!

Y el sauce, el ciprés..., ¡compañeros de mis muertos! Compañeros inseparables de aquellos que en épocas pretéritas vivieron. ¡Ah, amados, eternos amados

58 Escrito en Las Palmas el 30 de agosto de 1921. Publicado en *Defensor* el 9 de septiembre de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 33-34.

de «ellos», de los que fueron, [que] siempre nos han abandonado!

Tumbas del camposanto que guardáis celosas los restos de nuestros mayores, sois las únicas que, con vuestro unido lenguaje, nos enseñáis la amarga realidad de esta vida falaz... Sois las únicas que no olvidáis a nuestros seres queridos... ¡A «ellos»...! Sois los que nos decís el escabroso sendero de la vida, de esta vida de llanto, de pena, de tristeza, de monotonía, de dolor...

Y tú, oh, divina cruz, que extiendes tus brazos cual si quisieras abrazar con esos tus rígidos miembros a todos los muertos, a todos los que me han antecedido en el término de los días, ¡bendita eres!; y, como el poeta, en ti «los ojos fijos, y a ti vendrán también para adorarte, los hijos de mis hijos...».⁵⁹

59 Se trata del canto XI del poema «Oración», de Vicente Wenceslao Querol, que apareció en su libro *Rimas* (1877).

22. De todo hay⁶⁰

Hay quien pretende aplastar con vanílocuas palabras, nacidas del temor y de la envidia, los nobles ideales del humano ser; las nobles aspiraciones de algunas almas. Hay quien, como venenoso reptil, se arrastra por el fango y busca cobarde la oscuridad para herir a mansalva e inocular el veneno que le abrasa.

Cuando otros creen acobardar a sus adversarios por las «propagandas» que solapadamente capitanean, ¿no saben «esos tales» que las almas nobles miran esos medios, de que se valen los malignos y sus cercanos, como de dónde vienen, lo que equivale a decir que le dan tanta importancia como a las personas de quien proceden?

Los espíritus generosos perdonan siempre; jamás se sienten agitados por rencor ni la mala voluntad. En su frente elevada, en su mirada tranquila, en su sonrisa serena, puede verse la belleza de sus pensamientos. Parece que hablan en su mudo lenguaje así: «Soy de Dios y a él he de ir. Ese que procura difamarme es mi hermano. Todos somos hijos de Dios, tenemos un padre común. Él juzga mi corazón, ve cómo amo al que procura mi mal por todos los medios... ¡Yo perdono!».

60 *Defensor*, 10 de septiembre de 1921, págs. 1-2. Posteriormente, en *Antología*, pág. 35.

Esta noble idea le hace proceder y obrar: ¡perdonar!
Pensando en su origen y en su fin, no descienden a
mirar las dañinas e indignas intenciones de sus adver-
sarios y secuaces.

¡De todo hay!

23. La tumba blanca⁶¹

Los ojos del niño estaban cerrados; su tez, lívida; su cabeza de oro, reclinada sobre las blanquísimas almohadas donde, en caprichoso desorden, se extendían los rubios bucles; sus negras pestañas proyectaban una dulce sombra sobre aquel rostro de tenue lividez.

Le vi en la caja blanca y celeste, rodeado de rosas y de otras flores. Sentí voltear las campanas alegres cual si se celebrase una gran fiesta. Un grupo de niños llevaba en andas aquella cajita que encerraba el tierno cuerpecito de aquel niño rubio y juguetón que días anteriores vimos correr y jugar por las plazas públicas... Y cantaban los blancos grupos que rodeaban a aquella inocente criatura que había volado tan alto, hasta la región donde moran los «niños celestes», los ángeles, con los cuales soñó alguna vez.

Y en una oquedad, abierta la fosa, lo colocaron; en aquella cajita blanca y celeste como un sueño infantil. Allí, los blancos grupos le saludaron y arrojaron flores deshojadas, muchas flores sobre el cuerpo de aquel serafín que voló tan alto que fue al cielo a acompañar y jugar con los angelitos.

⁶¹ *Defensor*, 14 de septiembre de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 36-37.

Y tapiaron la fosa. La tumba fue cerrada por una lápida tan blanca como el alma de aquel niño que voló a la región etérea...

Desde entonces, veo su tumba rodeada de blancas flores y a sus amiguitos que van a hermosearla con sus cantos en las tibias tardes primaverales.

La tumba blanca, que encierra aquellos restos desde aquel día, me admira: ¡tan blanca y encerrar una flor tan temprana!

24. Horas de reposo⁶²

¡Todo duerme! Vibra en mi alma el espíritu de leyenda, de bellezas ignotas... El mar rompe furioso sus olas de nítidas espumas contra el acantilado, saltan sobre las peñas en forma de polvillo y vuelven a caer, lamen las rocas, besan las arenas de las playas y... ¡Se van!

De pie, absorta, contemplo la belleza del mar en esas horas de sol, cuando todo duerme, cuando todo calla... De vez en cuando, llega hasta mí el dulce frescor del ambiente marino y siento en mi alma el goce, el bienestar que sentiría cruzando ese inmenso y azulado mar atlante.

Y viene la calma, la hora quieta en que las ondas se suceden sin interrupción, monótonas, iguales, quedas... Hora queda, hora quieta, hora de sol canicular. La leyenda se muestra a mi espíritu con todas sus fantásticas galas y surgen en mis recuerdos de un pasado inolvidable presagios de un futuro de alternativas. ¡Ah! La leyenda, la divina leyenda, esa leyenda eterna que las almas llevamos esculpidas: ¡la leyenda de la vida!

¡Horas de reposo, de feliz reposo, horas de sueño!

¡Y el sol descompone sus luces, sus rayos, sus rubios cabellos! ¡Un irisado atraviesa las gotas de agua cuando atraviesa la espuma marina...!

¡¡Horas de reposo, horas bellas!!

62 *Defensor*, 15 de septiembre de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, pág. 38.

25. ¡Escuchad, escuchad!⁶³

¡Oigo una voz suave, dulce y queda! Me deleita su apacible y serena música. ¡Parece un sueño! Oigo la brisa que se acerca, suspirando sutil, lánguida, quieta... Oigo la voz de la seca hojarasca, quejosa y doliente, que lamenta el ser hollada por profanas plantas; ¡y envuelta en ese ambiente hostil distingo perfectamente el dulce tañer de una lenta campana!

Y no es la serenidad de la hora, ni el ambiente aromático, ni el arrullo de la hora vespéral lo que da melodía al rústico son, no; es que en ese sonido va envuelto el canto delicioso y eterno de las aves, de las plantas, de los seres vivientes que saludan tan tiernamente la hora del Señor.

Y viene la hora quieta, dormida y callada, la hora vespéral. Aparece el lucero rutilante envuelto, de vez en cuando, por la neblina vigorosa; deja a su paso, en el grisáceo atardecer, la huella ingrátida de las horas mustias y alucinantes.

Y es la hora silente la que nos hace soñar. En esa hora, hablamos con nosotros mismos esas conversaciones interiores que van del alma al corazón y de este a los ojos que contemplan la inmensa bóveda tachonada de estrellas mientras, en nuestros oídos, distinguimos

63 *Defensor*, 17 de septiembre de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 39-40.

voces, cantos, lamentos, anatemas y suspiros que lanzan al viento los seres creados.

Y avanzan las horas, sonrientes y bellas; deliciosas y encantadoras, con toda la ternura y encanto de la dulce oscuridad... Y sorprende al viento, cuando suspira en las verdes praderas, en los ufanos arroyuelos, en las hojas de los árboles; y reciben la caricia del tibio ambiente que borra las huellas de la melancolía, que apaga el ardor de las frentes, ¡que invita al hombre a la contemplación, que es donde «existimos de verdad»!

Y suena una voz: ¡la campana! Nos recuerda a los muertos y para ellos solo nos pide una tierna y sentida oración. Es la hora de ánimas.

26. Mi enferma⁶⁴

Era el verbo del dolor. Tendida en el lecho yacía; la mirada febril, los ojos entornados, con esa fijeza incierta que da sentimiento y pavor, la nariz afilada y cérea, y los largos y flacos brazos cruzados sobre aquel pecho donde ardía un volcán de amor maternal. Cuatro pequeñuelos rodeaban aquel lecho, silenciosos y taciturnos, cual si en su corta edad comprendiesen toda la gravedad de su buena madre... Era muy de mañana. El sol que aparecía en el horizonte enviaba sus lumínicos rayos por la estrecha ventana hasta el lecho, saturando la fría atmósfera del dormitorio aquel de luz y calor.

Y el siempre undoso mar, que adormecía la estancia, requería a la brisa para que soplase suave y llegasen hasta la enferma los murmurios deliciosos, los cantos de amor inmenso que poco a poco iban tejiendo sus ondas; y el airecillo matutino llegaba hasta ella y besaba cariñoso su frente pura y mecía sonriente y gozoso aquellos cabellos emblanquecidos por las desilusiones, las penas, los martirios, las luchas por la existencia.

Y aquellos tiernos vástagos, con sus ojos sin brillo, llenos de dolor y de pena, me miraban muy fijos... Eran cuatro los angelitos que rodeaban aquel lecho de dolor... Pasaron las horas y los días, ¡siempre igual, in-

64 Texto publicado el 23 de septiembre de 1921 en *La Integridad*, diario católico de Tuy (Pontevedra), pág. 1.

variablemente igual!: a la misma hora, aquellos infantiles niños rodeaban silenciosos el lecho de la dulce madre.

Pero llegó el momento. Aquella mirada vaga, incierta, que daba sentimiento, que causaba pavor, tornose dulce, acariciadora, confiada... Volvió a la vida... Aquel estado de insensibilidad tocó su punto final y la vi sonreír al verse rodeada por los cuatro angelitos, sus «seres más amados».

Desde entonces, no he vuelto a ver triste aquel semblante materno, no he vuelto a ver taciturnos los rostros de los buenos niños.

Cuando, de vez en vez, voy a verles correr a mi encuentro, alegres, sonrientes, siempre me hacen las mismas preguntas:

—¿Vienes a ver a mamá? ¿Tú nos quieres mucho?

En recompensa, les doy un beso porque son muy bellos, muy buenos... y, sobre todo, muy inocentes.

27. El silencio apacible de mis muertos⁶⁵

Y se fueron... Se marcharon para siempre con aquellos sus trajes blancos, como copos de nieve; se fueron ellas, las amadas, con sus almas inocentes, blancas, blancas como azucenas... Se desposaron en plena juventud con la Intrusa, la Huesuda, la temida envidiosa que lleva su guadaña para cortar las vidas...

¡Se fueron! Ellas se marcharon dejando en mis ojos amargas lágrimas... Se ausentaron y volaron tan alto como las constelaciones, y pasaron cerca de la luna, dejando en su disco primores de las gracias de sus blancas, tiernas almas... Y en sus celestes alas palpitantes en la región etérea dejaban el áureo polvillo de la caridad para que las otras almas que al mundo venían lo recogieran a su paso... Se marcharon con sus trajes nupciales y bulliciosas cruzaron el espacio hasta llegar risueñas al trono del Supremo Hacedor.

Se fueron ellas, las que debían de estar aún entre nosotras, las que cruzaron demasiado pronto el azulado cielo... Marcháronse ellas, las de frente serena, las que en las melancolías, en la diáfana, en la corta expresión de sus ojos, lloraron todas las espinas de la tierra... Y recuerdo el dulce timbre de su voz, de la voz de ella, de aquella amiga nuestra; y el suave murmullo de su risa alada, misteriosa, en la tierra. Pero aunque se fueron,

65 *Defensor*, 23 de septiembre de 1921, pág. 1.

vive en nosotros el recuerdo dulce y santo: de ella, la mansa de corazón, la de dulce canto, la de ojos azules de intenso mirar, la de arrulladora mirada, de encantador embeleso... No podemos olvidar los rubios cabellos ni la flexibilidad de sus lentos movimientos, ni la majestuosidad de sus pasos que halagan nuestras almas, ni olvidamos los dulces rezos que juntas hicimos alguna vez. Toda la naturaleza me recuerda a la amiga, la dulce amiga perdida, a las almas que se fueron, ¡que nos dejaron!

Y ni en las frías noches invernales, ni en las calurosas horas de estío, podemos olvidarles. La finísima lluvia que cae sobre las verdes hojas de los árboles nos recuerda la suave armonía de sus voces y la quietud de las calurosas horas estivales no logra hacer desaparecer de nuestra mente la silueta majestuosa de ella, la lentitud y serenidad de sus sugestivos ademanes... Y cuando rememoro las horas que pasamos juntas haciendo la novena de ánimas o cuando en los meses floridos reuníamos florecillas para obsequiar a la Virgen, colocándolas en nuestro altar siempre cimbado de coronas, de olientes plantas... Y cuando recuerdo la cálida, la apasionada, la dulce adoración que sentía por la Virgen del Carmen... ¡Todo, todo lo recuerdo! Pero volaron... Se marcharon dejándome sola en el piélago de la vida, alentada solo con el recuerdo de ella, la blanca, pura e inocente flor que había nacido en el mundo de penas y peligros...

Y voló hasta Dios: «Ya vendrás a acompañarme y ocuparás igual lugar», me dijo al irse, al volar hasta la celestial morada. Recordé en ese instante la poesía de Gabriel y Galán:

¡Y creó Dios la gloria
tan solo porque el hombre fuera a ella!⁶⁶

Y mis muertos queridos, en la apacible tranquilidad del cementerio, reposan y sus almas nos hablan desde la eternidad ese lenguaje mudo que va del corazón a los ojos y de estos al alma... Lenguaje de los espíritus celestes..., ¡de los que viven junto a Dios!

66 Los versos corresponden al poema «Vocación», de José María Gabriel y Galán (1870-1905). Las obras completas de este autor se publicaron en 1909, en dos tomos, a cargo de las librerías de Fernando Fé y Juan A. Fé, situadas en Madrid y Sevilla, respectivamente. No es descartable que nuestra autora manejara esta edición.

28. Quietud⁶⁷

Yo quisiera haber vivido todos los años de mi existencia en un lugar apartado, sola, lejos del mundanal ruido, frente al mar, para dormir mis noches al arrullo de las olas, para sentir al despertar del día los besos del sol..., los mensajes murmulleantes de la brisa tenue y lánguida...; para contemplar en las tardes primaverales el vaivén de las olas, la blanquísima espuma de las aguas y no estar en contacto con las misérrimas realidades de esta vida falaz y mil veces falaz... sin llegar a ver las cosas en su descarnada y asesina realidad.

Vivir sola, viendo el Cielo y el Mar, mis eternos amigos, mis dulces compañeros. ¡Cuántas realidades misteriosas! ¡Cuánto misterio!

El Cielo, en los días primaverales con su velo azul celeste, en los días de estío con sus nubes lechosas, y en las horas otoñales, cuando las hojas caen, y en los días de invierno, envuelto en densas y oscurísimas nubes..., siempre tiene un atractivo; lo mismo que en las noches oscuras, cuando solo se ven los puntos luminosos que tachonan la inmensidad etérea o cuando la luna coquetona besa a la tierra con los dulces rayos de su pálida luz...

⁶⁷ *Defensor*, 24 de septiembre de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 41-42.

Y el Mar, ese antro do yacen mil vidas, tiene también sus misterios insondables, como el fondo. Qué bien se está ante él, contemplando el vaivén de las olas, el lento subir de las aguas, su rápido descender...; ver cómo las olas resbalan unas sobre otras, se lanzan a la orilla, se estrellan en las peñas, embisten al acantilado y se dividen en fragmentos pequeños, en gotas, en polvillo tenue...

Vivir apartada del mundanal ruido, acompañada de esos dulces amigos que nos hablan del pasado, que nos relacionan con los seres que han sido. Vivir en la resignada paz de los que nada piden a la tierra erizada de ignominias. Se puede vivir separada de todos para no sentir ese desencanto, esa desilusión del amor traicionado; para no sentir esa «inapetencia del espíritu» de la que nos habla Aparisi y Guijarro.⁶⁸ No podemos expresar nuestros pensamientos, nuestros afectos tan bien como en la soledad. En esa soledad de que nos habló Lacordaire es donde «únicamente se puede hacer algo bueno».⁶⁹ En la serena quietud de las horas, en las horas de silencio es cuando únicamente sentimos esa expansión del alma, esa feliz disposición de espíritu que nos inclina al estudio contemplativo, a la divina espiritualidad de todo lo existente.

Y el Mar con sus verdes-azuladas aguas, con sus múltiples fenómenos, nos invita a la contemplación... Y ese Cielo tan azul y tan bello alienta a nuestras al-

68 Antonio Aparisi y Guijarro (1815-1872) fue jurista y político de convicciones conservadoras y muy próximo al carlismo.

69 La cita sobre la soledad que habitualmente se atribuye a Henri Lacordaire (1802-1861) es: «La soledad es una gran fuerza que preserva de muchos peligros».

mas, llena de sueños nuestra imaginación y nos embriaga de dichas inefables.

Estar rodeado de silencio, lejos, lejos de la temida traición sin que se extingan en nuestros corazones las dulces luminarias..., las místicas candelas, las divinas lucecillas de toda realidad...

En la serenidad, en la tranquilidad, en las lentas horas de silencio, de soledad, ¡qué dulce, qué santa quietud!

29. En el lecho de la anciana⁷⁰

Allí la vi... Es un alma generosa y sencilla, un corazón de oro. Su traje, sencillísimo y oscuro como las penas; su rostro, céreo, tan pálido que más bien parece una muerta resucitada... Y la he vuelto a ver siempre de negro, con aquella su mirada de dulce languidez, de ojos azules de intenso y cariñoso mirar, de andar reposado y majestuoso... Sonríe como lo hacen los que son felices. Sonríe con el corazón, con el alma; y en su risa alada, misteriosa, lleva envuelto el poema sacro de las almas tiernas.

Por vez primera la vi en aquella casucha pequeña junto al lecho de ella, la vieja asmática, y ante la incurable la vi reír, reír gozosa, compartiendo con la infeliz aquella alegría, don peculiar de las almas que viven y gozan en el Señor.

Y jamás le hablaré... ¡Tiene lo desconocido, lo misterioso, un atractivo tan dulce, tan tierno que nos hace amarlo, amarlo! Y por eso aquella enlutada, con sus grandes ojazos azules, con su andar reposado, con su risa alada y misteriosa, con su fulgente alma, es objeto de tierna y sencilla admiración. Ella es un sueño perpetuo y lejano, tan lejano como esas blanquecinas nubes que cruzan los espacios.

70 *Defensor*, 13 de octubre de 1921, pág. 1.

No las busquéis en las alegres calles, en el bullicio, no; busquémosla en las calles silenciosas, en las chozas más solas, más recónditas, a las que llega tan solo el lamento de las tristes, como un eco de las voces de los amados seres lejanos...

Y ante una de esas figuras enlutadas de rostro pálido, cuando el azar nos ha colocado frente por frente a esos seres privilegiados, a esos seres que son «todo sacrificio y abnegación», cómo sentimos aquellos bellísimos versos de Gabriel y Galán:

¡Qué deseos el alma
tenía de ser buena!⁷¹

Y a ella la veréis siempre junto a los desvalidos, llena de amor, de dulzura, de inmensa caridad...

71 Los versos corresponden al poema «El ama», que fue premiado en los Juegos Florales de Salamanca en 1901.

30. La envidia⁷²

La envidia es una adoración silenciosa,
rara, pero que halaga.

S. Padrón Acosta⁷³

Así como todos los hombres somos irritables y, tal vez, si no acostumbrásemos a callar nuestras pasiones, llegaríamos a ser seres depravados, abortos de la naturaleza; así, si no sentimos sincera admiración por todo lo bueno, todo lo grande y noble, y nos valemos de eso como estímulo para llegar a ser tan grande, tan noble como los modelos, pudiéramos llegar tal vez a sentir ese veneno emponzoñado que llaman «envidia», pero no esa envidia noble, que no es tal envidia, que nos hace reconocer y admirar los productos de los grandes inspirados, no; sino ese instinto egoísta, depravante que hace ver por el prisma más oscuro las grandes obras.

Me represento la envidia como un monstruo cavernícola, de ojos que no ven por tenerlos como el topo, de garras tan finas como el tigre, tan cobarde como el jaguar, tan temible como el áspid...

72 *Defensor*, 24 de octubre de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 43-44.

73 Del texto «Los ascetas de las sombras», publicado en *Gaceta de Tenerife*, 11 de septiembre de 1921, pág. 1. Incluido en *Prosa creativa I (1918-1935)* (2021) de la Biblioteca Sebastián Padrón Acosta, Mercurio Editorial e Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias, págs. 168-169. La introducción y edición es de José Miguel Perera Santana. Sobre los vínculos entre este autor y nuestra escritora, véase la nota a pie n.º 22.

Es verdad: el que envidia es el que ve en el envidiado algo superior, algo de lo que él desea y no tiene. El que envidia adora la cosa envidiada, pero dicha adoración va bastardeada con la mala voluntad. El envidioso admira, pero siente almacenado en su pecho el veneno odioso que quebranta esa silenciosa adoración y la convierte en rencor, anatema, envidia dolorosa...

El que envidia tan tristemente no puede vivir entre los grandes cuadros de las civilizaciones y en su pecho debe sentir llamaradas de odioso rencor.

El envidioso no medra y, al fin, se hallará solo, sin tener quien esté a su lado, pues es un hierro candente que tiene un radio de considerables dimensiones, y al cual no podrá acercarse ningún ser puro exento de esa pasión sin contaminarse... Se huye de ese vicio como de una enfermedad contagiosa. Debe ser muy malo el dolor que siente el envidioso al contemplar el objeto de su envidia... Y si tanto dolor le produce, ¿por qué no trata de corregirse?

31. ¡Silencio!⁷⁴

Las horas quietas, las horas calladas, silenciosas, son mis amigas predilectas; desde mi mesa, veo en estas horas de calma, de lentitud, de silencio sepulcral, esos puntos brillantes que pueblan los espacios infinitos; en estas horas de ensueño, de encantos, de contemplación, miro a esa inmensa bóveda tachonada de brillantísimas luces que produce en nosotros éxtasis. ¡Cuántos mundos ignotos!

Y bajo ese cielo, ¡cuánto desdén! ¡Cuánta maldad!

En esta hora en que todo duerme en torno mío, en esta hora de silencio, alguien invisible y silencioso me acompaña, está cerca de mí... Alguien a quien busco, a quien llamo, por quien mis labios suspiran y por quien mis ojos lloran a cada instante para sentir una desilusión, un desencanto, al comprender la realidad y la importancia del pasado para retornar y llenar mi corazón de aquellas dulces y divinas complacencias de mi primera infancia..., y oír los rumorosos sonidos de los grandes árboles de la alameda con su infantil ternura, y contemplar las hojas de las palmas y los mansos quejidos de los grandes pinares.

Y es el silencio, la lentitud de las horas, la serena marcha de las horas y contemplar, siempre contemplar

74 *Defensor*, 26 de octubre de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 45-46.

esa estrellada bóveda donde gravitan tantos mundos desconocidos, donde palpita esa vida ignorada... Y en las horas del sol —¡qué hermoso!— ver esas nubes que semejan blancos vellones, néveas y suaves guedejas que, rasgándose a intervalos, dejan pasar a su través los luminosos rayos de un astro cálido.

En las dulces y calmosas horas de suaves ensueños, en la hora vespéral, cuando aparece rutilante y bello el lucero vespertino, también impera el silencio; ese silencio en que todo parece alejarse de nosotros y dejarnos solos, ¡solos!, y sentimos entonces el ululante y gélido canto agorero del búho, presagiaco del nocturno silencioso y arrullante.

32. Morir es vivir⁷⁵

El cementerio. ¡Cuántas generaciones duermen el sueño de la muerte, del olvido en estos lugares de sombras, de tristezas, de dolor...! Por eso las nubes crepusculares se apesadumbran, se llenan de esa melancólica inmanencia que invade estos lugares, poblados de seres que «fueron» y de los cuales no queda ni tan solo el recuerdo...

Y la luna reserva sus más fúnebres rayos para teñir, con sus tristes reflujos, las horas muertas, estas tristes y angustiosas horas crepusculares; y vagan en el medroso nocturno miríadas de lucecitas que se mueven sobre las tumbas, que trazan sus siluetas imprecisas cual si quisiesen hacer revivir la masa informe de aquellos cuerpos que, alguna vez, tuvieron vida...

Y se oyen voces incomprensibles en la oportunidad de las muertas horas crepusculares y la brisa es la mensajera de esas voces imprecisas que se oyen en las oscuras horas de la noche en el camposanto, en esas tristes y sombrías horas en que se siente vagar, por los espacios del lugar santo, esos espíritus que se mueven sobre las tumbas como oleadas murmulleantes, que

75 Escrito en Telde el 19 de octubre de 1921. Publicado en *Defensor*, 31 de octubre de 1921. Posteriormente, en *Antología*, págs. 47-48.

parecen inusado quedo..., algo que llega al alma, que nos hace sobrecoger de espanto, de temor...

Y se oye el susurreo de esas voces cálidas, de esas voces misteriosas que se distinguen vagas por los espacios sepulcrales, junto a los huesos, bajo las llorosas ramas de sauce, bajo el adorador eterno de los cielos, del ciprés santo.

Y al sonar la hora de ánimas, se ven puntos brillantes que se acercan..., se alejan... y se van, perdiéndose en la vaguedad de las calmosas horas del nocturno triste, del nocturno sombrío del cementerio...

Y la luna niega sus reflejos, las sombras se propagan; la luz tenue, trémula, sacude las sombras de esos seres fantasmas que, como luces tenues, se ven sobre las tumbas...

Y en su mudo lenguaje gritan: «La muerte es “única verdad” porque da fin a la vida de fabulosidades, de tristezas, de hastío y nos lleva al verdadero y divino porvenir... Nos lleva a “la vida eterna”. ¡Morir es vivir!».

33. Horas de otoño⁷⁶

Qué hermosas, qué bellas, qué fantásticas son estas tardes otoñales, tardes de plenitud —¡silentes!—.

Estas tardes de otoño, en mi amado pueblecito, tienen para mí un encanto, un atractivo que no siento en otros lugares...

Qué bello es, en estas tardes otoñales, cuando las hojas nuestras ruedan por los suelos quejosas, dolientes, lamentándose de su dolor... Qué bien se está en un campo como este, viendo los verdes prados cual si sobre la tierra se hubiese extendido una cinta esmeralda; y allá, a lo lejos, el mar, como una cinta de plata, salpicado por blancas velas, por puntos diminutos, blancos, blancos; y en los árboles próximos oír los trinos, los suaves gorjeos de los pájaros... y, entre la verde hierba, ver deslizarse, sonriente y juguetona, el agua.

Estas tardes de otoño son un canto, una poesía en mi pueblo —no se oye ningún ruido importuno que turbe esta amena y pacífica tranquilidad—. Siento el canto de las aves, el murmullo de la brisa envuelta en aromas y fragancias de las flores... y oigo el suave y quedo musitar del agua cuando se desliza suave y serena por las verdes alfombras de los campos.

76 Escrito en Telde el 19 de octubre de 1921. Publicado en *Defensor*, 5 de noviembre de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 49-50.

Qué hermoso es ver, en estas tardes quietas, murientes, cómo los oblicuos rayos del sol atraviesan las verdes ramas, llegando hasta esta fuente y acariciando las límpidas aguas con los últimos y pálidos destellos de sus rubios matices..., de su mortecina luz.

Ya comienza la noche... ¡Ya la luna aparece! Todo es grandeza, silencio, paz y quietud. El astro de la noche envía a la tierra sus ráfagas de luz tenue y pálida. Desde mi patio, silenciosa y sola, observo cómo la luna besa a las plantas y me parece ver en ese rayo un símbolo de grandeza, un algo sublime y, como decía Grilo: «que Dios descende al patio solitario / en el rayo de nácar de la luna».⁷⁷

Y la imponente quietud de las horas primeras de la noche tiene un sello de majestad, un sello divino; parece que Dios baja en esas horas.

77 Los versos pertenecen al poema «El patio de Córdoba», de Antonio Fernández Grilo (1845-1906), que aparece en varias publicaciones periódicas y en su antología *Ideales. Poesías escogidas* (1891).

34. Voces de misterio⁷⁸

Y la luna me hablaba
cuando hería la fuente con
sus fúnebres rayos de luz...

¡El silencio en la noche! Misteriosas, personales sombras vagaban inciertas; cruzaban el cielo de plata y la luna, oculta a intervalos por las nubes, dejaba ver su dulce faz cuando gozosa rasgaba los velos sutiles de la etérea región. Y se oían voces misteriosas en los espacios grisáceos y los seres fantasmas se iban... Se acercaban... Volvían... ¡Cuánta belleza en aquella noche de misterio, de luna, de fantasmas...!

Y las aguas de una fuente cercana musitaban «su no sé qué», no sé si canto o lamento; y las voces misteriosas que se oían se acercaban, se alejaban, ¡siempre iguales!

¡Y los árboles mecidos —silenciosos— por el cierzo entornaban la salmodia, a la noche de poesía, de su sueño evocador!

Y hasta el gusano de luz hacía resaltar más su brillo entre las verdes plantas del mullido césped, que muy quedo, muy quedo, sumisas entonaban una dulce y plácida canción: «La canción de las plantas de los bosques, de las selvas, de los prados y jardines».

El airecillo de la noche acariciaba mi frente ansiosa de sueños, de esos sueños que nos hacen gozar; y la luna enviaba uno de sus rayos, que llegaba hasta mí...

⁷⁸ *Defensor*, 17 de noviembre de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 51-52.

y me hablaba —un lenguaje mudo, pero de dulzura,
de poesía, de amor— cuando hería la fuente con sus
fúnebres rayos de luz.

35. Noche de estrellas⁷⁹

Tachonando un manto negruzco, aparecen en el espacio unos puntos brillantes: son las estrellas.

¡Las estrellas! ¡Qué poéticas son!

¿Por qué en noches sosegadas la luz de la luna pálida fulgura dejando entrever unos puntos brillantes y bellos en los espacios etéreos? ¿Por qué, cuando lloramos envueltos en la gélida sombra de la noche y miramos esos puntos que brillan y titilan, sentimos en nuestros pechos un consuelo santo, un gozoso anhelo, un profundo bienestar? ¿Y por qué nos entristecemos cuando, en esas horas del silencio —de la santa quietud—, tenemos algún motivo de alegría si miramos los espacios?

¿Qué son las estrellas? Allá, en los tiempos felices de mi infancia, me dijeron —¡fue una santa mujer!— que las estrellas son las lágrimas que ocasionaran los dolores —esos grandes dolores del espíritu—; y que el Hacedor Supremo va recogiendo y esparciendo por los espacios en esas horas... ¡silentes, silentes!

Y son las noches calladas, silenciosas las que consuelan nuestras almas, las que acompañan con sus reverberantes antorchas que, como aéreo polvillo, embellece la etérea región.

79 *Defensor*, 12 de diciembre de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 55-56.

Ni la luna con sus poéticos y pálidos rayos ni el astro rey con la gama de su luz pueden hacer desaparecer de nuestros pechos las tristezas, los dolores, las penas y amarguras... Solo la noche silente y callada, oscura y sombría, tachonada de estrellas, es la única que lleva a nuestros pechos la alegría y el consuelo.

Las que «solas» pueden alegrar nuestras horas tristes, nuestras horas calladas, nuestras horas de intenso dolor:

[...] son las noches sosegadas
en que, en la azul extensión,
levanta polvo de estrellas
el paso augusto de Dios.⁸⁰

80 Se trata de una estrofa del poema «Noche de estrellas», de Juan Antonio Cavestany, incluido en su libro *Tristes y alegres. Poesías* (Madrid, 1916).

36. Las campanas⁸¹

¡Cómo sonáis! No os entiendo. Algunas veces creo que habláis, que decís frases tiernas; otras veces me parece que os lamentáis, casi lloráis, y me he sentido con vosotras triste, angustiada. ¿Qué decís, qué habláis, qué sentís, por qué os lamentáis...?

Alguna vez, al oír vuestro tañido, he sentido vibrar en mi alma un acento misterioso y su eco arrancó lágrimas a mis ojos, suspiros a mi pecho... ¿Por qué sonáis alguna vez con tañido tan lúgubre?

Cuando sonáis alegres, también imprimís en mi espíritu esa melancolía que me envuelve en una tristeza inaudita; que ahoga mi pecho, que me hace amar la soledad, esa soledad dolorosa que angustia los corazones. ¡Campanas, cómo sonáis!

Y en la hora de las sombras, cuando los fantasmas de la noche llegan quedos, envueltos en sus blancos sudarios, vuestros tañidos se dejan oír y rasgan el viento, y entran en las moradas; tus voces varias, oh, campanas, parecen invitar a la oración y que, cuando volteáis al viento, decís con esas voces múltiples: «¡Orad, orad!».

¡Y cuando sonáis a la hora de ánimas, cuando llamáis a los deudos para que oren por ellos, por los idos!

81 Escrito en Las Palmas el 29 de octubre de 1921. Publicado en *Defensor*, 19 de diciembre de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 53-54.

¡Qué lúgubre es vuestro son en esa hora del recuerdo, de la rememoración de ellos, los que fueron! ¡Santas campanas, cómo habláis...! ¡Os quejáis dolientes! Os lamentáis a veces, otras... os alegráis, os reís gozosas... Voces misteriosas de los desconocidos, voces de color, de desolación, de pena... ¿De quién venís?

¿Quién os habla, quiénes os dicen sus angustias para que repitéis sentimientos humanos y para hacérnoslo sentir?

¡Escuchad! Oigo una voz lúgubre, tétrica, misteriosa, que interrumpe la serena quietud de estas horas oscuras y sombrías. ¡Callad...! ¿Oís...? Son las campanas.

37. En honor del poeta Tomás Morales⁸²

En la velada necrológica celebrada el jueves en Telde,⁸³ Hilda Zudán leyó las siguientes cuartillas:

Tomás Morales, el poeta de las dulces y divinas estrofas, el cóndor del verso, el siempre lleno del sagrado fuego de la inspiración, nos ha dejado los más bellos paisajes de su alma toda amor, toda poesía.

Es el poeta culmen, lleno de bríos, lleno de dulzura, que lleva el sello de lo sobrenatural, de lo excelso, de lo divino.

Él, el grande de nuestro Parnaso, escribió los más sublimes cantos de amor, los más gloriosos cantos al Mar. Tuvo la íntima dulzura de vivir tan unido al Atlántico, ¡y de amarlo tanto!; y él, cariñoso, hoy manda a su tumba el soplo de su brisa amorosa en el silencio de las horas augustas.

82 *Defensor*, 24 de diciembre de 1921, pág. 1. Jiménez Martel también indica que este texto se publicó ese mismo día en *La Jornada* de Las Palmas de Gran Canaria (2007:85). Posteriormente, en *Antología*, págs. 57-60.

83 Esta jornada se celebró el 22 de diciembre de 1921 en la Sociedad «La Unión» de Telde. En la Casa-Museo Tomás Morales se conserva el programa de la velada, que se encuentra reproducido en Jiménez Martel (2007:82).

Con qué sonoridad canta siempre, fuerte y viril, y se remonta cual águila hasta las nubes, rasgándolas, llegando a la región de la inmortalidad.

Ese es nuestro poeta amado; el que, en las estrofas, en el canto triste y cariñoso que dedicó a su amigo Fortún, muestra su alma cual era, toda amor... Cada verso parece un jirón del corazón desgarrado por el dolor; cada estrofa, la huella del alma abatida.

La Traidora cortó inclemente aquella existencia tan preciosa y nos arrebató al cantor potente del mar, del undoso y soberbio Atlántico donde la bella lira del poeta amado tejó los más sublimes cantos que son la huella ingrátida de su alma, toda luz; de su corazón, todo amor.

Tomás Morales alzó su corazón y su genio de poeta hasta las cumbres más elevadas del sentimiento y del pensamiento y allí, cuando se hallaba a las puertas de la inmortalidad, quizá su corazón y su inteligencia lucharon por penetrar en la región de lo Eterno, en la mansión de lo Infinito...; pero insensiblemente penetraron ocupando paralelos e iguales lugares en aquel mundo en [que] todo vive.

Tomás Morales es el poeta inmortal por el pensamiento y por el sentimiento. De sus cenizas habrá surgido altiva y potente el ave fénix que vivirá siempre mirando a lo infinito como todo lo inmortal.

Su nombre, elevado *in excelsis*, grabado está con letras de oro en las azuladas regiones donde todo es luz, donde todo es amor...

Era nuestro ruiñeñor que, con su voz poderosa, venció las voces de todo lo existente, y con su nativa sencillez alabó todo lo que de más sublime tiene la naturaleza.

En sus poesías, se respira la atrayente expresión de sus afectos... y una dulce melancolía que es irreparable de los grandes corazones.

Sus versos parecen suaves aleteos unas veces; otras, vuelos tendidos al infinito... y son sus cantos estremecidos y palpitantes, llenos de amor y de fuego, el formidable grito del vate al irrumpir en un ardiente hosanna.

Sus producciones son inmortales, como todas las cosas grandes que no temen el exterminio del tiempo, hado fatídico que se encarga de borrar hasta el recuerdo de los muertos... Nuestro poeta no morirá, no puede morir; será inmortal, como el Atlántico que cantara con su voz potente en sonoros versos.

Tomás Morales, el de los grandes vuelos, nuestro poeta amado, será eterno, como todo lo inmortal. Escaló las cumbres más elevadas, llegó en alas de su inspiración genial hasta la lumínica región.

Subió las cumbres de la inmortalidad y, al llegar a su cima, prorrumpió en exclamaciones de júbilo... Pero el cóndor tendió su rauda vuelo y audaz rasgó las nubes, trazando su nombre a las puertas de lo eterno.

Recorrió la mansión de lo infinito y luego descendió para grabar, con letras de fuego, su nombre en el libro de la Fama.

Vivió desarrollando su actividad, llegando a poseer una superior cultura, un completo dominio del lenguaje.

Fue su faro una ley superior, ley que señala el sendero de la perfección, y con esa filosofía traspasó el dintel que le separaba de lo eterno... Fue siempre fiel y creyente, sin vivir en la confusión, como perdido entre las negras cumbres de la duda.

Conoció la verdad y la amó, porque es la verdad la base de todo amor y es necesario conocerla para amarla. Él la conoció y le rindió tributo: fue gran filósofo del amor.

Generosas y galantes mostráronse con él las musas y en alas de su numen portentoso llegó hasta las más bellas exquisiteces de la lira.

El amor fue para él, no una ilusión, una utopía, sino una realidad... Amó al Atlántico y habló de él porque conoció sus sublimidades.

«El poder de su genio deslumbra tan vivamente a los ojos de todos que aún sus mismos enemigos (si los tuviese) no podrían librarse de rendirle tributo de admiración», como dice Dante.

Debe figurar en nuestra brillantísima pléyade de poetas originales como una de las más encumbradas notabilidades.

¡Tomás Morales! He oído ese nombre muchas veces... Tal vez, en las horas silenciosas, cuando todo guarda silencio religioso y santo, respetando los coloquios espirituales, sorprendí a los árboles murmulleantes entonar como un canto ese nombre inmortal...

Quizá la suave brisa del Atlante pronunció ese nombre en mis oídos, yendo luego a besar su tumba y llevando hasta ella las saturadas brisas del mar delicioso que amó el poeta y que cantó en su inmortal *Oda al Atlántico*.

Tomás Morales es el Hércules coronado con sus rosas.

El tiempo, encargado de borrar todas las cosas, dejará intacto el nombre de Morales porque, como inmortal, excluye el exterminio.

38. De Isabel la Católica⁸⁴

Innecesario parece decir que, entre las grandes figuras femeninas que la Historia nos ofrece, ocupa un lugar preferente nuestra augusta Isabel.

Fue esta [una] mujer excepcional que supo sobreponerse a su tiempo. Gran reina y hábil gobernante, dio muestras de su gran talento, de su preclara inteligencia, dando además pruebas de la incontrastable bondad de su corazón, de sus nobles y generosos sentimientos, al tiempo que, enérgicamente, mostraba en sus obras, en [la] constancia, las bellas cualidades que servían de adorno a su carácter viril y entero.

Llevó como reina, en unión de su esposo don Fernando, las riendas del reino, siempre como profunda conocedora de los asuntos de Estado. Como gobernante, rigió a sus súbditos con amor y castigando severamente al infractor de las leyes, tanto divinas como humanas.

Aunque no era su siglo el más a propósito para ser gobernados con amor y suavidad, supo tocar los distintos resortes que su calidad de reina, de gobernante y de madre requería, y lo logró a las mil maravillas, pues no se halla en su reinado nada que, deseándolo, quedase sin ejecutar victoriosamente.

84 *Defensor*, 27 de diciembre de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 61-63.

Por su carácter noble y atrayente, por la simpatía que supo granjearle, fue Isabel la reina amada y admirada por sus súbditos, por sus vasallos; los mismos nobles cuyo poder abatió con su política le rindieron homenaje; sus vasallos la admiraban, pues no solo veían en ella a su reina, sino a la madre tierna, solícita y cariñosa que trata de proveer a sus hijos faltos.

La moralidad fue su acierto y por eso logró respeto, amor y admiración de los de su tiempo y de la posteridad, cosas que doña Urraca de Castilla y doña Leonor de Navarra no pudieron alcanzar.

Pero no fue solo esto nuestra ilustre reina, sino que, como conocedora de las bellas letras, protegió el progreso y la cultura, fue el amparo de las artes y dio margen, con su protección, a uno de los más gloriosos timbres de nuestra patria, que se inmortalizó al escribir en el libro universal la página más bella de los descubrimientos.

En el mismo año que entró triunfalmente en la ciudad del Darro, en la bella Granada, un genovés de origen ondeaba nuestra enseña en las vírgenes tierras americanas.

Fue Cristóbal Colón el que escribió, en el libro glorioso de las páginas inmortales, el más grandioso descubrimiento que vieron los siglos, dando a nuestra patria gloriosos lauros e inmortalizando los nombres de la Hispania.

Colón se inmortalizó con el descubrimiento del «Nuevo Mundo», de la joven América, pero Isabel coronó de mirtos el libro glorioso de nuestra Historia al cooperar con amor y denuedo al descubrimiento.

Realizó la unidad de nuestro sueño, «la unidad nacional», con la conquista del último reino musulmán existente en nuestro suelo: conquistó la bella ciudad granadina, la poética región que duerme mecida por las aguas del Genil... y el pico de Muley Hacén parece lanza ardiente y jubiloso grito de victoria de nuestra admirable reina.

Realizó la «unidad religiosa» con la completa expulsión de los judíos, si bien antes estableció el tribunal de la Santa Inquisición para extirpar sus herejías.

El progreso halló en ella su más entusiasta facilitadora de medios y en su siglo puede decirse que se vieron cosas nunca vistas ni oídas.

Pero no solo conoció los medios de sembrar felicidad y dicha en un pueblo recién conquistado, sino que logró hacerse amar de grandes y pequeños, de vencedores y vencidos...

Fue además profunda conocedora de su tiempo y gran mujer de su casa; según dicen los historiadores, «se ocupaba de coser y reparar la ropa por sí misma», y su esposo don Fernando no dejó como deshecho un jubón sin ella haberle reemplazado dos o tres veces las mangas.

Es Isabel un ejemplo digno de imitar, gran reina y no menos gobernante; puso lauros victoriosos en la frente de España y a la posteridad legó inmortales coronas de mirto.

Pero no tuvo esta reina toda la dicha que merecía: sembró la felicidad y guardó en su vaso la amargura para gustar lentamente de ella sin hacer partícipe de sus dolores y penas a ninguna otra persona.

Cumplió fielmente su destino en la tierra y, abandonando esta cárcel de dolores, ascendió a las celestiales regiones donde la luz muestra toda su esplendorosa hermosura, donde comienza la vida de delicias; y la felicidad que no halló en la tierra con los brazos abiertos allí le aguardaba. Isabel fue de su siglo gloriosa lumbrera y antorcha de la Historia.

39. El Cristo de la Vega⁸⁵

Todas las viejas ciudades tienen un alma tan antigua, tan melancólica como el alma del que ha amado toda su vida y aún, en el ocaso de sus días, siente palpar en su pecho aquel sentimiento «siempre antiguo y siempre nuevo» que se adueñó de su existencia.

Todas las viejas ciudades tienen sus leyendas, pero nuestras viejas ciudades españolas llevan impresas en ellas todo el misticismo, toda la poesía, todo el peso de sus luengos años...

Siento predilección por esas viejas ciudades de mi querida España. Dos ciudades me atraen sobremanera: Granada, la bella ciudad árabe de ojivas y ajimeces, la ciudad del poético Darro, la ciudad dormida al arrullo del Genil, la ciudad dorada de la Alhambra...; y Toledo, la ciudad del Tajo, la ciudad del Cristo de la Vega...

Una bella leyenda existe en Toledo sobre su famosísimo Cristo del brazo desprendido... Es algo que, por legendario, atrae y maravilla.

Suponen unos que, habiendo luchado dos caballeros, uno fue vencido y el vencedor, pudiendo castigarle severamente, le perdonó; el Cristo levantó el brazo para bendecir al que tan caballerescamente trataba al vencido.

85 *Defensor*, 31 de diciembre de 1921, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 64-65.

Dicen otros que, habiendo faltado un caballero al juramento que hizo a su amada, antes de partir para Flandes a unirse a su tercio, compareció ante el Cristo de la Vega, único testigo del juramento aquel. Un escribano leyó por dos veces la acusación y dirigióse al Cristo preguntándole:

¿Juráis ser cierto que un día
a vuestras divinas plantas
juró a Inés Diego Martínez
por su mujer desposarla?

Y una mano huesuda y atarazada puso sobre los autos y allá, en los espacios infinitos, una voz extrahumana un «¡Sí, juró!» pronunció.

Esta leyenda tradicional, la leyenda que saben todos los toledanos, desde el anciano hasta el niño; leyenda de oro, la que sabemos todos, la que cantó el inmortal Zorrilla en su «A buen juez, mejor testigo».⁸⁶

Y la vieja Toledo se yergue majestuosa entre el florido vergel de sus leyendas, ciudad heroica; la vieja Toledo surge grandiosa entre las renegridas piedras de sus vetustos edificios y muestra orgullosa la figura del Cristo de la Vega, del juez infalible cuya faz es tétrica, trágica... El Cristo de la Vega es el alma, el espíritu medieval castellano.

Parece que el Cristo, entre las feroces campiñas reverdecidas que le rodean, bendice a los campos y al Tajo, que fertiliza las tierras...

86 Este poema de José Zorrilla se publicó por primera vez en el segundo volumen de sus *Poesías* en 1838.

40. ¡Sin madre!⁸⁷

En las horas sosegadas de estío, en esas horas de calma, de angustioso silencio, en esas horas de calmosa quietud, cuando todo huye y se esconde, cuando todo se aleja dejando tan solo el recuerdo de su silueta, el eco de sus pasos; cuando solo vive la resonancia de sonidos que fueron..., cuando el cielo, ese cielo «tan azul y tan bello» del que nos hablara el poeta, se puebla de nubes blanquecinas, de nubes densas que se mueven lentas, lentas... En esos días vaporosos, inclementes, llenos de pesadez, en el tedio de sus horas mortecinas y a la ley soñolienta del crepúsculo estival, bajo las ramas de un árbol y cubierto de pobres harapos, estaba él, el mendigo.

Su mano descarnada, esquelética, se extendía al viajero que cruzaba el camino y en sus ojos velados por una finísima nubecilla blanca vagaban errantes e inciertos como los de aquel pobre visionario que ansiaba viajar y viajaba de hecho a los países que forjaba su imaginación... Y no sé si su voz era un canto, una salmodia, un lamento... Solo sí sé que, al demandar la ayuda, el socorro del caminante, su voz tenía un algo, un no sé qué, que obligaba a parar al que con tan

87 *Defensor*, 4 de enero de 1922, pág. 1. Volvió a publicarse, aunque con algunos cambios, el 15 de abril de ese año, en *Gaceta de Tenerife*, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 71-72.

misteriosa voz se sentía impotente para proseguir su camino... Pasaron dos, tres, muchos viajeros; todos depositaban en aquella mano huesuda una limosna, pero no hubo quien le dijese una palabra de consuelo, de cariño... Y acertó a pasar por aquel lugar un niño de siete años, que hablaba al corazón, que hablaba al alma, y acercose de puntillas. El mendigo, con su mano extendida, seguía implorando y el rapaz cerca, muy cerca, habló a su oído. ¿Qué le dijo? ¡No lo sé!

El mendigo sonrió al que tan cariñoso le dijo, tal vez, alguna frase de cariño.

Y pasó el tiempo. Una tarde de invierno pasé por la encrucijada donde, en aquellas horas calurosas de estío, encontró el niño al mendigo. Sorprendiome de pronto una cabaña, un cuchitril donde vi la sombra de un hombre y la radiante faz de un robusto y morenote aldeanillo. Me acerqué curiosa y ansiosa de saber el quid de aquella amistad, la que ni aun con los fríos de invierno habíase enfriado. Mi curiosidad la satisfizo el mendigo.

«Soy solo; ¡qué digo!, era solo. Años hacía que mis días eran una perpetua noche, todo era negro, todo oscuro, nadie me sonreía; pero un día en que todo me abandonaba, después de tantos años sin oír una palabra de cariño, vino un ángel y, acercándose a mi oído, me dijo: “Noble anciano, no te lamentes, yo estaré y ganaré para acompañarte siempre... Tú no tienes a nadie, yo... en el cementerio de la aldea reposan los restos de mi madre querida...”».

Y unas tiernas lágrimas rodaron lentas por las arrugadas mejillas del viejo, y en el fondo de los grandes

ojos negros del aldeano vi la huella dolorosa de un temprano sufrimiento; en aquellos ojos vi la soledad del aldeanillo... y mudos, mudos me interrogaron los negros ojos y lenta, lenta musitó unas palabras llenas de dolor, llenas de poesía: «¡No tengo madre!».

Muchas veces he pensado que debe ser muy terrible la pérdida de unos seres amados; pero, comparado con la pérdida de una madre, ¿hay dolor semejante?

Qué triste, qué triste debe ser la vida estando sola, llena de dolor, de pesar, de amarguras, como indudablemente está el que vive como aquel aldeanillo: ¡qué triste vivir sin madre!

41. La imagen del dolor⁸⁸

Y arrodillada la tuve que volver a ver. ¿Sus ojos...? ¡Ah! Jamás hubo ojos tan azules y tan bellos que vertieran más lágrimas; pero aquel llanto era de dolor, de dolor incomprensible a los extraños. La palidez cadavérica del dulce rostro resaltaba aún más con el negro traje, negro como las penas que sentía aquel corazón. Sus labios hablaban sin moverse; contraídos, mostraban la intensidad de su dolor, aquel dolor sin nombre, aquel dolor que siente una madre que se ve por vez primera ante la cuna vacía. No hay..., no, no hay dolor como el que se retrataba en aquel rostro bello y aún más bello con aquella palidez; el intenso azul de sus ojos resaltaba en el óvalo de aquella, la «mujer mártir», que diría el poeta, la mujer todo dolor, ¡sacrificio y abnegación! Y de rodillas la volví a ver... Hoy lloraba al hijo, al tierno y dulce hijito en el que se basaba su ilusión; pero... El ángel invisible lo llevó consigo hasta la región azul. ¡Cuánto dolor! ¡Sola, sola en el mundo sin ningún afecto en los vivos y con todo el corazón en los muertos!

Y si antes iba al camposanto y acompañaba al esposo perdido, al dulce amado, arrebatado por [la] Intrusa, ahora acompañaba al hijo de su alma, por quien

88 Escrito en Las Palmas en 1921. Publicado en *Defensor*, 13 de enero de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, pág. 73.

sus labios suspiraban, por quien su corazón latía, por quien su alma soñaba, pero... ¡Qué desencanto! ¡Qué triste desilusión! El hijo de su alma había volado hasta llegar al trono del Hacedor y, tal vez, en los momentos más tristes pasados por su madre junto a la cuna vacía, él cantaría y gozoso estaría en la celeste región... Pero aquella madre sola, desolada, triste... moría, moría de nostalgia, de pena, de tristeza, de dolor.

42. Paisajes⁸⁹

La tibia mañana diluía su encanto filtrando sus más puros rayos entre las frondosidades del berilo, esparciendo azulidades bellas y cruzando por las tupidas ramas del laxo sauce, [que] dejaban ver las verdes flores del llorón árbol. Las palmas, al ser mecidas por la brisa matutina, semejaban un lenguaje en sus vaivenes y, cual voces misteriosas, se acercaban y... se iban. Los pajarillos mañaneros saludaban con sus múltiples gorjeos la llegada del sol y el astro cariñoso besaba sus lindos ropajes, saludaba a las plantas, a los árboles umbríos. Y la silueta mañanera deslizaba sus horas sin ser molestada, solo —de vez en cuando— interrumpida por los trinos alegres de las aves, por los suavísimos gorjeos de los pajarillos alegres y parleros.

Un claro rayo de luz jugueteaba con los rojos claveles, con las pálidas violetas, con los céreos crisantemos... y las flores de los huertos se movían indolentes, voluptuosas al ser mecidas por la brisa matutina, al ser besadas por los dulces rayos del «astro bueno»...

Y la mañana se deslizaba suave, serena, por la siempre verde frondosidad de los bosques, imprimiendo a los encendidos evónimos tonos de cúprico esplendor;

89 Escrito en Las Palmas el 21 de octubre de 1921. Publicado en *Defensor*, 21 de enero de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, pág. 74.

y las galantes madre selvas desprendían su aroma embalsamando el ambiente con su suave olor...

Los árboles de los cercanos bosques proyectaban su tenue sombra en la reverdecida alfombra del campo... y los tilos ¡caían!, cual si quisieran besar el verde oscurecido césped, y las blancas azucenas se erguían, inmaculadas, bajo las frondas de los árboles umbríos.

43. Agüimes.

Mis recuerdos gratos⁹⁰

No son para describir las dulces emociones que experimenté en la villa, en el corto tiempo que en ella pasé.

Me encanta el pueblo en su totalidad. Sus calles estrechas y empinadas parecen peldaños que han de conducir a la planicie. Sus casas antiguas, silenciosas, tienen el sello típico de las cosas pasadas: guardan en su seno las tradicionales costumbres de pretéritas épocas.

Sus habitantes son gentes muy buenas, llenas de afecto, plenas de cariño hacia los forasteros. En otros pueblos, se mira al transeúnte extraño como ave de paso; aquí no, en la villa se le mira como a huésped, pero con deferencia. Estas gentes son joviales, francas, plenas de llaneza, no exentas de [una] curiosidad que les hace más atrayentes, más simpáticas. Sus rostros reflejan la alegría de sus almas. Son religiosos, amantes del progreso, entusiastas por todo lo que significa el engrandecimiento de la villa. Su espíritu expansivo hace que, al dejar el pueblo, nos entristezcamos. La aridez de las tierras que circundan el pueblo ha hallado feliz compensación en la jovialidad de sus moradores.

Hay en este pueblo un bosquecito en miniatura. La alameda constantemente reverdecida, llena de arbo-

90 Escrito en Telde el 1 de enero de 1922. Publicado en *Defensor*, 2 de febrero de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 66-70.

lado, donde hablan en amistosos grupos los «saludadores del día», las avecillas de arpegiado lenguaje, es uno de los sitios más bellos de la villa. El sol al nacer y cuando está en cénit filtra sus rubios cabellos por las ramas, que proyectan su sombra, juegan con las hojas y forman una graciosa filigrana.

Y el viento suave mece, a veces, los árboles, que parece [que] musitan canciones olvidadas y, al caer la tarde, sopla fuerte, susurrando santos y trayendo ecos de gloriosas epopeyas lejanas...

Son sus tardes calladas, silenciosas, tristes, interrumpidas por los cantos cercanos y por los golpes continuos de la gélida brisa.

Y allá..., al oscurecer, cuando los negros crespones se extienden por los espacios sutiles ocultando la luz sideral, ¡se oyen los lánguidos ecos de la campana como lamento de los seres ya idos!

Sus amaneceres son fríos, pero llenos de vida. El ambiente perfumado por las brisas campestres, los trinos de los saludadores de la mañana, el sonido de los bronces que llaman a oración cotidiana, el ajetreo de las gentes... todo, todo alegre, enamora y vivifica nuestras almas.

En las afueras del pueblo hay una montaña en cuya cúspide árida y escabrosa hállase una cruz enclavada... Es la cruz que el pueblo en masa venera, la cruz de los votos y promesas, la Cruz de la Montaña.

En aquella altura, con sus brazos extendidos ante el misterio de los cielos, ante la planicie azul del mar cercano, ante los verdes campos que bordean los flancos de la montaña, parece el guardián que está alerta, que vigila, que ampara y defiende a los piadosos agüi-

menses. Sus brazos extendidos ante la llanura, sobre aquel elevado pedestal de agrestes y rocosas piedras, bendicen a los campos, a los caseríos lejanos...; y a la llanura indulta, a las tierras ácidas...

En la cima de la montaña, a veces, pacen los rebaños, cuyos balidos se oyen desde los campos cercanos, como blandos arrullos de brisa que suenan fuerte a intervalos... y se distinguen claras y serenas las voces de los pastores, que cantan tendidos entre la hierba o balanceándose sobre una piedra en equilibrio inestable.

Los campos se ven salpicados de verdores, ora unas vacas pacen mansamente en la tierra, ora los hombres de labor la tierra labran.

Y en el mar azul se ven deslizarse los barquichuelos, llenos de pescadores, sobre las límpidas y tranquilas aguas, como blancos puntos que bordan el inmenso manto azul de Purísima.

¡Oh, cuánta belleza nos muestra este pueblo! Qué cuadros más hermosos nos ofrece la madre natura. En sitios cercanos, la aridez de unas tierras, junto a los bellos y verdes campos, ofrece contrastes llenos de hermosura.

Pero forma la más bella perspectiva de la villa, coronándola con brillante diadema sus festejos.

El día del patrono (san Sebastián) es el día de gozo y de rebosante alegría. Las calles se engalanan; las gentes visten sus trajes de fiesta y los bronce hablan alegres, voltean juguetonas y bulliciosas las campanas.

Este año ha estado la fiesta bellísima, tanto que ha superado el deseo de sus habitantes. Es una fiesta religioso-popular, donde se hermanan con cariño los actos del culto y las inocentes distracciones pueblerinas.

La iglesia engalanada con sus mejores galas, como los habitantes de la villa con sus trajes de días festivos, estaba hermosa como una desposada en día nupcial. Los altares, que tan acertadamente adornan, cuidan y arreglan personas distinguidas y devotas de la localidad, ofrecían un aspecto verdaderamente bello. El de san José, a cargo del señor don José Romero Alvarado, así como el de la Virgen del Carmen, cuyo cuidado lleva la bondadosa y distinguida señorita Pino Melián, mostraban el amor que pusieron al engalanarles. También ofrecían un aspecto bello los de la Virgen del Rosario, de las Ánimas, del Sagrado Corazón de Jesús, a cargo de las señoritas de Domínguez, de Santana y señora doña Carolina Romero, respectivamente.

Los tronos de la Virgen y del patrono, elegantemente adornados, sobre todo el de Nuestra Señora del Rosario, fue arreglado primorosamente por [la] incansable y celosísima (campeón de las vírgenes de la villa) señorita Isabel Domínguez; todo cuanto de él se diga será poco, dado el exquisito gusto de la dama, que pone todo su amor en la preciosa imagen.

Conocíamos por referencia la silenciosa labor del dignísimo párroco de la villa, pero nos hemos cerciorado ahora del celo, buen gusto y gran piedad del señor don Enrique Báez y Ruiz, de quien están orgullosos los agüimenses.

La función estuvo magnífica. El templo se hallaba lleno de gente deseosa de ofrecer al Santo Patrono sus corazones llenos de regocijo. El panegírico a cargo del párroco (esto prueba el gran afecto de los de la villa a su párroco) fue verdaderamente emocionante: sus frases, llenas de verdades y de belleza, produjeron gran

sensación en los oyentes, que llegaron al más alto grado de la emoción en la deprecación que dirigió al final al Santo Patrono. Sus diáfanos pensamientos, su elegante sencillez de lenguaje, su fervor lograron convencer, conmover y agradar a todos.

La procesión, en el mayor orden, recorrió las principales calles de la villa y, al regreso, la señorita de Melián Rodríguez tomó varias fotografías de los tronos y de la procesión en general.

Le recitaron las preces que se tiene por costumbre y entró en la iglesia la procesión y, con ella, [la] muchedumbre, siempre ávida de mostrar su piedad.

Los festejos populares resultaron muy bien, siempre dentro del mayor orden, cual corresponde a la finura de los agüimenses.

Muy gratos recuerdos consérvanse en mi corazón de mi estancia en Agüimes. Salí después de nueve días de bienestar entre sus moradores con bastante sentimiento. Me atraen sus noches oscuras como boca de lobo, su cielo enlutado donde titila, de vez en cuando, una estrella; sus campos de múltiples verdes recuerdan un portal de aquellos que hacía en mi infancia. Su alameda, semejante a un bosquecillo con sus parteros visitantes, enamora mi alma y la lejana montaña donde la Santa Cruz extiende sus rígidos miembros me maravilla en su sacro misterio.

La iglesia, de amplia nave, llena de soledad, de silencio, me llena de reposo.

44. Días grises⁹¹

Los días grises van sucediéndose. Muy grises son los días y aún más grises para mí, que en un retiro veo tan solo aquella imagen soñada en otras épocas felices..., épocas que huyeron para sepultarse en la oscuridad de una noche perpetua.

Hoy tan solo me queda el recuerdo de aquel pasado tan bello, tan rosa, de mi infancia, cuando todo me sonreía, cuando todo llenaba mi alma de placer y bienestar, de gozo santo a mis sueños infantiles... Pero estas horas tan largas y lentas, tan angustiosas y moribundas, van destruyendo inclementes mis días; y las horas se suceden siempre con esa monótona igualdad que causa hastío.

El tiempo pasa y, rasgando cruel el tejido de la vida, el impío atormentador va desgarrándole y convirtiéndole en hilachas, hilos deleznales. Cuánto dolor, cuánto sufrimiento en estas horas muertas que va destruyendo mi vida, en estas horas de incertidumbre que se complace en irme fieramente atormentando... y me persigue, me busca... Mas cuando llego a su encuentro, cuando me aproximo, huye burlona esa fiera y odiosa duda que se aleja dejándome inquieta, sin

91 Escrito en Las Palmas en diciembre de 1921. Publicado en *Defensor*, 10 de febrero de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 75-76.

sosiego, llena de tristeza, dolor... Y siento esa melancolía íntima que no puedo desterrar del alma, que, como sierpe venenosa, me muerde y se enrosca a mi corazón y va gustando de mi martirio lento, de mi angustia, de mi padecer...

En las horas solas, cuando todo lo que rodea permanece silencioso y callado, cuando todo duerme el sueño del olvido, entonces aquel recuerdo se acerca, va apareciendo tan bello como en aquellos tiempos pretéritos y mi pecho angustiado siente impulsos de lanzarse en pos suya, y otra fuerza le repele y así, en ese vaivén, la vida se va yendo, se va acabando; pero esta triste incertidumbre sigue pesada, trazando sus desgarradoras frases en mi alma, sin que crea poder jamás apartarlas.

Las horas inclementes, demoledoras, van minando mis días, van destruyendo crueles, inhumanas, mis dulces ilusiones y van dejando mi corazón vacuo como un día sin sol.

Y los días sin interrupción, iguales, siguen siendo lo de antes: grises... grises.

45. La pereza⁹²

Todas las grandes empresas que se proyectan llegarían a ser maravillosas realidades si los que las deben llevar a cabo fuesen activos y no estuviesen subordinados a los imperiosos mandatos de ese monstruo soberbio y repugnante que se llama «pereza».

Los grandes trabajos, los magnos proyectos deben ir siempre revestidos de diligencia y habilidad; la pereza debe proscribirse.

Por «pereza», por «molicie», «por voluptuosidad» perdió Aníbal, el general cartaginés y vencedor en cuatro sucesivas batallas. En la batalla de Zama, retirado con sus tropas en Capua, olvidaron sus huestes la disciplina; y cuando se reorganizaron los romanos, no pudo deshacerlos. La pereza hizo que viese morir uno tras otro [los] laureles que había conquistado anteriormente.

El progreso de los pueblos implica destreza, agilidad... La civilización no es perezosa; ella marcha siempre adelante y con pasos agigantados nos lleva al mayor perfeccionamiento. ¿Por qué? Porque no es perezosa.

Las luchas llevan siempre el germen del adelanto, de la civilización. Díganlo, si no, las Américas; de un

92 Escrito en la Villa de Agüimes el 18 de enero 1922. Publicado en *Defensor* el 17 de febrero de 1921, págs. 1-2.

pueblo bárbaro y salvaje ha surgido una gran civilización.

Los mismos animales castigan la pereza. Curiosísimo es observar cómo las laboriosas abejas matan a los zánganos una vez que no los necesitan; los grajos matan al individuo de su tribu que, por pereza, no busca los materiales necesarios para construir su nido y los toman de los de sus convecinos, deliberan largo rato sobre lo que han de hacer con el holgazán y unas veces lo matan, pero otras sacian su sed de justicia destruyéndole su vivienda.

Los elefantes, los cuervos, los leones, etc., ofrecen ejemplos análogos.

Los grandes hechos se han ejecutado, después de reflexionar sobre ellos, lo preciso, sin demora. La civilización no aguarda al mañana, no; ella camina a pasos agigantados por los pueblos exentos de pereza.

Seamos fieles amantes del progreso, admiradores fervientes de la civilización, pero no teóricos, sino prácticos; tratemos de extender su poderío por todos los ámbitos del orbe.

46. El hombre prehistórico⁹³

La tercera especie es, sin duda, la más perfeccionada; debido dicho perfeccionamiento a las evoluciones y transformaciones que iban experimentando las especies anteriores. Pertenecen a esta especie las razas del Cuaternario Superior, las de Cromañón, Grimaldi, Fufooz [sic], Canstadi [sic] y los actuales.

La opinión hoy muy generalizada es la [de] que el hombre existió sobre la Tierra por lo menos cien mil años antes del periodo actual de la historia.

A una profundidad de cinco metros, fue encontrado por el gran geólogo [Charles] Lyell, en el delta del Misisipi, cerca de Nueva Orleans, bajo unas cuatro selvas sepultadas y superpuestas junto con carbón leña, un esqueleto humano al cual le asigna el doctor Dowler una antigüedad de cincuenta mil años. El doctor Büchner determina muy bien en su libro *El hombre según la ciencia* [1869] la antigüedad asignada al hombre y está en todo conforme con las comprobaciones hechas por el análisis científico, que es la de considerar al hombre una antigüedad de catorce mil

93 *Defensor*, 22 de marzo de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 77-79. Por el comienzo, se deduce que este artículo es la continuación de uno anterior que no hemos podido localizar; y por el final, no es descartable concluir que tuvo que haber una continuidad que desconocemos si vio la luz.

cuatrocientos años (14 400). En la caverna de Aurignac, en la vertiente meridional de los Pirineos, en el Departamento del Haute-Garonne, se hallaron huesos humanos, una capa de ceniza y carbones apagados que cubrían una especie de hogar: entre la ceniza y la tierra, aparecieron huesos de animales, varios objetos, estando formados de piedra y muchos de pedernal. En Bélgica, en el corte geológico de Tron du Frontal, se encontraron osamentas [similares] a las halladas en la cueva de Aurignac. En Tenay, en el corte del valle del Somme, cerca de Abbeville, en los alrededores de Amiens (Francia), ofrece datos análogos a los anteriores. El corte de Hoxne, condado de Suffolk en Inglaterra, como también los efectuados en el territorio francés, uno a la entrada del camino que conduce a Chonsy (partido de Thenay, Loire y Chez) y el otro en la cantera margen de M. A. Chancuais, abierta en la margen de izquierda, también de Thenay, ofrecen osamentas.

Todos estos trabajos subterráneos tienden a comprobar la existencia del hombre en épocas arcaicas.

La cultura, las civilizaciones de estos seres prehistóricos se han podido averiguar por los trabajos que se han hecho en las excavaciones donde se han encontrado instrumentos y utensilios, etc., y en los paseos y fósiles hallados en muchísimas cavernas. En Alpera, hay paseos en los cuales se representan aquellas hordas y paisajes de caza. También lo comprueban los sedimentos hallados después de estudios profundos y minuciosos trabajos.

Son asimismo pastores que nos inducen a este conocimiento los restos de animales que les sirvieron

de alimento y estudios profundos. En el primer periodo, el hombre usaba utensilios, instrumentos muy rudimentarios; se valía de la piedra, dándole formas puntiagudas o cortantes para servirse. Esos utensilios se llamaban «hachas». Este periodo recibe el nombre de Paleolítico o de la «piedra tallada». En el Paleolítico Antiguo, vivían las especies *Homo heidelbergensis* y *Homo neanderthalensis*, dedicadas a la caza, errantes, nómadas. Se alimentaban de grandes y corpulentos mamíferos, como se ha observado en los restos y fósiles hallados junto a los hogares y sitios donde acampaban aquellas salvajes hordas, abundando entre ellos el elefante.

En San Isidro (Madrid) y en Torralba (Soria), se han hallado yacimientos; y entre sus aluviones, se han hallado utensilios por los que se ha podido determinar que en aquellos terrenos acamparon indudablemente estas huestes salvajes. El hombre fue, sin duda, contemporáneo de muchos animales hoy inexistentes y lo prueba el haberse hallado con sus restos los primitivos instrumentos que usaban, como objetos de sílex y aún sus huesos. Su ocupación predilecta, como hemos dicho, fue la caza, pero también se dedicaron a la pesca.

En el Neolítico, según unos, y en el Paleolítico moderno [*sic*], según otros, [se] vio la tercera especie: *Homo sapiens*, estos hombres vivían en covachas, en cavernas, y así se resguardaban de los agentes exteriores, de las inclemencias, de la intemperie. Usaban instrumentos hechos con astas de ciervos, con marfil, huesos, etc., tales como las puntas de lanza, las flechas, arpones, agujas para coser vestidos de burdas pieles, etc.

47. Carta abierta⁹⁴

Señor Director de *El Defensor de Canarias*.

Mi estimado y distinguido señor:

Con grande e íntima satisfacción he leído la carta abierta que a usted dirige y que usted inserta en el número del sábado; y digo con «íntima satisfacción» porque veo que no se halla tan muerta la fe en nuestra sociedad, pues aún hay quien, lanza en ristre, defiende con viril energía sus creencias, su religión y su fe. Lo celebro grandemente.

Pero véome hoy —aunque involuntariamente— obligada a contestar, si no con tanta energía, por lo menos con la sencillez que acostumbra a hacerlo mi pobre pluma.

Ante todo, hay que tener presente que el que se escriba un artículo como el que nos ocupa, «El hombre prehistórico», no implica convicción en el que lo

94 Escrito en Telde, 26 de marzo de 1922. Publicado en *Defensor* el 29 de marzo de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 82-84. Este texto surge en contestación a otra carta que se había enviado a este periódico criticando el tema sobre el ser humano prehistórico tratado por Hilda Zudán con anterioridad (véase lo que al respecto se apunta en el estudio preliminar).

escribe y no puede tachársele de tal mientras no vaya unida a la teoría «su opinión».

[Se] comprende perfectamente que a almas frágiles, a espíritus pequeños, las opiniones de otros puedan hacer mella; pero las almas viriles y enérgicas, aunque lean u oigan opiniones contrarias, no se doblegan ante ellas; no se mudan de opiniones tan fácilmente.

El asunto que he tratado últimamente en mis escritos es —según don Marcelino Menéndez Pelayo— «deseo de poner historia donde no la hay». Es una materia que hoy ocupa grandemente a nuestros naturalistas; y como creo de «cultura general» conocer, no solo [de] nuestras verdaderas creencias, sino también las de otros, por eso he tratado de un asunto tal vez demasiado superior a mis fuerzas y al que luego de que se terminase de publicar pensaba hacer algunos comentarios; es decir, emitir mi modesta pero firme opinión.

Soy «cristiana práctica», usted lo sabe bien, señor Director; y, sobre todo, «consciente»: practico por «convicción», no por «costumbre» ni rutina mis creencias y, por tanto, no hablo en el escrito al que se alude por creerlo verdad, sino por exponer teorías hoy muy alimentadas, refutándolas con argumentos para mí del todo convincentes.

Jamás creí que aquellos mis mal trazados párrafos iban a dar margen o quizás herir los más elevados sentimientos de una persona cristiana; no lo hice con tal objeto. Lamento que se me atribuyan ideas que no tengo y que disto mucho de compartir.

Para mi humilde modo de ver las cosas, no es lo mismo «exponer» ajenas teorías que «emitir» opinión propia.

Amo la verdad como la que más y, en orden a ella, he de decir y afirmar definitivamente:

1. Que me he limitado en mis escritos [sobre] «El hombre prehistórico» a exponer «teorías» hoy muy en boga y no «verdades científicas».
2. Que soy cristiana católica y, por tanto, tengo la fe legada de mis padres.
3. Que el que escriba sobre cualquier materia, mientras no exponga opinión propia, no debe atribuírsele con prejuicio ideas que no alimenta.
4. Que agradezco infinitamente la observación que se me hace.

Rogando a usted, señor Director, perdone la molestia que haya podido causarle estas líneas, me ofrezco de usted [su] atenta, afectísima, segura servidora, que su mano estrecha.

48. ¡Detén tu marcha, peregrino!⁹⁵

Detén tu marcha, peregrino, detén tu anhelo; vente conmigo al lugar santo donde reposan [los] elegidos, los seres que fueron nuestros seres queridos.

Detén tu paso, peregrino; llega hasta ellos, que reposan en sus tumbas, bajo el pío mármol, bajo la tierra, y reza, peregrino, por ellos una oración, una santa oración sin desplegar los labios.

Yo bien sé que eres bueno, que tu corazón elevará una plegaria en este día por nuestros seres amados, por aquellos que reposan en la tumba fría; y sé también que bajo la rudeza de tus palabras, en tu pecho, hay una coraza de amor —¡amas a todos!— para los que se fueron, los que se marcharon y dejaron en nuestras almas un hálito de dolor, dolor supremo y sin nombre, por ellos, los que al aire nos legaron lágrimas de tristeza, de angustia, de dolor...

¡Peregrino de amor!, sé las lágrimas que has derramado por ellos; sé que los amas, a esos seres felices que demasiado pronto tal vez volaron hasta esas regiones ignotas. Y tú, peregrino, también te vas y buscas las espinas y los zarzales, y te echas en ellos como en mullido lecho, e hieres tu cuerpo con dardos punzantes; y te alimentas de hierba... y ayunas; todo por ellos, [por] aquellos seres que se fueron, que se marcharon

95 *Defensor*, 26 de abril de 1922, pág. 1.

legándonos esa triste y melancólica paz. Ese silencio vago e incierto de los que nada buscan, de los que nada piden, de los que nada quieren, sino pensar, siempre pensar en ellos, ¡los idos...!, que volaron a las azules regiones llegando hasta el Ser Supremo.

Hermano peregrino, reza sin mover los labios una tierna y sentida oración; peregrino santo, recógete, detén tu marcha y eleva al cielo una dulce plegaria por los muertos... ¡Nuestros seres amados!

Recemos una santa y férvida oración por los que, al irse, nos dejaron el corazón herido con heridas incurables... Reza, buen peregrino; ven conmigo al cementerio y bajo la sombra del ciprés oremos, sí, oremos por ellos.

No te importe que el mundo desdeñoso ría de nuestras plegarias, de nuestro llanto, de nuestro dolor. Lo hace el mundo, ¡qué importa...! No hagas caso de él; ven conmigo, no quieras oír sus risas, sus mofas, su algazara mentida. ¡Es inconsciente! No sigas tu camino, espera un momento, detén, detén tus pasos, espera... ¡Detén tu marcha, peregrino!

49. Defendamos el hogar⁹⁶

Y bien, ¿por qué hoy se halla la sociedad tan corrompida, por qué hoy lo convencional reemplaza a lo verdadero, por qué la falsía ha introducido su faz morbosa por todas partes y aún ha llegado a las puertas de los hogares llevando en pos de sí ese hábito de mórbida e indolente hemoptisis? ¿Es que la sociedad prescribe esa petulante indolencia? ¿Es que hoy se prescribe la verdad y ocupa lugar preferente la insensatez, la frágil y endeble frivolidad?

Lancemos lejos de nosotras, lancemos sí, lejos, muy lejos, esos parásitos que emponzoñan la senda que nos ha señalado el Señor y que hemos de cruzar sin detenernos en las encrucijadas que hayan establecido los malos reptiles.

¿Pero de dónde difama esa fuente de disolución, de alejamiento, de rebajamiento?

Creo que así como la sociedad es la reunión de individuos reunidos por vínculos más o menos estrechos, la familia es la unión de individuos, no unidos con vínculos desatables, sino por lazos estrechos que hermanan las almas y que las hacen participar de un

96 Escrito en Telde en abril de 1922. Publicado en *Defensor*, 11 de mayo de 1922, págs. 1-2. Posteriormente, en *Antología*, págs. 85-88.

mismo ideal, de un mismo pensamiento en una palabra, que las hace comulgar en el mismo altar.

Si la familia no está bien organizada, si los cimientos no están bien echados, ¿cómo hemos de pretender que en la sociedad haya espíritus elevados y limpios de esos gusanos inmundos, de esos parásitos, espíritus malévolos, de esos *sporman* [sic] que solo llevan en sus cabezas los aleteos de la ignorancia, del atrevimiento, de la irreverencia y de la incredulidad?

Proscribamos ese aparatoso o inclemente aparecer, lo que realmente no somos; tratemos de elevar el hogar sobre el pedestal que le hemos levantado, sobre ese pedestal de honor, de dignidad, de religiosidad, de creencia; luchemos sin tregua; arremetamos sin acobardarnos. Es nuestro deber reconstruir esa sociedad, formarla, hacerla ser no lo que es, sino lo que debe ser, lo que fue.

Tenemos el deber primordial de hacer surgir de entre las ruinas de esta mórbida sociedad actual otra nueva, lo cual conseguiremos empezando desde los cimientos. Si necesario es, para reorganizar la sociedad, que comencemos por sus cimientos, comencemos por el hogar. Y para ello, alejemos del hogar esos espectáculos de irreverencias, de irreligiosidad, de disolución, de hipocresía. ¿Cómo alejarlos? Pues con ejemplos. En algunos hogares, los hijos no hacen sino imitar los modelos; cortemos de raíz el mal y hallaremos la verdadera regeneración.

Nuestro papel en el momento actual es de gran transcendencia. Somos las obligadas a devolver el esplendor de la doctrina del Maestro Divino y debemos propagarla prácticamente. Para ello, lancemos del hogar

los perjuicios y luchemos por la regeneración de que tan faltos nos hallamos en el momento presente, en la evolución actual de la sociedad.

La licencia, el relajamiento se ha adueñado de la sociedad. Los hijos salen del hogar como huyendo y con aire canallesco van sembrando en los espacios esos aires pesados de desenfreno.

Tengamos carácter. Si queremos paz, dicha relativa, creémosla nosotras mismas. ¿Cómo? Pues formando el hogar, la familia, la sociedad, la patria.

La familia es la gran salvaguardia de la patria. La familia ordenada, en la sociedad pacífica, es la patria rehecha. El desorden del hogar trae como inmediata consecuencia la ponzoña de la sociedad y, como quien dice, la podredumbre de la patria.

¿Por qué nos admiramos de ver tantos y tantos hogares destruidos? Oh, el desenfreno, que vemos cruza por doquiera, el rebajamiento moral, ese ambiente corruptor hace presa también de su procaz cadena a los tranquilos hogares y por eso he dicho que tenemos no solo la obligación, sino el deber, el más santo de los deberes, de romper esas cadenas, de salvar a la sociedad, de reconstruir los hogares.

Pero todo sería trabajar en vano si nos propusiésemos comenzar por los grandes. Algo se conseguiría con la constancia, pero ¡cuán poco rendir! ¡Empecemos por los pequeños, por los niños, por esos futuros hombres, y hallaremos la futura sociedad reorganizada, donde ocupará el lugar preferente la Verdad y el Deber!

Empecemos a Educar primeramente y, luego, a Instruir. Analicemos lo que hoy tan poco se estudia, el Fondo, aunque sin prescindir de la Forma.

Y fijémonos primeramente en una cosa, en lo que tan bellamente dice V. Espinos: «La familia en peligro es la patria en peligro».

La iniciativa femenina es de suma importancia, es de gran trascendencia. Surge grandiosa como un brote del corazón, como un presagio, como una súplica. Es maravillosa.

Defendamos el hogar. Nuestra iniciativa es no solo de interés, sino de gran nobleza. Es un deber de conciencia.

Y tendremos presente que el periódico impío, la revista pornográfica, el cine, el teatro, propagadores de las pasiones más inmundas, han llegado a sembrar de lágrimas el hogar, se han conjurado contra él para deshacerlo, para echar por tierra sus más santos y sanos principios.

¡Mujeres!, mis compañeras, lancemos lejos de nosotras esos prejuicios de clases, de sociedad, de ambiente y reorganicemos la familia. Cumplamos nuestro más sano deber.

¡Defendamos el hogar!

50. Los ancianos⁹⁷

«La amarga proscripción y la tristeza en su alma
abrieron incurable herida; es un anciano y lleva
en su cabeza el polvo del camino de la vida».⁹⁸

Cuando vemos una cabeza blanca, con esos plateados
hilos, ¡qué dolor esa cabeza que amamos ha blanquea-
do pensando en tantas cosas...!

Esas canas son benditas, deben ser por nosotros
veneradas; y la tristeza, los desengaños, la desilusión
inclemente, la herida abrieron en el pecho del anciano;
y los escollos de la vida también hicieron sangrar el
corazón de ese anciano, aumentando el blancor de
los grises hilos.

¡Cuánta nieve en la cabeza llevan esos proscriptos
de la vida...!

97 Escrito en Las Palmas el 18 de octubre de 1921. Publicado en *Defensor*, 22 de mayo de 1922, págs. 1-2. Posteriormente, en *Antología*, págs. 89-90.

98 Se trata de una estrofa de cuatro versos del poema «Mi padre», del escritor y político mexicano Juan de Dios Peza, aunque en este caso se haya eliminado su versificación, incluido en su libro *Cantos del Hogar* (1881-1889). Este poema, precisamente, apareció en primer lugar el 19 de octubre de 1884 en la publicación periódica *El Álbum de la Mujer*, dirigida por Concepción Gimeno de Flaquer (Contreras García, 1970).

¡Cuántos pensamientos bullen bajo esos copos de nieve!

Y ellos, los ancianos, cruzan el sendero, el camino de la vida, ansiosos, fervorosos y creyentes, recogiendo a sus pasos el polvo del desengaño, de la tristeza, del dolor...

¡Esas cabezas blancas cuánto bien nos han hecho! ¡Cuántas lágrimas nos han ahorrado! Cuántas ilusiones han dejado con vida. Nosotros les amamos, les amamos agradecidos, porque esas cabezas han luchado descubiertas frente a la vida, ¡es verdad! En la lucha, han envejecido, se han cubierto de blanco polvo, pero han vencido y vencerán siempre, ¡siempre!

Por eso, debemos amarles, amarles mucho, con un amor santo, puro, sin límite.

Debemos procurar que cicatricen las heridas de esos corazones; debemos ayudarles, consolarles, acompañarles.

Cuando veo una cabeza blanca, con ese suave blancor de pureza, siento impulso de besarla como se merecen esos blancos, blancos y purísimos hilos argentinos nacidos en el continuo batallar.

51. *Remember*⁹⁹

Es de tarde. Reina un ambiente de desesperanza. El mar parece un inmenso lago de acero. Todo reposa en él. No se oye el sordo gemido de las olas al embestir al acantilado. ¡Todo es paz, silencio, quietud...! Todo calla en su eterno mutismo doloroso. Ni un ruido en el mundo submarino que venga a alterar la dolorosa soledad del paraje. Calla todo. Sobre el paisaje, se extiende un silencio preñado de presagios, de ensueños rebeldes. La playa, abrasada por los ardorosos rayos del sol indolente, se entrega en brazos de la tarde. Ni un carámbano de espuma riza la superficie marina. El mar parece exhalar por cada paso el hálito del misterio. El mar parece un viejo que se acomoda en su arcaica poltrona. Su ruido duerme al amparo de las silentes playas. Parece que quiere huir de su vida tumultuosa, sin ruidos, sin espumas. Las enhiestas colinas le resguardan. Ese es el viejo titán, señor de las rebeldías. Nada más imponente que este lugar donde fluye vaporoso el misterio. Nada más romántico que este paraje, evocador de un pasado, mudo testigo de pretéritas horas felices. Paraje insinuante que nos lleva al silencio donde mira el misterio... la meditación.

99 Escrito en Telde, en junio de 1922. Publicado en *Defensor*, 10 de junio de 1921, pág. 1. Apareció posteriormente, en agosto de 1923, en *Granada Gráfica. Revista ilustrada*, pág. 29.

Ante ese mar, ante ese titán rebelde, medité desde la roca negra de mis sueños y sentí como si se fundiese en una mi alma con la inmensidad de lo azul. Mi pensamiento, mi melancolía, voló en pos del misterio marino en la tarde sedante. La soledad que me rodeaba de mí se apoderó presta, haciéndome sentir su misterio y llenando a mi alma de la tristeza infinita del mar azul. Y desde la roca negra de mis sueños presentí tu mirada fascinante y adormecida y la visión de los sueños de tu alma a la mía apareció.

Tu mirada se asemeja a la tarde y al mar. Tiene ese dejo de melancolía indefinida que penetra sutil hasta el pecho como una hoja de acero, sin dolor, sin sangre. Y este mar que contemplo inculca una tristeza, análoga a la de tu mirada, que llega al alma sin ruidos, sin murmullos, sin espumas, sin ondas...

Yo quisiera poseer esa tu mirada llena de dolor, de tristeza, donde se leen y presagian las tragedias del alma. Mas esa tu mirada, como la tarde quiera, como el mar poderosa, permanece inmóvil, imponente, con el orgullo de la potencia.

Al caer de la tarde, cuando esta quietud marina impera, llegan a mi alma, como bandadas de gaviotas, los recuerdos de un pasado fugaz que tan solo nos legó el don divino de la rememoración... El mar y la tarde son los factores de mi vida espiritual; al llevar en ellos impreso el sello del recuerdo, al evocar un pasado inolvidable, tal vez por lo fugaz... todo calla.

En la tarde hay un alma que suspira
por algo que se ha ido... Los colores

evanecen, cual sueños tembladores,
de una desesperanza que delira...

52. El disociador¹⁰⁰

¿Quién es...? Zángano detestable. Único ser que goza con el quebranto de las amistades, de la paternidad entre los individuos. Ser maligno, asqueroso reptil que se arrastra por el fango, que es su elemento, para herir a mansalva a sus incautas víctimas. Asqueroso y repugnante insecto que se enloda en el cieno de su albergue, que diseña su silueta inconclusa en el lodazal de su espíritu mezquino. Vampiro que desbarata las más fraternales amistades y que no se horroriza del mal que, con su maquiavélica conducta, ha sembrado. Parásito maligno que cobardemente esconde el apéndice con que inocular el veneno a sus víctimas. Áspid venenoso, Judas engreído que con su mentida amistad alterna con las personas para luego darles su beso maldito y taimadamente entregar a los que califica de «amigos», porque no han sospechado de él y han sabido burlar sus monstruosas maquinaciones. Disturbidor de espíritus tranquilos, de almas pacíficas. Pérfido que, con cara hipocritona, va llenando de sombras tenebrosas el cielo de las más íntimas amistades y que, sin que el amigo se dé cuenta, va llevando cobardemente la duda al espíritu y luego se burla y suelta su feroz carcajada ante los agónicos quejidos de un alma que sufre, de un corazón que cesa en sus

100 *Defensor*, 21 de julio de 1922, pág. 1.

afectuosos latidos. Vende a sus amigos, a los que le han brindado sincera amistad, sin sospechar que bajo aquel rostro de Adonis se esconde la viscosa y repugnante saliva que envenena, que mata así, lentamente. Monstruo sombrío que aguarda tan solo una ocasión para minar sus caminos vencedores. Su sola presencia produce dispepsia. Bípedo asimétrico moralmente. Es su égida, la maldad; y sus congéneres, la hipocresía y el odio. No sabe amar. Sabe, sí, odiar [la] manifestación del amor en estos abortos del orgullo y de la soberbia. Siembra la duda, como el espíritu del mal del que nos habla la parábola evangélica sembraba la cizaña. Todas las bajas pasiones hallan cabida en su alma mediocre. Verdugo que, con su faz de bondad fingida, traiciona a sus amigos después de haber con ellos gustado la copa de los placeres. Diverge de los demás mortales. Se ensaña despiadadamente con el mal que ha sembrado a voluntad. Su lengua hace más daño que un bisturí, más dolor causa que un acero. Son horribles los estragos que han hecho sus mordaces términos, su ladina lengua de escorpión. Lución maligno; estigma de la humanidad tímido, torvo. Implacable usurpador de amistades.

Impertérrito y vulgar polemista. Impostor temible que lleva su atrevimiento a falsear la verdad. Es el odioso y mediocre espíritu que siembra la malquerencia y el odio por el sendero donde han de pasar sus víctimas. ¡Pobres víctimas de su estulticia! Incordio de los humanos; es un perfecto *snole*. Es el «gerifalte» de la sociedad, el gibón que, con su gesto cómico, trata de esconderse de los adversarios, de los que han logrado descorrer el velo que oculta su alma negra.

Y él se cree y quiere hacerse pasar por un dechado de caballerosidad, de elegancia, de gentileza; créese el *non plus ultra* del saber, de la arrogancia... Habla mucho y bien de sí, y poco y mal de los demás. ¡Oh, soberbia humana! ¡¡Hasta cuándo...!!

Guardémonos de él, pero sin que llegue a sospechar que le tememos o que hemos conocido sus maquiavélicos planes, pues en cólera se desataría y seríamos sus adversarios, sus enemigos declarados y, como tales, trataría de deshacerse abiertamente [de] nuestro buen nombre, [de] nuestra paz familiar.

Huyamos de él, del «disociador»; es lodo. No merece ni siquiera nuestro desprecio.

53. Primer pueblo histórico: el iberocelta¹⁰¹

Nos son desconocidos los primeros años de la humanidad, del mismo modo que no sabemos nada de los que poblaron primitivamente nuestro querido suelo peninsular. Solo podemos hablar con certeza, tratándose de los primeros pueblos históricos que habitaron nuestro suelo. Y digo con certeza porque podemos probar su existencia, ya por decírnoslo los escritores griegos, ya porque aún existen restos de sus artes, que nos llevan al conocimiento de que realmente hubo un pueblo que dejó plasmado su espíritu, sus creencias, sus costumbres en esos grandes monumentos que, en distintos sitios, como en Tarragona y Numancia, se conservan como modelos de la más antigua arquitectura española. Se ha hablado muchísimo de los que poblaron nuestro suelo, dando origen a narraciones y leyendas inverosímiles por lo fabulosas.

Pero junto a tan absurdas doctrinas, tomadas de falsos cronicones, surge grandiosa la historia de nuestros primeros pueblos. Y no son Tubal ni Tarsis los que se asentaron en nuestro suelo primeramente, no; sino un pueblo de origen ignorado, tal vez originario de la Atlántida, o asiáticos o libios quizá... Fue este pueblo,

101 Escrito en Telde, en marzo de 1922. Publicado en *Defensor*, 29 de julio de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 91-96.

el iberocelta, que, extendiéndose por toda Hispania y traspasando las fronteras, llegó a Inglaterra, a Italia, a las Galias, al centro de Europa y a las risueñas islas que bordean el Mediterráneo.

Distribuidos por todo el territorio peninsular, fueron tomando diversos nombres según la región donde acamparon: los cántabros, astures, várdulos y vascones quedaron establecidos definitivamente al norte de la zona septentrional. Eran los menos adelantados, muy dados a los sacrificios supersticiosos: cortaban las manos a los prisioneros; predecían el futuro por las entrañas o las venas del costado, tocándolas y observando las pulsaciones; se dejaban crecer las cabelleras como las mujeres; sacrificaban a su dios Marte prisioneros y caballos; además, inmolaban en su holocausto al macho cabrío. Estrabón ofrece bellísimos párrafos cuando nos describe la vida y costumbres de los montañeses que hasta el Duero acampaban. Se dedicaban a la cría y cuidado del ganado de cerdo, siendo muy curioso ver cómo en el anverso de las monedas de aquella época se ve un cerdo como símbolo accesorio.

En la parte oriental habitaron los cerretanos, los indigeles, ilergetes, ausetanos, lacetanos, cosetanos, editanos, y contestanos, según el señor Palanco Romero.¹⁰² Su cultura, no muy adelantada, era semejante a la

102 «José Palanco Romero nació en 1887 en Talavera de la Reina (Toledo) y fue fusilado por los golpistas en Granada en agosto de 1936. Catedrático de Historia de España en la Universidad de Granada desde 1911, en la institución académica granadina ocupó también los cargos de vicerrector (1922-1924) y fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras (1930-1934), como consta en el Archivo de la Universidad de

de los cántabros y astures, si bien se nota más precisión en los conocimientos; también se dedicaban a la cría del ganado y cría caballar, viéndose por esto que en España, desde sus comienzos históricos, la ganadería adquirió gran desarrollo.

En la parte meridional del suelo hispano vivieron los túrdulos, turdetanos, bástulos. Eran los más adelantados de los iberoceltas: tenían leyes en verso, monumentos literarios y mayor ilustración que los anteriores; estudiaban su lengua por los principios gramáticos; cuentan sus leyes, en verso, una antigüedad prodigiosa, pues según ellos se remonta a seis mil años; tienen anales y memorias muy notables y antiquísimas. Como más ilustrados, dejan la superstición; son menos sanguinarios y buscan toda fuente de adelantos para fomentar la riqueza y el saber.

En el occidente del territorio, habitaban los galaicos y lusitanos y, en el centro, los váceos, arévacos, lusones, etc., todos de análogas costumbres.

La familia tenía carácter monógamo, aunque, según parece, tribus había que practicaban la poligamia. Los grupos de familia constituían lo que se llama *gens*.

La tribu estaba formada por varias *gens*. La capital era el sitio más adecuado para la defensa y donde pudieran hallar amparo en tiempo de lucha los habitantes.

El gobierno de cada tribu era hereditario o electivo, pero pertenecía a familias patricias; además, había

Granada, que custodia el legado del catedrático» (vid. «José Palanco Romero, el hombre de Azaña en Granada» en *El Independiente de Granada*, 21 de mayo de 2022 [consultado el 31 de julio de 2025, en <https://www.elindependientedegrana-da.es/blog/jose-palanco-romero-hombre-azana-granada>]).

un *consilium* popular. En Sagunto existió además una asamblea aristocrática llamada *senatus*. Le unían, necesariamente, las tribus y constituían las federaciones; y estas federaciones se regían por la voluntad de la asamblea federal, la que contaba con un soberano o jefe supremo elegido por los régulos de las tribus unidas o confederadas.

Dieron muchísima importancia a la industria, sobre todo a la pecuaria. El ganado vacuno fue famoso sobre todo en Turdetania. Del ganado lanar se fabricaban vestidos que eran exportados a los del Mediterráneo. Con el pelo de las cabras que poblaban el territorio del Algarve se tejían telas de mucha resistencia.

El comercio era muy activo: producía gran cantidad de miel, cuyo producto era empleado en la fabricación del hidromiel. También fue activo el comercio de cereal, dando pruebas con ello de hallarse adelantada la agricultura.

Su alimentación era tosca; [se] constituía en pan de harina y bellotas.

Sus vestidos, de burdas pieles y de semillas, túnicas compuestas por plantas textiles.

Las mujeres vestían la estola ceñida al cuerpo y la palla. Los guerreros usaban escudos, espadas, yelmos, hondas, etc. El calzado consistía en zapatos de madera (zuecos) o sandalias, abarcas como las que aún usan muchos astures y cántabros.

Conocían el cultivo de la tierra y el del trigo, como se han hallado en algunos sitios de Andalucía. Conocieron el vino; lo extraían de la manzana y también de la uva.

Eran de espíritu valeroso, independientes; de carácter rudo, sobrios. Dice Estrabón que, cuando los romanos crucificaban a los prisioneros, ellos cantaban himnos desde el lugar de su suplicio. Eran resignados. Odiaban al extraño. Despreciaban la vida y, en fin, formaban el pueblo aguerrido que tanto dio que hacer a los que posteriormente invadieron el suelo hispano.

Conocían la escritura silábica, tal vez procedente del fenicio y griego primitivos. Su lengua deriva de *sanskrit*; pertenece a las lenguas de flexión.

Hicieron uso de metales, administraban justicia con las pruebas del agua y del fuego.

Entre sus juegos se distinguen los de lidia de toros, dando con ellos a entender que, desde fecha inmemorial, se estableció en España esa costumbre. En una medalla hallada en 1774, al derribarse las murallas de Clunia, se representa a un hombre lidiando un toro. Los juegos, el baile y la gimnástica también eran conocidos por este pueblo.

Son notables los dólmenes o altares de piedra contruidos por los celtíberos. En España, el mayor y más notable es el que hay cerca de Antequera, conocido por el vulgo con el nombre de Cueva de La Menga. El de Talati, en Menorca; en Baza, Toyo de las Viñas, eran los lugares destinados al sacrificio de las víctimas.

Pero lo más notable de las construcciones ibéricas son los famosos Toros de Guisando. La escultura cuenta también [con] restos, como son las estatuas votivas del Cerro de los Santos (Albacete) y el busto de mujer *La dama de Elche*, encontrado en Elche y hoy existente en el Museo de Louvre (París). Parece ser [la] representación de una mujer muy opulenta,

ataviada primorosamente con collares y joyas de gusto y primor exuberantes.

También en la región oriental española se han hallado esfinges, como la llamada Bicha de Balazote (Albacete). Hay en el Museo de Valencia una estatua perteneciente también a las primeras culturas ibéricas llamada *León de Bocairent* y numerosas figuras informes que se han hallado en distintas localidades de España y que representan, si bien con poco realismo, figuras animales, como los cerdos de Ávila y el jabalí de Cardenosa. Es indudable que estos monumentos tuvieron carácter funerario y tal vez de exvotos.

Su religión *sabeísta* contaba con muchos dioses, personificación de las fuerzas naturales. Adoraban al Sol y a la Luna, rindiéndoles culto sangriento. Endovélico, adorado principalmente en el cerro de San Miguel de Mota, en el concejo de Alandroal. Es indudable que esta divinidad sería el *genius loci*, el numen tutelar de la montaña.

Tan importante como el dios Endovélico era la diosa Ataecina, adorada en Lusitania y Bética. Se cree que su principal santuario se hallaba en Turóbriga. Fue llamada la Proserpina ibérica; «fue diosa agraria, infernal y médica», sucesivamente.

También había gran número de númenes o dioses guerreros, colocando a la cabeza de todos a Netón, el Ares griego o Marte romano, y la diosa Neta.

Además, hay quien asegura la existencia de culto de los iberoceltas al dios Fun [*sic*], pero no está conforme con ello la crítica moderna.

Había divinidades que tenían como fin exclusivo el cuidado de los campos; encontrábanse las diosas madres o matronas y los dioses lares.

Le rendían culto a los ríos y a las ninfas y a las fuentes de agua salutíferas.

Este sabeísmo hace presumir que tenga origen asiático este pueblo, si bien no es una prueba concluyente. Al estudiar su religión, parecen surgir reminiscencias asirias y caldeas.

54. ¡Es el viejo titán...!¹⁰³

Es el viejo titán..., el indómito y soberbio atlante que, bajo el salterio rumoroso de sus olas, hierve grave y austero con salvaje cólera.

Bajo la placidez sedante de un cielo estrellado, se oye el sonido rumoroso de sus aguas al deslizarse, en el silencio nocturno, unas ondas sobre otras.

Es el rebelde, el impetuoso, el imponente mar, mi confidente cariñoso. Horas tras horas paso ante el tupido velo de turquesas de sus aguas, contemplando la grandeza, la majestuosidad de tan sublime obra creada.

Y en esas horas, cuando mi espíritu anhela llegar hasta las más recónditas e ignotas regiones de ese antro, parece que sus aguas, en su eterno vaivén y musitando la monorrítmica canción del olvido, se agotan, como mis ideas; sus olas se elevan como mi pensamiento ante tan soberbia creación y sus silencios sepulcrales tienen un no sé qué de ascético, como mi espíritu contemplativo y extático en esas horas de silencio, de evocación, de rememoración de las cosas idas, tal vez sepultadas en no sé qué profundidades de lo desconocido.

Y ante ese viejo titán, ante ese rebelde mar de rebel-día santa, ante ese insondable abismo, he pasado mis

103 *Defensor*, 5 de agosto de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 97-98.

horas espiritualmente felices. Él me enseña a amar, a cantar, a llorar y a reír. Él es mi único gran amigo. Él no me traiciona, no me engaña. Habla elocuentemente de las cosas pasadas, de las idas, de las muertas...

El mar es sublimidad, grandeza y magnificencia; es poder. Es el titán invencible, indomable. Nos extasía; nos hace amar lo grande, lo eterno, lo indefinido y lo infinito. Él es el gran artista. Sus sonidos rumorosos llenos de presagios felices llegan hasta mí como bandadas de avecillas mensajeras. Él es recuerdo. Es la ruta de las generaciones que han visto tan magnífica obra reflejada en su imaginación.

Es el artista orgulloso de su obra; es altivo con altivez principesca.

Juega con las vidas de los artistas de las noches estrelladas, de los días claros y despejados de la estación primaveral. A todos se muestra grande, grave, austero, como para dar más importancia a su irrecusable poder.

Ese viejo titán es mi más íntimo amigo.

55. A los pajarillos...¹⁰⁴

Dejadles cantar alegres. No les cerréis en prisión. Dejadles en libertad para que alegren la soledad de la campiña, la monotonía del paraje con sus trinos y suaves canciones, con sus músicas aladas y misteriosas. Dejadles entonar su hosanna en el bosque, en la selva, en los prados y jardines... No les coartéis la libertad, ese don del cielo que, decía Schopenhauer, «representa la falta de todo impedimento y de todo obstáculo». Dejadles volar...

Aunque se hallen cerrados en prisión de oro, añoran su libertad, perdida por el egoísmo ciego de los hombres. Por eso, a veces trinan con ese dejo de melancolía que obra como acerados dardos en el corazón del que escucha sus trinos, sus suaves y arpeggiadas canciones de dolor.

Yo creo que esos músicos alados, que esos arropados de plumas —artistas de las selvas—, aunque se vean en una prisión de oro, han de sentir la nostalgia del mullido césped, de la pradera sombría, de la fuente que misteriosa surge de los peñascales, de los árboles de la umbría, de la alegre floresta...

104 Escrito el 20 de mayo de 1922. Publicado en *Defensor*, 8 de agosto de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 110-111.

A veces, al oírles trinar, antojáseme que lloran, que entonan en su arpegiado lenguaje toda la gama de su tristeza, de su dolor...

Creo que es una gran crueldad encerrarles en jaulas, en esas estrechas prisiones.

Ellos han nacido para volar, para saltar de rama en rama, para gustar de libertad, para trinar, trinar en los espacios; para abiertamente poder cobijar bajo sus alas, bajo su plumaje, a sus tiernos hijuelos.

Yo tengo un compañero. Es un pajarillo parlero, alegre y revoltoso; «mi dulce revolucionario», le digo yo. Él me alegra en mis horas de amarga tristeza. Revolotea en la verde enramada; salta a la araucaria que está en el centro del patio, juguetea en el enrejado de las galerías, se posa ufano en el jazminero y mira de hito en hito, alza el vuelo y se va... Pero torna otra vez. Se llega hasta mi mesa, salta a las sillas, al piso, pisotea los libros y me dispersa las cuartillas y luego, burlón, se va trinando, trinando... Luego ha de tornar.

Días hay que no lo veo, que no viene a revolver, a alterar este silencio que caracteriza a mi patio vetusto, siendo su ausencia como siento la ausencia de un ser querido... ¡Dichoso él, que puede volar... que puede ver con sus ojos tantas maravillas!

56. Los campos mustios de mi tierra¹⁰⁵

No sé por qué hace tiempo pensé en escribir algo que se relacionase con la tristeza de los inmensos baldíos que circuyen a mi pueblo amado, pero otras tantas veces he desistido de escribir sobre tal materia; vasta, por cierto, pues creo imposible plasmar las impresiones de dolorosa decepción que embarga el ánimo al contemplar a estos campos vastos, incultos, infecundos, faltos de vida...

Allá, por la carretera, al volver un recodo, vese la magnífica vista de este pueblo de mis amores. Es bella, bellísima. Parece una isla de verdura. Aquí y allí, salpicada por verdes variados, por copos verdes de arbustos arropados... Los trigales ofrecen a mi cielo lechoso sus espigas tiesas y reverdecidas. Las casas, cual blancas palomas, forman un bello conjunto: se ofrecen en grupos, en parleras bandadas y luego, como surgiendo entre bellos campos verdes, se alzan las blanquísimas gañanías, los establos, los pacíficos albergues de los laboriosos cultivadores de los campos.

Tiene mi pueblo un aspecto bello. Parece surgido de entre peñascos volcánicos, de campos misteriosos, como una sonrisa primaveral.

105 Escrito en Telde, en mayo de 1922. Publicado en *Defensor*, 21 de agosto de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 99-101.

La carretera es ácida como un páramo, yerma; tiene un gesto de potencia; tiene mucho de trágica.

El mar besa rumoroso su base, despidiendo su olor característico, y embiste al acantilado; a veces, con satánico furor.

Su numen agreste, escabroso, nos da esa sensación de indecible pavor que llevan impresas las cosas trágicas. Las alturas imponentes de sus murallas cortadas verticalmente, llenas de resquebrajaduras, de repliegues, de ondulaciones, parecen próximas a desplomarse.

Y el mar rumoroso va cantando a sus plantas la eterna salmodia y sobre el manto azul se deslizan, cual blancas gaviotas, las ligeras barquillas llenas de pescadores.

Las playas que la rodean por la izquierda son lisas y llanas a veces; otras, llenas de tragedia, de misterio, de soledad... Y aquí y allá se elevan pequeños promontorios, rocas de formas variadas donde las ondas marinas se estrellan elevando al cielo, como efluvios de cariño, su blanco y blando polvillo, sus gotas diminutas que los rayos del sol descomponen en bellísimo iris.

Todo es belleza augusta. Majestuosidad en torno a mi Telde. Hasta la proximidad de un cráter, la imponente majestuosidad de un volcán extinto le sombrea como un saludo del arcano.

Es el pueblo como la tierra de promisión. Se llega a él después de haber pasado su trágica carretera, aunque tiene parte de exótica.

Un pago, Jinámar, se encuentra próximo al pueblo. Tiene por esta parte la carretera un gesto de belleza coquetil. Sus árboles, altos y empinados, parecen el vigía que anuncia a las generaciones el porvenir que

les aguarda. La pequeña iglesia tiene ante sí una planicie, una plataforma —la plaza—, y a su vera un muro donde descansan los vagos y los labriegos cuando han terminado su cotidiana tarea.

Ya por esta parte, el mar ha huido, se ha alejado como si fuese puesto expresamente para aparecer solo en compañía de lo agreste, de lo misterioso, de la soledad augusta de las tragedias del espíritu, como si su misión fuese tan solo presenciar las cosas grandes que se efectúan a través del espacio y del tiempo...

Ahora tan solo veo campos yermos, donde las margaritas y las amapolas muestran sus corolas bellas.

Y ya aproximándome, acercándome al pueblo, veo estos jables, estas estultas planicies donde de vez en cuando surgen, brotan, renacen verduras oscuras, llenas de fealdad; que, como manchas patológicas, adornan a los campos que rodean al pueblo y que callan eternos en su mutismo...

Qué tristeza contemplar la grandiosidad de estas extensiones llenas de misterio. ¡Qué magnífico a la par que trágico cuadro nos ofrece la contemplación de los campos mustios!

57. ¿Qué sueñas?¹⁰⁶

Siempre que el sol se rinde en su carrera
la virgen selva enluta sus paisajes;
y hay pláticas de viento en los follajes,
besos de amor y apóstrofes de fiera.¹⁰⁷

Cuando el sol se oculta allá, en el ocaso..., cuando comienza a dormir, sus dulces rayos oblicuos se extienden sobre la tierra como para darle el postrer beso de amor; y, tras las rojas montañas, se oculta somnoliento y triste, lanzando furtivos destellos de luz rojiza... ¡Así se duerme el sol!

Y la tierra arrulla su sueño al verle dormido, con los suaves musiqueros de la brisa, con los dulces quejidos del follaje..., con las suaves deslizaciones del torrente que manso cruza el follaje de la umbría...

El paisaje se llena de sombras y también duerme mecido por el viento, que platiquea con las ramas de los árboles... ¡Y aparece la luna dando encantos a las horas primeras de la noche! ¡Cómo besan las secas hojarascas al césped, al prado!; cómo la luna con sus pálidas luces va acariciando las plantas...; va besando, risueña y grácil, las aguas del lago...

Y siempre que el sol se oculta, cuando se rinde en su carrera, los campos se llenan de sombras y se ven las siluetas del paisaje confusamente, y vagas..., y la

106 *Defensor*, 1 de septiembre de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 102-103.

107 Se trata de una estrofa de la tercera parte del poema «La voz de la selva» del poeta peruano José Santos Chocano, incluido en su poemario *La selva virgen* (1898).

selva llena de luto, como una joven viuda; y el campo pierde su encanto... Todo él es sombra, es silencio, es dolorosa quietud...

En estas horas, es cuando se sueña...; y las ramas de los árboles parece que nos preguntan qué soñamos, y los mansos quejidos de las aguas nos llenan de encantos, de ensueños...

—¿Qué sueñas?

—«¡Cuánto dulce misterio

vaga sobre la cumbre de los montes,

se ensancha en los gloriosos horizontes,

pasa de un hemisferio a otro hemisferio!». ¹⁰⁸

108 Se trata de una estrofa del poema «Ángelus», de José Santos Chocano, incluido en su poemario *Azahares. Notas líricas* (1896).

58. La playa en la tarde¹⁰⁹

Tarde llena de sol. Allá, a lo lejos, una barquilla va bogando. Aquí, junto a un grupo de variados matices, se descubre la sonriente y bella playa de Salinetas. En animada conversación, las horas transcurren; y al dejar este bellissimo paisaje marino, siento en mi pecho una angustia indefinida. El Mar, ese mi dulce amigo, ese gran artista, ha estado ante mis ojos y ahora he de dejar de admirar tan sublime cuadro para tornar a mi pobre casa, donde tan solo hay silencio desesperante y estrechez de bellezas.

He pasado unas horas viendo sucederse las olas en su eterno vaivén; y cómo el sol al aire, al querer ocultarse en el seno de las lejanías, cubre a las lejanas mesetas con un manto de cadmio y a las azul verdosas aguas de este inmenso Atlante le presta sus últimos destellos, sus rubios matices, su mortecina luz.

Y las ondas sonoras yerguen arrogantes y embisten al acantilado, y juegan con los bañistas que, junto a la rada y desde las rocas denegridas, se lanzan al mar y se abrazan a sus aguas, haciendo que se produzcan ondulaciones y remolinos; y que, divididas en gotas diminutas, a modo de blanco polvillo, borden

109 Escrito en Telde, en agosto de 1922. Publicado en *Defensor*, 9 de septiembre de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 104-105.

las crestas de las olas y las circuyan como un nimbo de pureza.

El Mar, la Playa, la Tarde.

Los grupos de chicas que juegan en la arena. Los que espectamos. Los bañistas que juegan junto a aquel pequeño promontorio. Las casas salpicadas aquí y allí, como blancas velas en la inmensidad azul. Los que gozan de las delicias del mar, de sus mágicos sonidos, de sus ímpetus, de la brisa sana y pura. Los que indolentes se recuestan en sillones, en los muros, en la arena, y siempre miran al mar, a esas luces tenues y pálidas que van dejando tras de sí la huida del astro bueno.

Todo ofrece un cuadro bellissimo. Yo, reclusa en estos instantes en mi claustro interior, siento cómo mi ser calla y rinde pleito homenaje a tan bella canción.

59. Interiores. Anverso¹¹⁰

Sentada a la puerta de mi humilde choza, esperé largo tiempo al AMOR.

Prestáronme sus caricias los rayos del pálido astro; sus estremecimientos, las flores; su suavidad dulce, el alba naciente; sus blandos quejidos, las aguas de las ninfas...

Esperé largo tiempo...

Por fin, llegaste tú, con una promesa de amor en tus ojos, en perpetuo sueño y aleteos de ilusiones en tu corazón.

Llegaste, por fin...

Mientras tanto, yo, reclinada en el alféizar de la ventana de mi pobre residencia, dormitaba y en sueños sonreía.

Tú llegaste hasta mí y pusiste en mi mano el simbólico mirto y una corona de ilusas rosas en mi corazón...

Desperté... Estaba desasosegada. Pensaba verte en esa realidad tangible con que soñara y... tú no estabas. ¿A dónde habías ido? ¿Por qué huyes y no te presentas ante mí en estas horas de angustia?

Mi pasado no existe, se extinguió, fue un pasado incierto, vago, lleno de desencantos y de inconsistencias. Sin ti, mi vida es un caos inexplicable. Todos mis mundos interiores han encontrado un astro alrededor

110 *Defensor*, 21 de septiembre de 1922, pág. 1.

del cual giran. Todo el universo de mi ser gira en torno a ti.

Tú fuiste el que enseñaste a mi alma a estremecerse de emoción y a mi voz temblar con las lágrimas.

Y si te alejas, y si retrocedes, y si me huyes, y si me abandonas, no daré un paso en pos de ti; quedáreme triste, abatida, llorosa y silenciosa, llena de esa incertidumbre que sigue a la ilusión frustrada; quedáreme con los ojos fijos, en suspenso de mi ser, solo pendiente del roto hilo del desencanto.

Y cuando la mañana aparezca riente, me hallará inmóvil, presa de ese dolor supremo y sin nombre. El corazón oprimido por la intensidad de este dolor y mi alma desde el primer momento, abandonando esta vestimenta corpórea, se habrán ido contigo.

Y todo al rodearme se borrará de mi muerta ilusión..., de la ilusión extinguida, espumada, perdida... ¡Ida para siempre!

60. Mi choza inhospitalaria¹¹¹

Viajero, sigue tu camino. No te detengas a las puertas de mi choza. Es inhospitalaria mi mansión. Está la puerta cerrada. No te detengas. ¿Por qué llamas, viajero? ¿No ves a través de los resquicios de mi choza cómo surgen las sombras, cual fantasmas envolviendo en un ambiente frío y doloroso a mi vivienda? ¿No te da frío, no te causa pavor esta dolorosa soledad, esta gelidez desesperante que se alberga en mi pobre, silenciosa y sola habitación?

Si abriese mi puerta, te rodearían las tenebrosas sombras que en ella se albergan...; y estos fantasmas intangibles te llenarían de espanto, de terror y odiarías la vida. ¿Sabes quiénes son esos fantasmas? Son mis delirios muertos, mis ilusiones perdidas, mi extinta risa alada y misteriosa que me impresionó alguna vez. Estos fantasmas son viajeros peregrinos: mi sed de caricias, mis poderosas ansias de primavera, mis muertas esperanzas, mis extintas ilusiones, mis dulces respiros, mis ideales no comprendidos, mis deseos de ser buena, mi fe muerta como una flor deshojada..., mis estremecimientos de amor.

Aquí yacen mil cosas que me son familiares, que me son muy queridas, cosas que tú no buscas, que no

111 Escrito en Telde, en agosto de 1922. Publicado en *Defensor*, 25 de septiembre de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 106-107.

comprenderías; aquí está el tósigo que va ahuyentando mis días.

Mira, buen amigo, a lo largo del camino cuántas puertas están abiertas y cuántas se abren. ¿No ves cómo irrumpen, grácil y alegre, la luz y la dicha de las chozas vecinas? ¿Cómo canta en ella triunfadora y alegre la primavera risueña y gentil? Ve, viajero, hacia esas puertas abiertas, no esperes que te abra mi puerta... ¡No puede ser!

Déjame aquí, a solas con mis fantasmas dorados, con mis recuerdos, y ve tú, dichoso y feliz, en busca del sol, de la luz y de la alegría... Ve hacia la luz, ve hacia las puertas francas. No rondes mi negra choza, es inhospitalaria.

De par en par, las puertas de mi choza estuvieron abiertas, pero se han cerrado para siempre; la desesperanza, el desencanto echaron en ella los cerrojos de lo imposible.

Es tarde, viajero. Ve hacia aquella encrucijada, deja de golpear en mi choza. Vete. Es imposible que en ella halles hospitalidad. ¿No ves que he muerto? ¿No ves que tan solo soy uno de los fantasmas que habitan mi misteriosa morada?

Vete, vete, que ya la noche avanza y van a salir los fantasmas de sus concavidades y profanan de dudas, de incertidumbres, de dolores, el ambiente campestre.

Vete. Yo haré crecer abrojos y zarzales en el sendero que a mi morada conduce para hacer perder a otro peregrino, a otro viajero, las huellas de esta mi fría choza, de esta mi inhospitalaria morada, de esta llena de incertidumbres, de desasosiegos, de esta imposible región.

61. La venganza¹¹²

Si deseamos que se nos juzgue con benevolencia, hagamos todo bien a nuestros semejantes. La venganza es indigna de espíritus nobles. Los rezagados, los ignorantes, los espíritus mezquinos son los que se sienten impulsados a la venganza. La venganza es una pasión depravante y depravada; debemos proscribirla. Los grandes de espíritu han lanzado lejos de sí ese vaho inmundo.

Cuéntase de Licurgo, gran legislador espartano, que, por haber dictado leyes contra el lujo de las clases nobles, se vio perseguido, llegando uno de sus perseguidores, el altanero Aliandro, a saltarle un ojo con un palo. Licurgo mostró a la multitud su rostro bañado en sangre y el ojo que le habían saltado. Sus conciudadanos se sonrojaron, sintiendo vergüenza ante tamaño atropello, y le entregaron a Aliandro.

Licurgo lo retuvo a su servicio mucho tiempo, le trató con amable fineza, llegando a convertir al altanero y pendenciero Aliandro en un hombre de bien, bueno y prudente.

Y en verdad, cuando se lleva a efecto la venganza, se satisface un apetito, pero luego, cuando se reflexiona,

112 Escrito en la Villa de Agüimes el 21 de septiembre de 1922. Publicado en *Defensor*, 30 de septiembre de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 108-109.

se siente vergüenza. La conciencia no puede permanecer tranquila, sin afectarse. Tiene que sublevarse contra nosotros mismos.

Los que miran las ofensas «intencionadas», tal como ellas se merecen, es decir, sin deseos de vengarlas, se elevan sobre ellas, puesto que las consideran como viles despojos de abortados monstruos. Los que perdonan se elevan como águilas escalando los lugares más elevados; los vengativos son reptiles que sucios van arrastrándose por el fango y por el lodo, que es su elemento.

Lancemos lejos, muy lejos de nosotros, tan abominable pasión.

Elevémonos siempre y miremos alto; la vista del lodo mancha la pupila.

62. Telde.

Mi pueblo amado¹¹³

La naturaleza —ha dicho un escritor contemporáneo— dilata nuestro espíritu con la amplitud de sus panoramas y, libertándonos de la presión social, nos da una sensación de suprema y definitiva armonía...

En el sereno y apacible rincón de mi pueblo, constantemente reverdecido, siento desligarse mi vida con una serenidad suave y vaporosa, como las nubes del tranquilo amanecer.

Y hallo en todo lo que me rodea un suave encanto, una atrayente simpatía que hace inclinar mi espíritu hasta ellos, hasta todo.

Nada echo en falta en este rincón sombreado por las flexibles hojas de las cimbreadas palmeras y por la poesía de sus nubes cuando las horas calladas y silentes del mediodía —cuando el astro rey en su cenit parece el apartado guardián del día, cuando todo duerme la siesta—, silenciosa y sola en mi cuarto, [me] ponen en íntimo contacto con los seres que fueron, con las populosas urbes... con los «grandes de espíritu».

Páginas hay que llevan a mi espíritu las rebeldías; los ajetreos de las vidas estruendosas de las gentes que viven aprisa, que gustan de anhelos inefables que consigo lleva el silencioso reposo de este lugar de mis

113 Escrito en Telde. Publicado en *Defensor*, 9 de octubre de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 112-113.

delicias. Las escribo. Ellas son, ¡oh, páginas!, la dulce visión de estos lugares de ensueño, de vaporosas visiones del alma concentradas... Son el vislumbre de mis sueños callados, de los que rondan mi fantasía, de los que vagan mustios y dolientes por los verdes campos, sobre las tranquilas aguas de los estanques vecinos...

Sed, líneas mías, como el suave aleteo de la ilusión que difunde lenta y suave sobre estas almas llenas de juventud y, como quien dice, llenas de amor, de ensueños, de poesía, de aromas, de fulgurante luz...

Para todos, en fin, quiero escribirlas; quiero que lleven a los espíritus de mis amados teldenses el tranquilo afecto que a ellos consagro al dedicar mi cariño a mi amado terruño.

63. La voz de mi bandera¹¹⁴

Yo soy lo que vosotros queréis que sea. No soy «la bandera», sino la sombra de vuestros actos. Soy luz y sol. Oscuridad y tinieblas. Soy lo que deseas que sea. Soy amor y odio, según la sombra que vosotros proyectéis. Soy lo no conocido. Soy el Misterio. Cobijo bajo mi amplio manto la honradez y la estulticia, el placer y el dolor, la nobleza y el crimen. Soy un autómeta. Soy el verbo. El alma del Ser, la esencia de la idea. Soy la resolución. Soy paz y lucha. Soy igualdad. Soy lágrimas y sangre. Mis colores, rojo y gualda, son vuestro sueño. Vivo entre vosotros, hijos míos, como alegre rayo de luz que vivifica vuestras almas. Soy rayo de sol que les da energía. Al emprender vuestra tarea, si cruzáis ante mí, me saludáis cariñosamente, cual un hijo saluda a su madre, con terneza y amor. A veces, cuando os veo trabajar con amor, con entusiasmo, me siento orgullosa de vosotros; justo es que así suceda, siendo como sois vosotros los que formáis mi gloria. No soy el trozo de trapo que ondea. Soy vuestra efigie. Soy vuestra sombra. Soy la lumínica estela que dejáis a vuestro paso. Para que yo exista, preciso es que me améis. Amadme y viviré entre vosotros. Anhela ser

114 Escrito en Valleseco el 3 de octubre de 1922. Publicado en *Defensor*, 23 de octubre de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, pág. 114.

fuerte, ser grande, ser noble para que lo sea yo. Persigue un ideal grande y digno y mi asta se elevará en el espacio hasta rasgar las nubes. Amadme, hijos míos, para que améis a vuestros semejantes, que son otros tantos puntos que proyectan su sombra, que soy yo. Amadme a mí en ellos y a ellos en mí. Escuchad mi voz, que es la voz de la patria, y la patria es abstracción, la abstracción es verbo, es la esencia de la vida.

Escuchadme, hijos míos, amadme. Oíd mi voz, que es la vuestra.

64. Ante todo lo amado¹¹⁵

Si a cambio de mi amor a la lectura
viera a mis pies todos los tesoros
del mundo, rehusaría el cambio.

François Fénelon

Los libros son nuestros más íntimos, más amados amigos; son el lenitivo de nuestros dolores, el incansable compañero que nos acompaña en las tristes horas adversas... Jamás he sentido nostalgia que los libros no la hayan hecho desaparecer. Siempre que he sufrido, cuando he sentido la disolución, el desencanto de la vida, he recurrido a los libros, a esos eternos compañeros del que sufre, a esos insustituibles amigos del mortal que ve morir; sí, que ve morir una tras otra sus ilusiones. ¡Amigos de los desengañados, qué buenos sois!

En la lectura, en esa íntima unión con el pasado, es donde se halla ese consuelo que las personas que nos rodean no pueden darnos; esa resignación que no conseguimos militando con nuestros amigos materiales. Nada hay como el libro. ¡Cuántas lágrimas nos ha ahorrado! Nunca cambiaría mi inextinguible amor a los libros, a las sanas lecturas, aunque se me ofreciese una Babilonia; jamás cambiaría mi profunda e íntima afección a las letras por todo el oro, por todas las riquezas del mundo. En la placidez de las horas, el

115 Escrito en Las Palmas el 3 de octubre de 1922. Publicado en *Defensor* el 27 de octubre de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 115-116.

libro nos acompaña, lo mismo que en aquellas tristes horas del desengaño, de la desilusión, del martirio...

¿Qué mayor encanto que estar junto al mar, viendo el arrullo de las ondas, sintiendo el beso de la brisa acariciadora, contemplando las nubes blanquecinas que, a intervalos, trazan su silueta por los celestes espacios y sobre nuestro corazón, así, abrazado a un libro de los que nos pone en comunicación con el viajero, con el ausente, con el que fue y hoy reposa bajo el mármol frío?

¡Así, contemplando siempre todo lo sublime! ¡Qué dicha estar así ante lo amado!

65. Trémolos¹¹⁶

Gotas de agua...

Y oí: «El amor del sol nos elevó hasta él, irisándonos con su centelleante luz. El amor del sol nos sacó de las olas del inmenso mar y nos purificó de sus sales. Los vientos suaves nos lanzaron por rutas distintas. Las brisas mansas nos cogieron entre sus alas y nos llevaron por ciudades y villas, por pueblos y aldeas, por campos fecundos y páramos yermos. La montaña nos recibió en su regazo y se abrieron sus senos para darnos lecho. Los cierzos nos tornaron cristalillos microscópicos. El calor del sol nos purifica y nos hace gozar. Los rayos ardientes del astro bueno se descomponen a nuestro través. Y nos recreamos en los prados, en los valles, en los campos. Y las fuentes y manantiales nos recibieron dándonos un lecho amoroso. Y rociamos a las flores de las selvas, de los jardines, y ascendemos por sus tallos, en savia convertidas, hasta llegar a sus bellas corolas donde llegamos a producir las más bellas irisaciones».

El viento...

Bajo la bienhechora sombra de los altos árboles seculares y en su tronco reclinada una bella tarde de estas,

116 *Defensor*, 16 de noviembre de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 117-118.

grises, oí la sonora canción del viento que, entre las ramas, platicaba.

El sol se hundía en las cumbres lejanas sembrando de nostalgia el ambiente rural. Y a mí la tarde, en su silente quietud, en su apacible soledad, parecíame la tarde de otoño más bella que de sí puede dar la estación... Y fue, porque a la nublosa y tranquila serenidad de los árboles milenarios alguien —fue el viento— susurró a mi oído su canción; no, su epopeya. Y vi la epopeya gloriosa del viento que, rasgando las ramas y triunfante luego de haberse dejado oír, se perdió en el confuso tumulto de sombras primeras, de tenebrosidades lóbregas que la noche impasible trae consigo. Y el viento cantó: «¿Oyes voces confusas, lamentos y ayes, suspiros y besos?», «¿Oyes arrullos, canciones, evocas recuerdos lejanos?», «Soy yo que, conmigo, los llevo, dejando a mis espaldas el sarcasmo y la burla del quererlo retener», «Mi fin está allí»...

Y fuese en pos de su sino, dejando en la tarde un dejo de melancolías sombreado de tristuras el ambiente del campo tranquilo y feliz... Y yo, reclinada —indolente— en mis pobres cuartillas, con los ojos fijos, pensaba y seguía la ruta que el viento señaló. Pero... no le vi. Se confundió con la otra arboleda, dejando tan solo a su paso el sarcasmo y la burla del deseo de quererlo retener. La tarde murió. Tan solo me acompañaba la sombra que vagamente trazaba las siluetas de las ramas, de las hojas.

Sombras...

Dejad que se acerquen, dejad que se lleguen hasta nosotras. Son las soberanas sombras fantasmales

blancas, negras, grises, que en confuso tropel hasta nosotras vienen. Dejadlas, dejadlas. Somos dichosas al recibir su nocturna visita. Llegan hasta aquí con sigilo. ¿Nos traerá mensajes? Ellas son las deseadas, por las que nos gozamos la placidez de las horas del silencio de sepulcro. Ellas vienen hasta nosotras. Son portadoras de callados mensajes.

66. Tu retrato ante él¹¹⁷

Ante mi vista está tu retrato. Lo tengo a la izquierda sostenido, por su extremo superior, por la bronceada mano de una figurilla africana.

No sé cuánto tiempo lo he mirado queriendo que hablaras. Creyendo que lo harías.

Pero calla él. Es como una estatua, de frío. No hay ni siquiera un aleteo de vida. Me mira con una imperturbable serenidad retadora.

No sé qué pensabas cuando fue improvisado. No sé lo que tu pensamiento dijo.

Ahora calla y en silencio me acompaña en estas horas solas de eterna ausencia, siempre digno. No se oye ruido alguno. Solo de vez en cuando es interrumpido este nocturno silencio por el bufido del felino o por el grito del mochuelo que agorero lanza al viento sus quejidos.

Pero tú, con esa mueca despectiva —que para el prosaísmo de la vida modulan tus labios— y con los ojos fijos no sé en qué punto del espacio, me haces concebir poesías que de ti nacen como saludos al pasado, como sellos del presente, como glorias del por-

117 Escrito en Telde. Publicado en *Defensor* el 30 de noviembre de 1922, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 119-120.

venir. Y arrogante, erguida tu figura, pareces hallarte en sublime apoteosis. E interrogas silenciosamente. La figura bronceada señala con su índice tu esbelta silueta y altiva frente, me mira muy fijo, cual si pretendiese escudriñar mi espíritu. Pero tú callas. Solo se nota la despectiva mueca que simulan tus contraídos labios como un rictus de sarcasmo a la prosaica vida.

Entre tanto yo, escribiendo, créome acompañada por la poesía que de tu silueta mana como una nota discordante a lo que hay a mi alrededor.

¡Y, entre tanto, la figurilla de bronce me sigue mirando con sus ojos negros como los abismos del dolor!

67. Dedicatoria¹¹⁸

A la memoria de la bondadosa Carmen

¿Qué importa que florezcan los rosales, que los árboles se vistan de su ropaje verde, que los tréboles de marzo florezcan y alegren las praderas...? ¿Qué importa que la crisálida, abandonando su envoltura, se convierta en alada mariposa de vistoso color y que alegre en la campiña con sus efímeros vuelos...? ¿Qué importa que el tiempo de la canción sea venido y que los cantores del campo lancen al espacio sus trinos...? ¿Qué importa todo eso? ¿No es cierto que una nube, una sola nube de tristeza que empañe el cielo del alma, decolora, entenebrece y cubre a toda la tierra más que ejércitos, regimientos o escuadrones de nubes preñadas de tempestad, aunque vengan cabalgando en zigzagueantes rayos, en eléctricos horizontes o sobre relampagueantes carámbanos?

La bienamada se fue dejándonos con un ansia poderosa de volar a su lado. Y desde su ida, desde que abandonó la tierra dormida, para nosotras (las que tuvimos el placentero goce de conocer su bondad) es un sueño; un sueño presente y lejano, tan lejano como esas grises nubes que en estas tardes grises cruzan el campo triste y frío yendo a esconderse allá, sobre el

118 Escrito el 24 de enero de 1923. Publicado en *Defensor* el 30 de enero de 1923, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 121-123.

pedestal, donde se alza el lecho del sol, levantado por la eminencia de la cumbre y envuelto en un sudario albo como el alma de la ida virgencita de mirada tierna y ojos melancólicos, blanca y honesta figura pensativa embellecida por el fulgor de su frente cándida, de su frente pálida besada por las brisas marinas y por el viento amante de la pureza virginal de la buena amiga, bella como una monja con los brazos cruzados sobre el pecho y la faz anhelante, cual si quisiera beber en silencio la fuente del amor, extática, figurita amada, para ornar el respaldo del reclinatorio o el vano del balcón abierto ante el misterio de la tarde silenciosa en el augusto esplendor de su grandeza arcana... En la hora vaga y mortecina, presiento cómo el crepúsculo circunda como un halo de luz la frente virginal de la azucena doblada por el huracán y la estrecha, la aprisiona, la abraza compulsivamente como las sombras estrechan a los árboles, a los campos, a las fuentes cristalinas...

Y yo quiero buscar, a través del hieratismo de lo eterno, en la vida, «la capilla más sola»... Para ahí, lejos del tráfico de la vida, del prosaico vivir, abreviar a mi corazón del pasado, que son recuerdos siempre amados, y gustar de sus tristezas.

Volveremos a vernos, sí, volveremos a encontrarnos, pero no será aquí en esta vida, no será aquí en estos campos, no será en este valle del dolor, sino en la mística sombra de la dicha paradisiaca, en la nueva Jerusalén de la que nos habla el evangelista en el Apocalipsis, en la celeste región de amores eternos, de los afectos nobles ya purificados, ya limpios de toda mácula.

Entre tanto, como el poeta, en el templo de la vida:

Busquemos en la nave silenciosa
la capilla más sola, más distante,
donde no haya más luz que la dudosa
de lámpara oscilante.¹¹⁹

Una palmera solitaria, que cimbrea a impulsos del viento dando sombra a la tumba, bebe en la fuente de salud y de vida por sus raíces, ritmos de amor a la augusta paz sepulcral. Ya entonces, habrase alzado el perfume de la mirada y del incienso, el oriental perfume habrá surgido misteriosamente en torno del silencio para extenderse luego laxamente como el suave aroma de virtudes. Ante el recuerdo, el cementerio. Bajo la pátina de sus años, se me asemeja a un jardín dormido. Y el verdor renovado de los compañeros de los idos se hace más claro, como si pretendiese lograr la diafanidad de la luz dormida sobre las tumbas calladas...

El ciprés y el mirto florecen —uno, como símbolo de verdura; y el otro, como símbolo de juventud— sobre la sagrada tierra donde descansan tus restos amados, formando tu sudario sempiterno.

Yo quiero llegarme hasta allí. Quiero allí rezar entre las tierras húmedas y, con las denegridas piedras, ungidas por la pátina del tiempo, dialogar con ellas a mi

119 Se trata de una estrofa del poema «La rueca», del poeta madrileño de ascendencia murciana Ricardo Gil García (1853-1907). De hecho, esta composición apareció publicada en el *Diario de Murcia* del 22 de febrero de 1898.

antojo y buscar en lo pretérito, y henchir mi espíritu del pasado, y llenarle del recuerdo, de lo pretérito triste que ya he puesto y dejado su huella en mi corazón.

68. El hogar¹²⁰

El hogar es la salvaguardia de la patria. Él hará santos o malvados. El hogar ordenado, donde la virtud sea la égida, esa es la mejor escuela. El niño, por ser la más hermosa alhaja del hogar, es el principal cuidado de los padres en la educación. Un hogar disciplinado hará niños disciplinados. El hogar se verá en el niño como un trasunto fiel. Y no se tema que salgan agostados o abortados los ejemplos que vea, ni las imitaciones que siga. El niño no sabe disimular como el hombre, porque ni sus facultades intelectuales están lo convenientemente desarrolladas ni en su corazón ha llegado a echar raíces la simulación. Ese virus social que envuelve en sus lacras a media humanidad.

Abre por vez primera sus ojos el niño en el hogar. En el hogar se provocan sus primeras sonrisas. En el hogar comienza a ver, a observar. En el hogar se desata su lengua y allí, con las primeras caricias, recibe las primeras impresiones, las cuales han de grabarse de tal modo en su alma que él no podrá jamás olvidarlas. Y esas mismas impresiones obrarán de modo tal que vendrán a determinar su futura individualidad. Es en el hogar donde el niño ve buenos modales. Es en el hogar donde el niño comienza a imitar. Y sigue e

120 *Defensor*, 2 de febrero de 1923, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 124-127.

imita lo que hacer vea, sea esto bueno o malo. El niño no discierne lo suficiente para distinguir cuáles son buenos actos o cuáles son malos. El niño ve hacer y hace. Al hogar, cabe, pues la responsabilidad.

Y si es el hogar el pequeño mundo del pequeñuelo, si en el hogar es donde el niño concentra su más amplia visión de la vida, preciso será que los modelos que al niño se le presenten sean buenos o loables. Si es en el hogar donde el niño presiente los primeros aleteos del vivir, llevemos allí, al hogar, los ejemplos más sanos, pues sabido es que el ejemplo es el mejor maestro, sobre todo en la edad pueril. Al hogar cabe, pues, la más noble y santa de las ocupaciones, la más noble de las misiones: la misión de educar. Pero no se piensen que hemos de comenzar a educar cuando el pequeño aumente en años, no. Debemos empezar desde la cuna. Desde que el niño comienza a sonreír, desde que por primera vez abre sus ojos y se estremece al sentir las caricias maternas; desde ese momento, es llegada la ocasión de educar, de comenzar a inyectar en su ser el néctar que le nutre de la educabilidad. Desde que el niño fija sus pupilas en un punto del espacio y tiende sus débiles manecitas hacia la que le dio la vida, hacia la que le dio el ser, desde ese momento ha llegado la ocasión de comenzar a formar el ser moral del niño. A la madre le está encomendada la difícil tarea de formar el corazón del niño. La madre es la que tratará de formarlo en su triple aspecto fisiológico, moral y sociológico.

El niño hará en el futuro lo que hacer vea en el hogar. Y no se piense que el infante transforma las impresiones que recibe. Su facultad comprensiva no está lo conve-

nientemente desarrollada para alterar o componer. Entre los primeros alineamientos de su inteligencia, grabaránse indelebles las impresiones para, una vez bien elaboradas por la savia que el tiempo les legó, convertir en propias las sensaciones recibidas. A su tiempo, dará el ejemplo frutos completos. El hogar es, pues, el único responsable de lo que ha de ser más tarde, en un mañana no lejano, el hombre, elemento integrante del conjunto colectivo [de la] sociedad. Ensalcemos las virtudes domésticas para que más tarde hallen en el niño campo fecundo las virtudes cívicas. Grande es el poder del hogar y la sugestión de este. El niño ve en su hogar el templo donde elevará, en holocausto, la esencia de la virtud de sus progenitores.

Si queremos paz, dicha relativa, creémosla. ¿Cómo? Formando hogares. La familia ordenada es la sociedad pacífica y progresiva, es la patria rehecha. El desorden del hogar trae como inmediata consecuencia la podredumbre de la sociedad. Y peor es aún cuando el desorden es ocasionado por ausencia de la virtud y preponderancia del vicio. Así, y solo así, se concibe el hogar como la antesala de los ámbitos infernales. El hogar sin religión, el hogar inmoral, no es hogar. Es, sí, una escuela obligada de vicios, de vetas, de miserias sociales.

Los juegos, el lenguaje, un acto nos revelan en el niño qué educación recibe en el hogar, qué ejemplos ve, qué rasgos son los que culmina en su hogar. ¡Mirémosle jugar! Observemos a un pequeñuelo cuando, en sus juegos, solo charla alegremente con el prisionero de su jaula; cómo se pone en íntimo contacto con su lebel, cómo juega con el felino... cómo conversa con

las plantas, con las flores, con el juguete que le distrae... De su charla, de su lenguaje, de sus inocentes diverteos con los hilillos de agua que laxamente corren por la hierba, deducir podremos sin dificultad qué grado de educación recibe en el hogar. Él, involuntariamente, nos dice en sus actos la educación que, desde que abrió su espíritu a las maravillas, el hogar le ofreció.

Al niño le conviene ser bien educado en la familia, en el hogar, para ser luego, en la sociedad, un elemento útil. Es, pues, la preparación del niño el primer objeto de los padres, del hogar. Sobre todo, está principalmente encomendada, de un modo especial, esta preparación a los seres que más en contacto con el niño estén. Y como la madre es la que más tiempo está a su lado, de ella, pues, ha de recibir el niño las primeras lecciones de educación que vendrán a determinar su futura personalidad moral. Y es la madre la que ha de llevar al espíritu del niño esa savia que le dará la vida física también a ella al mismo tiempo; inyectarle podrá su savia y comenzará a educarle. Mas esto solo le está encomendado a la madre, a la que sin rubor pueda llevar ese sagrado nombre, bendecido por filósofos y poetas: «Educar a su hijo desde que por vez primera se estremece de placer a sus santas caricias».

El papel reservado a la mujer, alma del hogar, es de gran trascendencia. Surge grandioso como un presagio.

Es la madre casi única responsable de la educación de los niños; de formar a esos tiernos capullos de primavera y marcarles desde sus años primeros la ruta cierta.

Examinemos, pues, nuestros pasos para buscar por nosotras mismas el sagrado talismán que nos revele toda la ciencia de la vida que viene a reconstituir un verdadero hogar. Preparémonos, pues, para no desmentir el elevado concepto que de nuestra santa misión se tiene para llevar cumplidamente esos santos fines para los que hemos sido destinadas. Nuestra influencia será, entonces, decisiva. Ya [lo] cantó el poeta de las bellas estrofas, del numen potente, de lira de oro:

Llama siempre a tu madre cuando sufras,
que vendrá muerta o viva:
si está en el mundo, a compartir tus penas;
y si no, a consolarte desde arriba.¹²¹

Ordenemos la familia, el hogar. Seamos las transformadoras, la reacción igual y contraria al empuje disolvente que hoy impele a los hogares, y formemos con nuestras solas y propias fuerzas el espíritu de la futura sociedad, cuyos cimientos son los niños, esas primaveras sutiles del alma. Cumplamos nuestra misión. Formemos y fomentemos el espíritu verdadero del hogar.

121 Se trata de una estrofa del poema «El consejo maternal», del escritor y político argentino Olegario Víctor Andrade (1839-1882).

69. El viejo de las gafas¹²²

Era el viejo más simpático que conocí. Solía salir en las tibias mañanas de primavera con el sombrero hongo encajonado sutilmente. Gabán caído y pretencioso. Andar lento como un gran filósofo. Alguna vez me pregunté si aquel viejecito de afiladas manos, de rostro céreo, era el fruto de [una] leyenda romántica en estos tiempos de marcado realismo. Le veía cruzar a menudo ante mí. Y en los días grises del otoño, al irse a dormir el astro diurno lentamente, majestuosamente regresaba de su cotidiano paseo. Siempre con el hongo, con el gabán roído y pretencioso.

Pasó un mes, un mes frío de influencia invernal, y no le vi. Me preocupó no verle. No le conocía, no sabía quién era y, sin embargo, el darme cuenta era una nota que monótonamente se repetía en mi vida. En las cálidas horas de verano, más al atardecer, regresaba y andaba con más agilidad, y regresaba con su perro favorito y con el baído de su vejez. Y los tamarindos y las acacias y acaso los sauces llorones, al verle alguna vez cruzar el camposanto, le bendijeron. Yo sé que los blancos eucaliptos y los cipreses, incansables compañeros de los idos, musitaban a su paso por los lugares santos. Y el viejo, siempre con su paso lento y quedo, miraba las lechosas nubes que en abigarrado

122 Escrito en Telde. Publicado en *Defensor* el 28 de marzo de 1923, pág. 1.

conjunto cruzaban el brillante cielo. Y quizá en sus ojos brilló la llama fascinadora del recuerdo al soñar su muerta juventud. Cuando todo era luz, cuando todo era sol. Cuando no supo de amarguras ni de la desgana de vivir.

Y en la época primaveral —¡parece que le estoy viendo!—, [iba] con un haz de margaritas silvestres y de rojas amapolas para depositarlas, como trofeo victorioso de la fecunda tierra, sobre las tumbas de aquellos que no dejaron en el mundo quien les llorase al evocar su memoria.

En las horas de otoño cruzaba las fronteras y llegaba hasta la cantonera, donde iba contando uno a uno los minutos que el sol tardaba en dormirse en su blando lecho de espumas ideales y de encajes fantásticos. El viejecito, con esa constancia propia de su edad, iba dejando pasar el tiempo y no tornaba de su diario paseo hasta dejarle dormido en los brazos de la noche, cuyo sueño comenzaba a velar el véspero.

El viejecito, esa nota de mi vida, una vez —fue en el mes frío de las nieves— dejó de pasar ante mi ventana. Me preocupó su ausencia de aquel día. Pensé: «Tal vez ha enfermado». No sabía preguntar quién era él. ¿Acaso le conocí? Y pasó el mes de las nieves; vino la primavera risueña con sus rayos alegres de sol; llegó el verano ardoroso y se oyó el canto de la tierra; tornó el otoño, transición hacia el ocaso de los días, y regresó el nuevo invierno con sus árboles esqueletines, con sus páramos yermos, con sus cumbres nevadas, con sus cielos británicos... Y el viejecito no volvió. ¡Cuánto lo quise! Aun ahora, en estas horas de nostalgia, echo de menos al viejo, aquel viejo caritativo cuya alma

rebotante de poesía no fue comprendida más que por los muertos.

Y ahora, cuando en el cielo azul descubro aquellas nubes de otros tiempos atrás, acuden a mi mente en confuso tropel los lentos, los vacilantes pasos del viejo desconocido. Y me parece verlo extasiado ante el derroche de luz que en lo azul se extiende como un palio de oro.

Y en la hora mortecina, cuando el silencio impera, surge ante mí la silueta esquelética del viejo del gabán raído, del sombrero hongo, con aquellas enormes gafas ahumadas como ojos de nocturnas aves.

¡Viejecito, quien fueres!, si supieras cómo en estas mis horas tristes te recuerdo, cómo tú recordabas a los otros idos cuando depositabas en sus tumbas el humilde y glorioso trofeo de victoria que la piadosa tierra hacía germinar en sus entrañas: margaritas silvestres y amapolas rojas, [que] ante las tumbas silenciosas jamás se marchitan. Son «siempre vivas».

70. La tumba¹²³

Ante ellas, mis amadas

En el cementerio y ante las tumbas de aquellos que fueron y que hoy duermen su eterno sueño, pasé las horas de aquel inolvidable domingo. El cementerio es triste; mas ¿no es la tristeza de sus tumbas un atractivo, sobre todo para aquellos que en vida se amaron y que vieron roto el hilo de su idilio por la cruel e incllemente mano de la parca? La tumba es santa. Guarda el misterio de la vida en la muerte. Ante las tumbas, las mujeres se arrodillan en señal de veneración... La tumba es el estuche sagrado donde se guardan las santas reliquias de los que nos abandonaron. El frío de las tumbas es paradojo. El frío no existe sino en las almas. Cuando el cariño se enfría, cuando el Olvido sucede al Recuerdo, cuando la Indiferencia ha sustituido a la Pena, entonces sí que las tumbas son tristes, las tumbas son frías; entonces sí que el camposanto es lúgubre, sí que todo duerme allí el sueño del Misterio del cual no se despierta... De noche, el cementerio tiene atractivos. Atractivos del recuerdo y del dolor de lo que tanto en vida se amó, de lo que tanto se ama, más allá de la vida... y más allá de la muerte...

123 Escrito el 17 de diciembre de 1922. Publicado en *Defensor* el 13 de abril de 1923, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 128-129.

Ante la tumba de un pequeño no deberíamos jamás condolernos. Ante la tumba de un pequeño no deberíamos jamás llorar, llorar sí, por el disculpable egoísmo de quererlo ver a nuestro lado, pero al mismo tiempo sentir el placer de su ida... Él fue a formar la ilustre falange de los que rodean al Eterno. Él se durmió demasiado pronto y, ¡feliz él!, no supo de la ingratitud de los humanos... del dolor del vivir. Ante la tumba de un pequeño y sombreado por el suave blancor de pureza, no deberíamos nunca derramar llantos...

Ante la tumba —precioso estuche guardador de amantes restos— de un pequeño me detuve. Sus padres lloraron por él. Yo no pude hacerlo porque presentí sus parleros coloquios con sus iguales, los idos, en la mansión de lo Infinito. Entonces, ante aquella tumba pequeña, lloré mis años idos, mis años perdidos para siempre. Lloré mis infantiles días, aquella edad dichosa de intensas emociones, y comparé aquellos años con estos, aquellos días con estos, aquellas emociones con estas, y hube de convenir que, como la edad primera, no hay edad. En aquellos años, la vida era bella, encantadora, sin esta condenación eterna de un eterno sonreír... Ante las tumbas amadas, desaparece la farsa grotesca de la vida. Ante ellas, pues, me inclino.

71. El fracaso¹²⁴

Todos creemos en la vida sin fijarnos en que es una esfinge indenigrable¹²⁵ cuyo número positivo es la muerte.

Todos nos afanamos por alcanzar un ideal que no llegamos a obtener y ese afán por alcanzar lo que queremos nos amarga el vivir.

Porque la vida, esa esfinge grotesca, no nos dice nada de verdad. Solo cuando el límite de ella nos llega, nos grita para hacernos la única afirmación positiva: la muerte.

Y tanto luchar, y tanto afanarse para, en el dintel de la eternidad, saber la única verdad de la vida terrena. Y en aquel momento hemos logrado descifrar el enigma. Y de nada nos ha servido todo el trabajo. El enigma se descifra en la experiencia. Porque las experiencias son un maestro demente que, para no causarnos la muerte violentamente, nos va matando una a una las ilusiones. Así, al vivir, parece que, una vez muertas las ilusiones, ha cesado el manto y ha aparecido el fantasma del fracaso.

124 Escrito en Telde, en abril de 1923. Publicado en *Defensor* el 21 de abril de 1923, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 130-131.

125 Es posible que la palabra que debería aparecer sea «indenigrable».

Amar a la vida por ella misma es locura. Amar la muerte es como amar la vida eterna. Porque la muerte es el límite de la vida. Porque la muerte es el túnel que nos lleva a la verdadera vida, separándonos de la falsa vida. Y para vivir después, tenemos que morir viviendo la vida efímera y luego revivir [en] la vida inmortal. En la cual no hay enigmas, la cual no es esfinge, en la cual no hay negros fantasmas del fracaso. Porque el fracaso es la más alta expresión de esta vida terrena. Todo es fracaso en ella. Hasta la muerte es para ella un fracaso porque nos saca del engaño y nos enseña la realidad forjada en el yunque de la experiencia y, sin embargo, [en el] fracaso tras fracaso. Porque fracasar es ver morir la esperada realización de un sueño. El fracaso es un aborto de la ilusión. Nunca la ilusión llega a verse realizada; el fracaso la persigue y la frustra.

¡Cuántas veces mirando en lo azul del espacio hemos querido ver la soñada idea surgiendo entre las nubes de lechosos matices....!, y tendemos los brazos hacia ella para abrazarla, y los hemos tenido que dejar caer con desesperación: el fracaso se interpuso.

¿Qué importa el fracaso si al fin hemos de, por él, saber la gran verdad?

Y la verdad única, la verdad grande, la llevamos latente en nosotros mismos. Se manifiesta tardíamente.

¿Qué importa el fracaso si él es la solución al problema de la vida?

72. Realidades. Flores serias¹²⁶

Desde la balaustrada de un balcón vi, una vez, el sarcasmo de la vida. Y desde el alféizar de una ventana presentí, una vez, acaso el primer choque de la ironía de esa misma vida. Y descubrí, en el fondo de todo ese gran tumulto anónimo, una silueta que me sigue siempre, ya esté triste, ya esté alegre, ya sienta momentáneamente tristeza o alegría. Tal vez pensé que debo amar esa imagen recortada en el disco de la prosa. Y no la puedo amar. Acaso porque es ironía y sarcasmo; acaso porque es bastardo de la vida.

Desde la portada de una casona antigua distinguí, en una noche de clara luna, la placidez del bien vivir; teniendo por techo el artesonado de los cielos con sus luces siderales y por vivienda el campo amplísimo de una conciencia pura. Y pensé: acaso [en] la vida aquí, así, bajo las luces fantásticas del sueño sideral, no se halla el sarcasmo ni la ironía que amargamente lleva en sí la vida. Porque, ¿no es ella una cantidad discontinua?

Y fue otra vez cuando indolentemente recostada entre el silencio de las flores que en éxtasis estaban, mirando a los cielos enlutados y tristes, vi el titileo rítmico de las estrellas... ¡acaso parleras! Y mirando

126 Escrito en Telde, en abril de 1922. Publicado en *Defensor* el 24 de abril de 1923, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, págs. 132-133.

extasiada el encanto de la noche dolorosamente triste, sentí en mi espíritu un ansia infinita desbordante de vivir. De vivir la vida como en la noche aquella, sin la alegría del azul, sin el encanto del sol, sin la placidez romántica de una penumbra sutil.

Sentí deseos de ver en las tinieblas, en la obscuridad; y alumbrada tan solo por los faros de los cielos, por los fanales áureos de los encantos azules, quise vivir la vida sin ser vista y de cara al pasado donde toda la prosa queda diluida.

Pero todo fue sueño, ¡oh, qué sueño!, de tristísimo despertar. La vida no se concibe en ese silencio absoluto que yo ansío. Acaso por eso muera en la vida. Porque morir es vivir sin encantos y sin contribuir al continuo mudar con los arpegios sonoros de una grande no desilusión.

73. La tormenta¹²⁷

Así debía ser el ruido que viene a espantar a los culpables cuando se abren de repente ante ellos las puertas ardientes del Tártaro, o así también debe de ser el que hacen bajo las bóvedas infernales las siete cataratas del Estigia, del cual los poetas se han olvidado de hablarnos.

Xavier de Maistre

Escuchemos su voz. Suena cavernosamente. Acaso semeje la voz o el aullido de un ancestral. El atronador lamento se oye distintamente en el silencio de la noche y la tempestad avanza mecida por los brazos lúgubres de la enlutada. De pronto suenan, estrepitosamente, las nubes al chocar y el relámpago ciega la vista. Es un ruido enorme el que despierta a la noche asustada; deja su largo sueño al que el día le entregó. Sigue la tempestad. La lluvia inunda el arroyo. No se puede cruzar la calle. El agua entra furtivamente en las casas. Y la tormenta, furiosamente desencadenada, produce ruidos imponentes. La lluvia viene en todas direcciones. Y el terreno sigue ensordeciendo con sus sonidos roncós. «Así debía ser el ruido que viene a espantar a los culpables cuando se abren de repente ante ellos las puertas ardientes del Tártaro».

Yo contemplo, desde la oscuridad de mi cuarto, el imponente, el sublime cuadro de la noche tempestuosa. Y de pie, como alma en pena, sigo, en el renegrido espacio, las estelas de luz que produce el rayo al caer. Y

127 Escrito en Granada durante el verano de 1923. Publicado en *Defensor*, 12 de julio de 1923, pág. 1.

ante la tempestad de la noche —¡sublime noche!— he sentido a mi espíritu ensancharse, llenarse de regocijo, porque acaso en la tormenta, en el furioso combate con los elementos, halló su gemelo. Y no me horroricé viendo descender en zigzag la chispa eléctrica; ni ante el ensordecedor bramido del trueno; ni ante el confuso y tormentoso estado de la noche en tempestad, y tampoco sentí miedo ante el momentáneo destello de luz vivísima que el relámpago deja a su paso. No, yo no me horroricé. Sentía una vaga complacencia contemplando esta lucha de elementos. Acaso pasaron horas y ellas vieron, en la oscuridad de mi habitación, mirando por la abierta ventana, la furiosa tormenta que a mi alma llevaba el goce del placer de luchar.

El ruido seguía imponente, majestuoso. «Así también debe de ser el que hacen, bajo las bóvedas infernales, las siete cataratas del Estigia, del cual los poetas se han olvidado de hablarnos».

74. ¡Oh, dolor...!¹²⁸

¡Yo te vi, te presentí y gusté de tu destrucción, dolor! Yo te vi una vez, oh, dolor de la vida. Te vi una vez, tras el blanco sudario de muerte y desde aquel día, horriblemente, mi espíritu sintió tu acendrado puñal. Yo te vi una vez, dolor. Y fue tan fuerte la impresión sufrida que aún —¡por siempre!— pláceme tu negativa silueta en los despojos de mis ilusiones por ti muertas. Acaso por eso en esta hora horrible, entre el encanto del azul, ante la claridad del naciente día, verás mi vida envuelta en sombra sin hallar siquiera un punto de apoyo de la coloración. Todo lo que me rodea es triste, todo negro... Y como un fantasma te veo a ti, que lentamente a mí te acercas para acaso borrar mi existir. Si tal fuese, bendito seas, dolor. Hay dolores que matan, y tú, dolor, que impreso en los despojos de mis ensueños, existes, eres de esos, de los dolores que destruyen. Si así fuera... ¡Oh, bendito dolor! Entonces te amaré como al más bello sueño.

128 *Defensor*, 30 de julio de 1923, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, pág. 134.

75. Rápida¹²⁹

Oigo el murmulleante quejido de las mansas aguas del Darro gentil. Al abrazarse en estrecho lazo con el Genil poético, se repliegan sus corrientes. A mí me parece que las aguas de ambos ríos, al chocar, se besan como la luna besa nuestras frentes de ensueños en la hora santa del anochecido. Y así como las mansas aguas se juntan en estrecho abrazo, así como las aguas de los dos ríos se besan; así, así se besan, se abrazan a nuestro espíritu las sombras del misterio...

129 Escrito en Granada, en 1923. Publicado en *Defensor* el 9 de agosto de 1923, pág. 1. Posteriormente, en *Antología*, pág. 135.

76. La senda¹³⁰

No es esta la senda que conduce a los ámbitos donde la vida palpita, donde en cada botón de flor se halla la rosa de la ilusión lisonjera. No. Es bien triste esta realidad. Esta senda es la que conduce al cementerio; es la senda que conduce al lugar del dolor. Un escéptico diría la senda donde todo termina; un místico, la senda que nos lleva a la verdadera vida. La muerte es el túnel de la eternidad.

Es una mañana azul con el oro del sol que la borda. Los maizales elevan al cielo sus espigas verdes y reverdecidas. Los trigales doran los campos bajo el palio de oro del sol. Los pájaros alegran el camino con las suaves melodías de sus arpegiadas gargantas. Y los labriegos van labrando los campos y se distingue confusamente el «chic-chac» de la azada al clavarse en los surcos. Al mismo tiempo, las vacas que mansamente pastan en la verde pradera lanzan las quejas de sus bramidos.

¡Bosques, selvas!, ¿no habéis visto alguna vez el camino de un cementerio? Generalmente, es triste, árido, desierto. Solo al llegar a sus inmediaciones comienzan a elevarse los llorones cauces y los altos cipreses.

130 Escrito en Granada, en 1923, y publicado el 29 de septiembre de 1923 en *La Esfera* de Madrid, pág. 12. Incluyó dos dibujos de Verdugo Landi.

El camino que describo no es así. Por ambas partes, elévanse rosales, madre selvas y tomillos. Más que la senda que conduce al lugar de la muerte, parece el paseo solitario que eligiera un romántico para contar a la noche las cuitas de su dolor. Es, quizá, el que eligiera un poeta para cantar en sus horas de renunciación.

¡Bellísimo camino, si acaso por ti pasasen mis restos, no olvides que yo fui tu asidua visitante por largo tiempo, y que en ti, solo en ti, hallé el consuelo que la vida me negó!

La mañana, tan azul, tan bella, convidaba al paseo matutino, y el camino bordado y con su ambiente de olientes plantas me embriagaba. Y caminé por él. Y pasaron horas y horas, que me hallaron en muda interrogación al pasado frente a la Vida, de espaldas a la Muerte.

Y no obstante ser la mañana tan bella, tan azul, tan plena del derroche de luz solar; no obstante estar los pajarillos mañaneros alegrando el camino con las suaves melodías de sus voces misteriosas, un cortejo fúnebre avanzó lentamente, suavemente, sobre el mulloido camino embriagado del perfume que las plantas aromáticas despedían en el ambiente de la hora más bella del día.

Era un cortejo triste. Una caja pobre conducida a hombros de cuatro pobres indigentes. Y acompañada por dos o tres seres que la piedad les incitó a seguir...

Y le vi pasar ante mis ojos. Muda. Contemplativa le vi avanzar. Sentí un dolor enorme, inmenso, infinito... Un pequeñuelo lo seguía, llorando amargamente.

Y sentí la enormidad de aquel dolor. Se repitió aquí como siempre, como otras veces, la película grotesca de la vida. La inclemente, la huesuda, la envidiosa de la guadaña impía había cortado la vida del más grato consuelo de un hijo; la vida de la más santa de las mujeres: ¡la madre!

Y yo, que desdichadamente he sentido el dolor inmenso que causa la pérdida de una madre, lloré con el pequeñuelo el desconsuelo de la soledad que produce la orfandad.

Y la mañana azul, llena de luz, llena de sol. Y los labriegos que herían con la azada las entrañas de la madre tierra al son de sus canciones llenas de emoción. Y los pájaros que alegran el camino con las suaves canciones que aprendieron del orden universal, todo, todos esos seres que vieron en la hora mañanera llorar junto al pequeñuelo el enorme vacío, la ausencia inmediata de toda dicha que deja la orfandad.

Entonces, desde entonces, de espaldas a la vida, voy siguiendo lentamente el camino que conduce a la muerte. Ansiando pronto llegar a su fin.

77. El búho¹³¹

Maestro, amigo, hermano...

«El día había huido y en el ambiente flotaba un canto de búho». Dicen que el búho es un ave antipática. Yo siento una indescriptible simpatía por la nocturna ave. Su canto frío, cortante, me parece el gran canto de verdad, la verdad de la vida. El búho es ave de noche que entre las sombras dice las verdades. Al cantar con su agorero arpegio, canta la farsa de la vida.

De noche le oigo, tras las barras de hierro de la reja, entonar su canto en la arboleda cercana. A veces, [cuando] todo dormía, el búho me acompañaba en mis contemplaciones. ¿Cómo no he de tener simpatía al que me acompaña cuando todo calla? A veces, dejo las impenetrables páginas del libro para hojear el libro más impenetrable aún, [el] del misterio que me rodea y que el búho agorero conoce mejor que yo. El búho me acompaña y vuela en la enramada, ¿acaso para que yo le vea?

Hace tiempo que no viene a revolver la enramada. Hace tiempo que estoy sola en mi contemplación. El compañero búho, amigo, abandonó la arboleda vecina. ¿Dón-

131 Texto escrito en Granada y publicado en *La Unión Ilustrada* el 11 de mayo de 1924.

de irá de nuevo a cantar? ¿Dónde lanzará su grito periódico este canto nocturno, de las sombras panegiristas, que nos dice de la mentira, de la gran mentira, de vivir? ¿Dónde? ¿Frente a qué reja lanzará su queja eterna?

Y no ha vuelto. Siempre que el Sol se hunde en su carrera y todo virginalmente calla, espero su regreso tras los cristales de la ventana. Y el búho —maestro, amigo, hermano— no llega.

78. ¡Vuelve!¹³²

A mi amiga Esperancita

La tarde era de paz y sosiego. Sobre la cóncava superficie marina, las aves bañaban su plumaje albo. Las rizadas ondas plañían a la vera de la playa su eterno ritmo. Y el oro estelar iba amortiguándose allá, tras la línea azul. Unos pescadores tiran de la red frágil. Y los peces bullen en ella, ansiando romper la trama. De vez en cuando, se oye el canto de la gaviota que revolotea indecisa sobre las aguas salobres.

La tarde declinaba. En el ocaso se diluían, en opalino albor, los miríficos destellos de la última luz solar. Y la noche, con sus sombras precursoras, invadía lenta, suavemente, el ambiente, sembrando de negros crespones al mar y a la tarde.

Una barca surcaba las blandas ondas, pilotada por las sombras, fantasmas que siempre amé.

¿Quién puede llegar a descifrar el enigma eterno, inconfundible, que envuelve a esos seres intangibles?

Son mis fantasmas amados los que a la luz de las estrellas veo vagar errantes y funerarios sobre las cóncavas barcas, sobre la espuma del mar, cuando los crespones de la noche envuelven el ambiente de tenebrosidades caóticas. En esa hora, cuando solo la naturaleza canta y mi alma tan solo la escucha. En esa hora, cuando

132 Texto publicado en agosto de 1924 en *Granada Gráfica. Revista ilustrada*, pág. 5.

el sueño de vivir se desvanece y el álgido dolor lacera el pecho, siento la atracción magnética de aquel mi pasado inolvidable, de mi más bella edad.

La tarde era de paz y sosiego, y las sombras la invadieron, sembrando de incertidumbres la noche, y con la noche nació la vida de mis añoranzas..., de mis indelebles recuerdos.

Y mi alma, de cara al pretérito, gritó en la noche, frente al mar y contemplando los negros fantasmas, amados recuerdos míos, que trazan su silueta imprecisa sobre la cóncava superficie.

¡Oh, recuerdos míos! ¡Oh, pasado inolvidable! ¿Por qué habéis dejado en mí esta huella de dolor imborrable? ¿Por qué no habéis dejado paso unos momentos a la luz? ¡Oh, pasado mío! Ante el mar, ante la ancha superficie, yo te conjuro: ¡vuelve...!

79. ¿Llegaste...?¹³³

Sentada a la puerta de mi choza esperé largo tiempo al amor. Prestáronme sus dulces caricias la brisa; sus suaves suspiros el viento; la gama de un ensueño, las cristalinas irisaciones de un mágico surtidor. Y esperé largo tiempo. Por fin, llegaste tú, con una promesa en tus ojos de ensueño. Llegaste por fin. Entonces mi triste mirada se animó un tanto, al leer en la tuya todas las emociones que siempre a mi alma conmovieron.

Sentada a la puerta de mi choza estaba esperando al amor cuando llegaste tú. Y llegaste al fin. Llegaste cuando una tarde invernal iba a envolverse en las sombras de sus lobregueces. Llegaste cantando las bellezas de un amor, y con ello prestaste luz a mi alma, alegría a mis ojos, ensueños a mi fantasía y aleteos de ilusiones a mi pobre corazón.

Con tu llegada, alegráronse las flores que pueblan el sendero; y ellas, mustias, tornaron a vivir. Cuando llegaste, cantó en la tarde el sonoro mar un cántico inconfundible, canto de esperanza. Y con tu llegada, con tu retorno, la brisa levantó en mi camino perfumes exóticos. Y las aves revolotearon, porque contigo se había hecho la luz, la paz y la alegría.

Cuando las horas pasan y recuerdo los inconfundibles rumores de la tarde aquella sin igual, incompara-

133 Texto escrito en Granada durante el verano de 1924. Publicado en septiembre del mencionado año en *Granada Gráfica. Revista ilustrada*.

ble, acuden a mi mente dudas, se puebla mi corazón de incertidumbres. Acaso alguna vez, cuando otro cielo me cobije, una niebla espesa impedirá que en el corazón se acentúe y se grave más fuertemente aquella paz, aquella alegría que nació en una tarde de invierno, cuando el sol se iba envolviendo en las espesas nubes que lo abrasaban.

Entonces las flores llorarán la alegría que perdieron. Las aves se columpiarán tristes en los altos árboles. La tarde será de sombras, y la brisa no traerá los mensajes de las flores que desde sitios lejanos enviaron sus perfumes. Y todo callará en torno mío. Y todo languidecerá de doloroso pesar, porque contigo marchose por siempre, para siempre, la luz que trajiste, la paz que creaste y la sana y noble alegría que fluyó de tus ojos de ensueño. Y como todo contigo huyó, solo habrá en mi camino las espinas que en los desnudos rosales quedaron. Y acaso en una tarde de sol, «con los últimos oros de la tarde», vea morir el «postrer ensueño»...

Y el alma angustiada dirá, oyendo repercutir en sí la voz vibrante del poeta:

¿Para qué caminar, si el nuevo día
no ha de ser el que espero:
el claro día del afecto puro,
el del amor eterno?¹³⁴

134 Se trata de una estrofa del poema «Desolación», del poeta y dramaturgo teldense Montiano Placeres (1885-1938) quien, como indica Arencibia, publicó un único poemario en 1935, *El remanso de las horas*, aunque años antes había dado a conocer sus composiciones «ante amigos en tertulias selectas y calando a la difusión amplia» (1995:33). Probablemente, de esa forma conociera Hilda Zudán estos versos.

80. El poeta y el suicida¹³⁵

Baja la frente, torva la mirada, recorre las plazas y calles, las alamedas y selvas... Se aleja del resto de los humanos y huye de la luz, de la gloria, del amor... ¡Quiere morir!

—¿Quién, desdichado mortal, te impulsó a seguir ese camino? ¿No sabes que el mundo es tuyo, que se ha hecho para que disfrutes de él? —díjole el poeta.

—Ya... ya... ¿Qué es el mundo para mí? Tristeza, odio, decepción... Tú, que cantas a la aurora, al sol, a la luz, al viento...; tú, que ves en una gota de agua todo un poema y encuentras en el hombre proezas que cantar y a las mujeres dedicas tus más dulces frases...; tú, que supiste del cariño maternal tan intenso, tan inmenso como el mar, y cantas las bellezas de la naturaleza...; tú, que conquistaste el laurel y el olivo, no puedes comprender la rabia que yo siento... Tú, que amas a todos, no alcanzarás jamás a comprender el odio que siento por todo y por la vida...

Yo, que no he sabido de maternas caricias ni de bellezas naturales, odio la vida... ¡Todo se aleja, dejándome triste y solo en mi desesperación!

Yo creí en la amistad y solo hallé egoísmo y envidia... ¡Oh, déjame, poeta! No comprendes mi desesperación. ¡No me importa la vida, quiero morir!

135 Este texto fue incluido en *Antología literaria de Hilda Zudán*, sin indicación de su procedencia original (págs. 138-139).

—¡Insensato! ¿Crees que con la muerte acabarán tus dolores? Si eres algo, si aún puedes pensar, recuerda que tienes un alma que sufrirá los tormentos que no quieres sufrir en la vida. ¿No ves esos astros que desde remotos tiempos vagan errantes por los espacios? ¿No notas igualdad?

Piensas que el Ser que te dio la vida te impuso un deber que tienes que cumplir. No seas cobarde, arroja lejos de ti ese fatal pensamiento y vive sin pensar siquiera en atacar tu existencia, pues no te pertenece.

—¡Oh, poeta! Mil gracias. Tienes razón, he sido un cobarde al querer morir. Seré fuerte en la vida, que es ser héroe ante la muerte... Seguiré tus consejos y tal vez pueda llegar como tú a cantar y amar...

—Y alta la frente, serena la mirada y el pecho rebo-sante de alegría, recorre las plazas y calles, las alamedas y selvas...

81. Desconocido caracol¹³⁶

Canta el caracol sonoro
la hora del mar
en la orilla de la playa
desierta
como cantó una vez
—quién sabe cuándo—
el caracol de mi alma
sin recibir respuesta.

El mar le oyó.
—Fue tan feliz—.
Supo tejerle una endecha
de amor...
Y una noche
se quedó
adormecida
dentro del caracol.

Mas en mi alma
jamás sonó la rima

136 Este poema de Hilda Zudán se publicó en 1970 en la antología *96 poetas de las Islas Canarias (siglo XX)*, que llevó a cabo José Quintana (págs. 244-245). Este manifestó que la composición había permanecido inédita hasta ese momento, aunque no indicó su procedencia o el lugar donde se había conservado el original.

ni el canto de una endecha
azul
de amor.

Solo y errante
—incomprendido—
va por la vida,
vaga y desierta,
sin hallar el ritmo,
mi bello y desconocido
caracol encantado,¹³⁷
que duerme
en mi yo.

Libre de profanación
canta el caracol sublime
a la orilla de la playa.
Rima su loca «fiamma»
dentro del alma,
sobre la almena
del castillo interior,
mi bello desconocido
CARACOL.

137 Respecto al término «caracol encantado» no puede pasarse por alto que, en 1926, el poeta teldense Saulo Torón (1885-1970) publicó el poemario *El caracol encantado*. Probablemente, este poema haga referencia a ese libro, el cual se encontraba precedido de una carta a modo de prólogo de Antonio Machado. En esta, su autor afirmaba que Saulo Torón escuchó la voz del mar. En este poema, en cambio, y quizás a modo de juego literario, Hilda Zudán afirma que fue el mar quien oyó el canto del caracol.

82. Mío...¹³⁸

Que tus ojos, velados
por anhelos de amor,
sean por siempre
míos.

Que tu propio pensamiento
se funda
en mi ritmo;
que nada fuera de ti exista:
nada que no sea mío.

Que los suspiros que fluyan de tu alma
a la mía vengan;
que tú y solo tú
en mí fundido.

Mío
por siempre jamás.

Mío...

138 Este poema de Hilda Zudán se publicó en 1970 en la antología *96 poetas de las Islas Canarias (siglo XX)*, que llevó a cabo José Quintana (págs. 245-246). Este manifestó que la composición había permanecido inédita hasta ese momento, aunque no indicó su procedencia o el lugar donde se había conservado el original.

BIBLIOTECA BÁSICA CANARIA

DESDE 1988

- N.º 1. —
- N.º 2. VV. AA. *Romancero tradicional canario*. Edición, introducción y comentarios de Maximiano Trapero Trapero.
- N.º 3. VV. AA. *Lírica tradicional canaria*. Edición, introducción y comentarios de Maximiano Trapero Trapero.
- N.º 4. Bartolomé Cairasco de Figueroa (1538-1610). *Antología poética*. Edición e introducción de Ángel Sánchez Rivero.
- N.º 5. Antonio de Viana (1578-1650). *Antigüedades de las Islas Afortunadas* (dos tomos). Edición e introducción de María Rosa Alonso Rodríguez.
- N.º 6. Silvestre de Balboa (1563-ca. 1649). *Espejo de paciencia*. Edición y prólogo de Lázaro Santana de la Nuez.
- N.º 7. Andrés de Abreu, fray (1647-1725). *Vida de San Francisco*. Edición e introducción de Joaquín Artiles Santana.
- N.º 8. Cristóbal del Hoyo Solórzano (1677-1762). *Carta de la Corte de Madrid*. Edición e introducción de Miguel Ángel Hernández González.
- N.º 9. José de Viera y Clavijo (1731-1813). *Historia de Canarias* (dos tomos). Edición e introducción de Antonio de Béthencourt Massieu.

- N.º 10. José Clavijo y Fajardo (1726-1806). *Antología de 'El Pensador'*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.
- N.º 11. Tomás de Iriarte (1750-1791). *Fábulas literarias*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.
- N.º 12. Nicolás Estévanez (1838-1914). *Fragmentos de mis memorias*. Edición e introducción de Nicolás Reyes González.
- N.º 13. Benito Pérez Galdós (1843-1920). *La Fontana de Oro*. Edición e introducción de Yolanda Arencibia Santana.
- N.º 14. Luis (1861-1925) y Agustín (1863-1935) Millares Cubas. *Antología de cuentos de la tierra canaria*. Edición e introducción de Pablo Quintana Déniz.
- N.º 15. Benito Pérez Armas (1871-1937). *La vida, juego de naipes*. Edición e introducción de Pablo Quintana Déniz.
- N.º 16. Ángel Guerra (1874-1950). *La lapa y otros cuentos*. Edición e introducción de Antonio Cabrera Perera.
- N.º 17. VV. AA. *Ensayistas canarios*. Edición e introducción de Alfonso Armas Ayala.
- N.º 18. Miguel Sarmiento (1876-1926). *Obra narrativa [antología]*. Edición e introducción de Pablo Quintana Déniz.
- N.º 19. Domingo Rivero (1852-1929). *Poesías*. Edición e introducción de Eugenio Padorno Navarro.
- N.º 20. VV. AA. *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*. Edición, introducción y estudio de cada autor de María Rosa Alonso.
- N.º 21. Manuel Verdugo (1877-1951). *Estelas y otros poemas*. Edición e introducción de Lázaro Santana de la Nuez.
- N.º 22. Tomás Morales (1884-1921). *Las rosas de Hércules*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.
- N.º 23. Alonso Quesada (1886-1925). *Insulario [versos y prosas]*. Edición e introducción de Lázaro Santana de la Nuez.
- N.º 24. Saulo Torón (1885-1974). *El caracol encantado y otros poemas*. Edición e introducción de José Carlos Cataño González.
- N.º 25. Francisco Izquierdo (1927-2004). *Medallas y otros poemas*. Edición e introducción de Eliseo Izquierdo Pérez.
- N.º 26. Claudio de la Torre (1895-1973). *En la vida del señor Alegre*. Edición e introducción de Jorge Rodríguez Padrón.

- N.º 27. Emeterio Gutiérrez Albelo (1905-1969). *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*. Edición e introducción de Ernesto J. Rodríguez Abad.
- N.º 28. Fernando González (1901-1972). *Antología poética*. Edición e introducción de Alfonso Armas Ayala.
- N.º 29. Agustín Espinosa (1897-1939). *Crimen y otros textos*. Edición e introducción de Manuel Almeida Peña.
- N.º 30. Josefina de la Torre (1907-2002). *Poemas de la isla*. Edición e introducción de Lázaro Santana de la Nuez.
- N.º 31. Domingo López Torres (1910-1937). *Obra selecta*. Edición e introducción de Ángel Sánchez Rivero.
- N.º 32. Pedro García Cabrera (1905-1981). *Transparencias, Dár-senas, Entre 4 paredes*. Edición e introducción de Domingo-Luis Hernández Álvarez.
- N.º 33. Pedro Perdomo Acedo (1897-1977). *Antología poética*. Edición e introducción de Manuel Alvar López.
- N.º 34. Pedro Lezcano (1920-2002). *Paloma o herramienta* [antología]. Edición y prólogo de Teresa Cancio León.
- N.º 35. Agustín Millares Sall (1917-1989). *La palabra o la vida [obra poética]*. Edición e introducción de Jesús Páez Martín.
- N.º 36. Félix Casanova de Ayala (1915-1990). *Poesía*. Edición de Félix Casanova de Ayala.
- N.º 37. Manuel Padorno (1933-2002). *El nómada sale [1963-1989]*. Edición e introducción de Juan Cruz Ruiz.
- N.º 38. Arturo Maccanti (1934-2014). *El eco de un eco de un eco del resplandor [obra poética]*. Edición e introducción de Alfonso O'Shanahan Roca.
- N.º 39. Luis Feria (1927-1998). *No menor que el vacío [poesía 1962-1988]*. Edición e introducción de Jorge Rodríguez Padrón.
- N.º 40. Justo Jorge Padrón (1943-2021). *Antología poética [1971-1988]*. Edición e introducción de Sebastián de la Nuez Caballero.
- N.º 41. Lázaro Santana (1940-). *Bajo el signo de la hoguera [antología]*. Edición e introducción de Eugenio Padorno Navarro.

- N.º 42. Eugenio Padorno (1943-). *Teoría de una experiencia. Metamorfosis [antología]*. Edición e introducción de Jorge Rodríguez Padrón.
- N.º 43. Juan Jiménez (1940-2019). *Itinerario en contra (1961-1975)*. Edición e introducción de Mariano Pérez.
- N.º 44. Isaac de Vega (1920-2014). *Conjuro en Ijuana*. Edición e introducción de Juan José Delgado Hernández.
- N.º 45. Rafael Arozarena (1923-2009). *Caravane. Poemas y prosas [antología 1959-1990]*. Edición e introducción de Juan José Delgado Hernández.
- N.º 46. Alfonso García-Ramos (1930-1980). *Guad.* Edición e introducción de Gregorio Salvador Caja.
- N.º 47. Juan-Manuel García Ramos (1949-). *Malaquita*. Prólogo de José Luis López-Aranguren Jiménez.
- N.º 48. J. J. Armas Marcelo (1946-). *El árbol del bien y del mal*. Edición e introducción de María Rosa Alonso Rodríguez.
- N.º 49. Luis León Barreto (1949-). *Las espiritistas de Telde*. Edición e introducción de Yolanda Arencibia Santana.
- N.º 50. Juan Cruz Ruiz (1948-). *Crónica de la nada hecha pedazos*. Edición y prólogo de Domingo Pérez Minik.
- N.º 51. Luis Alemany (1944-2025). *Los puercos de Circe*. Edición e introducción de Antonio Alonso.
- N.º 52. Nivaria Tejera (1930-2016). *El barranco*. Edición e introducción de Claude Couffon.
- N.º 53. Víctor Ramírez (1944-). *Cada cual arrastra su sombra*. Edición e introducción de Ángel Sánchez Rivero.
- N.º 54. Pilar Lojendio (1931-1989). *Poesía completa*. Introducción de Yurena González Herrera.
- N.º 55. Esperanza Cifuentes (1943-2002). *Buscando a B*. Introducción de María Teresa de Vega.
- N.º 56. Pino Ojeda (1916-2002). *Teatro*. Edición e introducción de Alejandro Coello Hernández.
- N.º 57. Elsa López (1943-). *El país de mi abanico*. Introducción de Sergio Barreto.

- N.º 58. Olga Rivero Jordán (1928-2021). *Antología*. Introducción de Roberto Cabrera.
- N.º 59. Verónica García (1967-). *Fuego de nadie*. Introducción de José Miguel Junco Ezquerro.
- N.º 60. Cecilia Domínguez Luis (1948-). *Doce lunas de Eros*. Introducción de Daniel Bernal Suárez.
- N.º 61. Silvia Rodríguez (1970-). *Provincia del dolor*. Introducción de Pedro Flores del Rosario.
- N.º 62. Isabel Medina (1943-). *La hija de abril*. Introducción de María García Rodríguez.
- N.º 63. Tina Suárez Rojas (1971-). *Yo amaba a Toshiro Mifune*. Introducción de Blanca Hernández Quintana.
- N.º 64. María Rosa Alonso (1909-2011). *Papeles tinerfeños*. Prólogo de Juana González González.
- N.º 65. María Dolores de la Fe (1921-2012). *Las Palmas casi ayer, Las Palmas casi mañana*. Prólogo de David Pulido Suárez.
- N.º 66. María Joaquina de Viera y Clavijo (1737-1819). *Selección poética*. Prólogo de Victoria Galván González.
- N.º 67. Dolores Campos-Herrero (1954-2007). *La ciudad de los hombres solos*. Prólogo de Eduvigis Hernández Cabrera.
- N.º 68. Macarena Nieves Cáceres (1968-). *Fluidos de jade*. Introducción de Acerina Cruz Suárez.
- N.º 69. Ignacia de Lara (1880-1940). *Para el perdón y para el olvido*. Introducción de Inmaculada Egüés Oroz.
- N.º 70. Acerina Cruz (1983-). *Archivo de invierno*. Introducción de Macarena Nieves Cáceres.
- N.º 71. Victorina Bridoux y Mazzini (1835-1862). *Lágrimas y flores*. Introducción de Yara García Cordero.
- N.º 72. Belén Lorenzo Francisco (1980-). *Todo lo importante vuela [antología personal]*. Introducción de Zaradat Domínguez Galván.
- N.º 73. Agustina González y Romero (1820-1897). *Poesía*. Introducción de Yeray Rodríguez Quintana.

N.º 74. Hilda Zudán (1900-¿...?). *La hora silente*. Edición literaria y estudio preliminar de Fran Garcerá; cronología de Victoriano Santana Sanjurjo.¹³⁹

139 Este número se realizó en dos fases: en 2022, estando al frente de la colección Blanca Hernández Quintana y formando parte de su comité asesor Isabel Castells Molina, Ángeles Mateo del Pino y María Eugenia Monzón Perdomo; y en 2025, cuando se publicó el título.